

MARIT BERNSON

MICHELLE SCHRENK



UNA VEZ
mentiroso,



NUNCA
beso AMOROSO



[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Epílogo](#)
[Marit Bernson](#)
[Michelle Schrenk](#)

MARIT BERNSON
MICHELLE SCHRENK

*Una vez
mentiroso,
nunca beso
amoroso*

Michelle Schrenk
Vogelbeerweg 16
90584 Allersberg

Cover:

Michelle Schrenk, @canva, www.canva.com

Foto Michelle Schrenk: Nathalie Majewski, namama-fotografie.com

Prólogo

Gran restaurante, gran comida, gran hombre, linda servilleta...

—¡Dios mío, Tina!

Me sobresalto y casi dejo caer la servilleta con la que estaba jugueteando, ensimismada. ¿Me he perdido algo o por qué me está gritando?

Me mira la mano, sorprendido.

—¿Qué? —pregunto, y entonces me doy cuenta de lo que quiere decirme. Mi servilleta está ardiendo—. ¡Mierda! —grito.

¿Cómo ha podido pasar? Conozco la respuesta: si juegas con fuego, puedes quemarte o incendiar un restaurante.

Sacudo la servilleta. Tiene que apagarse de alguna manera.

No, no se apaga.

—¡Aaah, ayuda! ¿Por qué no se apaga?

¿Y ahora qué? ¿Soltarla? Entonces el mantel también arderá. Un poco de agua no estaría mal...

¡Silencio!

Cojo el agua. La manga de mi vestido quedó empapada, al igual que el mantel... pero al menos el fuego está apagado.

—De verdad que no se te puede dejar sola.

El estómago me da un vuelco cuando miro directamente a los ojos al hombre que de repente está a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —tartamudeo.

No debería estar aquí. Tengo una cita con otra persona.

—Te conozco —dice el hombre sentado frente a mí, y mi cerebro se desconecta. Mi corazón late con fuerza. Cada vez más rápido.

Sí, creo que esto va a ser un ataque de pánico. Quería una cita, quería el amor verdadero, ese era mi deseo para el nuevo año, pero no así. No de esta manera. Realmente debes tener cuidado con lo que deseas...

Capítulo 1

*Unas semanas antes
Hoy Soy Walle Otra Vez*

Jesús, ¿de verdad mis orejas son tan grandes? ¿En serio? Giro la cabeza para asegurarme de que no se me escapa ni un detalle en el espejo. Como si eso fuera posible con estas orejas. Y esta marca de nacimiento que tengo en el cuello parece el contorno de Italia. Me rio sola. Quizás sea por el licor de manzana que me regaló la tía Ingegret por Navidad. Me pregunto si seguirá estando en buen estado. Seguro que lo escondió en su “cámara secreta” durante años. Aunque en realidad la cámara no es secreta. Todo el mundo sabe que mi tía tiene una habitación sin ventanas en el sótano donde esconde cantidades desconocidas de comida caducada, que luego regala. Pero no importa, el licor sabe bien y además cumple su función. Porque estoy un poco mareada.

Oh no, ¿esto que tengo debajo de la ceja es un grano? Eso explicaría por qué parece mucho más tupida esta ceja que la otra. Bueno, ¡qué demonios! Quería enfrentarme a mis defectos. Quizá esperaba que el licor me facilitara el inventario visual. Tal vez sea así.

Vale, sí, así es como me veo. Ahora mismo sigue sin gustarme. Oh, ¿he escrito ya mis ojeras en la lista? Tal vez debería escribirlas por separado para cada ojo.

Sí, realmente estoy escribiendo una lista de cosas que odio de mí. Se suponía que solo iban a ser diez, pero ya he llegado al punto catorce. La apariencia no lo es todo, ¿no? Jaja, eso dicen siempre, porque lo que cuenta es lo de dentro. Pero, ¿y si los valores interiores tampoco son tan buenos? ¿O no se aprecian? ¿O si son malinterpretados? Porque soy intensa, agotadora y aburrida, al menos eso piensa mi ex novio Björn. Después de todo, él debería saberlo. Y sí, estos puntos también están en la lista. Cuando lo pienso, quizá no se equivoque.

Resoplo.

—Estúpido año nuevo —murmuro a mi reflejo— tan estúpido como el anterior.

Al menos eso es lo que tengo que suponer. Al fin y al cabo, el nuevo año aún no ha empezado. No hasta dentro de unas horas.

Es Nochevieja y vuelvo a estar soltera. ¿No podría Björn haber esperado por lo menos unos días más? ¿Por qué no podría haberle pillado metiéndole la lengua hasta el fondo de la garganta a esa vaca de Sandra la semana que viene? Por desgracia, el destino ha elegido el veintisiete de diciembre para eso. Al menos Björn no se bebió el licor de la tía Ingegret antes de esa fecha. Lo intentó, pero yo quería esperar hasta la víspera de Año Nuevo. ¿Significa eso que el destino tiene un plan después de todo? ¿Uno bastante drástico?

En realidad, es culpa mía. No debí haber sido tan ingenua con mi ex. Otra cosa que odio de mí misma. Si sustituyeran la palabra *ingenua* por Valentina en el diccionario, seguro que a todo el mundo le parecería bien. O mejor aún, mi apodo. Walle. Un pensamiento un poco gracioso... y definitivamente loco.

Caramba, hoy he vuelto a ser Walle. Suena genial. Puedo verlo delante de mí: gente sentada en grupos y riéndose tras pronunciar la frase.

—Oh, sí, eres tan Walle —saludo con la mano y sonrío a mi reflejo. Luego me echo el pelo oscuro hacia atrás. ¿Por qué no consigo ocultar estas orejas? Podría pegármelas. Con pegamento multiusos, que pega... todo, incluidas las orejas.

Sólo a mí se me ocurren ideas tan extrañas. Junto con el licor de la tía Ingegret, soy imbatible en eso. A veces me pregunto si a mi cerebro le faltó oxígeno en algún momento. ¿Quizás me caí de la mesa de cambio de pañales cuando era niña? Mi madre sugirió una vez algo parecido. Y si fuera así, sin duda sería una explicación para todo esto.

Pongo música y canto el estribillo de la canción en voz alta. Aunque habla de un "tú" que no me quiere, no me refiero a Björn en particular, sino a todos los hombres. No me quieren. Ninguno de ellos.

No me quiero a mí misma...

Suena mi móvil. En la pantalla aparece la foto de mi mejor amiga. La media melena rubia de Caro parece un poco despeinada, pero sus brillantes ojos azules y su risa alegre hacen que el peinado parezca completamente irrelevante. Esta foto capta muy bien su carácter. Donde yo sólo veo cosas negativas, Caro siempre descubre un rayo de luz. Probablemente esté intentando convencerme de que vaya a la fiesta, después de todo. Suspirando, interrumpo mi actuación frente al espejo y contesto al teléfono.

—Soy Valentina, alias Walle, ingenua y soltera otra vez.

Caro se ríe al otro lado de la línea.

—Madre mía, ¿otra vez te estás autocompadeciendo?

—¿Perdona? —respondo con fingida indignación—. ¿Yo y la autocompasión? Es el eufemismo del siglo.

Se ríe de nuevo.

—¿Qué estás escuchando tan alto? ¿Es, *Tú No Me Quieres*, de Sabrina Setlur?

—No. Es de Shirin David, ella la regrabó.

—No te oigo muy bien.

Es verdad, tengo la música un poco alta. Pero también estaba en pleno modo concierto.

—Alexa, nivel dos —grito, pero a Alexa ni se le ocurre escucharme—. ¡Oh, genial! Ni siquiera a los aparatos tecnológicos les importa lo que quiero —ladro al teléfono.

—¿Nivel dos? ¿Qué significa eso? ¿Estás tirando un cohete? ¿Qué tal anuncios claros?

Sí, es cierto, los mensajes claros son importantes.

—¡Alexa, cállate! —grito.

Caro suelta una risita.

—No creo que responda a los insultos.

Pongo los ojos en blanco, pero la música se detiene.

—¡Ja! —digo triunfante. Muy despacio y con claridad digo—: Alexa, continúa en volumen dos.

Por fin, la música está a volumen de llamada telefónica. Solo me ha costado unos minutos y una rabieta.

—¡Ya está! —dice Caro—. ¿Estás lista para celebrar la última noche del año? ¿Vamos a tener un maravilloso año nuevo?

¿Acabo de oír la palabra “maravilloso”?

—¿Me estás tomando el pelo? Nochevieja es cualquier cosa menos maravillosa. Es simplemente la peor noche del año. Se caracteriza por la melancolía y la perspectiva de nada.

—Dios mío, ahora estás de mal humor. Déjame adivinar, realmente te has deprimido otra vez.

—Si tengo *un* talento, es ese.

—Eres tonta —se ríe—. Va a ser genial, estoy deseando que llegue. Año nuevo, suerte nueva.

—Eso es una tontería. Me refiero a Nochevieja, en serio. Estás *completamente sola*, saliendo con parejas que caen abrazadas a las doce mientras tú abrazas la botella de champán feliz. Eso o estás desesperadamente soltera, viajando a algún sitio y acabas tan borracha que no puedes mantenerte en pie. Eso o estás pillada y...

Caro se ríe.

—...sentada comiéndote una raclette a la luz de las velas y muriéndote de aburrimiento. Así que prefiero estar borracha. Esa es mi opción para hoy.

—Bueno, aún así optaré por la raclette. O mi última idea. Te quedas borracha en casa y duermes durante todo el caos.

—O estás soltera, super sexy y besas a quien quieras. Puedes ser quien quieras esta noche porque de todas formas no importa. Está muy bien, así que no te quejes. Yo también estoy soltera y, ¿me oyes llorar?

—Ahora mismo no, pero yo también te he oído llorar.

—Sí, pero siempre hay que sacar lo mejor de las cosas. Es muy sencillo. Hoy vamos a sacar lo mejor de todas las cosas. Al fin y al cabo, somos jóvenes, sexys y estamos invitadas a una gran fiesta. Así que basta de quejas. Y no, tu marca de nacimiento en el cuello no se parece a Italia. Antes de que empieces con eso otra vez.

—Mmmm, pero... —refunfuño. Porque eso es exactamente lo que estaba a punto de mencionar.

—Buaaaa, buaaaa, y nada más que buaaaa. Italia parece una bota, no un tacón alto, así que ya déjate de tonterías. Arréglate. Sé quien no quieres ser. Hoy vamos a dejarnos llevar.

—¡En cualquier caso, no quiero ser Walle! Porque... —vuelvo a desenrollar la lista— porque realmente no es lo que quiero ser. Por eso he hecho una

lista, para recordármelo.

—¿Una lista?

—Sí, con todo lo que odio de mí.

—Pero qué bonito. Qué bonito. Un regalo de Navidad tardío para ti misma. ¿Por qué no se le ocurrió a tu ex?

Me río.

—¡Escúchame, por favor!

—Walle no es tan mala como la pintan. Vale, se convierte en una monita intensa demasiado a menudo cuando le gusta un hombre. Pero es una amiga de primera clase.

—¿Que hago qué? Eso no es verdad, ¡o sí! Yo también tengo eso en mi lista. Sólo me falta añadir la palabra *monita*.

—Al menos te das cuenta.

—Sí, y se acabó. Ya no soy quien era. ¿Puedo hacer de eso mi propósito de Año Nuevo? Que todo será diferente. Voy a ser sexy y diferente y...

—Bueno, no lo sé. Sólo necesitas encontrar a alguien que pueda lidiar con ello, monita. Alguien que comparta contigo cosas que te gusten. Preferiblemente los dos. ¿Me entiendes?

—¿Así que crees que necesito encontrar un hombre al que le gusten los monos?

—Sí, monitas que lleven pijama con galletas, les guste tumbarse en el sofá, ver películas románticas, ir a bailar y les guste lo romántico.

Resoplo.

—Exacto, todo fantasías. Eso se acabó. A partir de ahora, soy Valentina la sexy, la ligona, una vampiresa. Sí, y a partir de ahora me encanta pasearme con ropa sexy y beber vino a la luz de las velas.

—Pero tú prefieres la cerveza.

—¿Y qué? Ahora me gusta el vino. Y hablo de todo el mundo. Soy independiente y prefiero estar sola. Necesito a alguien que no me limite. Sí, así es exactamente como quiero ser. Quiero envolver a los hombres alrededor de mi dedo.

—Pues bien. Tal vez puedas hacerlo hoy. ¿Ya te dije que Hannes Sandner probablemente estará en la fiesta?

Mi corazón late de repente muy rápido.

—¿No hablas en serio?

—Ah, sí. Te gustaba mucho. Por aquel entonces.

—Sería un buen propósito de Año Nuevo: besar a Hannes Sandner a las cero en punto. Y envolverlo alrededor de mi dedo.

—Eso suena motivador. Yo diría que es hora de música optimista. Beyoncé tiene que estar aquí. ¡Alexa!

Alejo el teléfono de mi oreja porque ha gritado la última palabra.

—Pon *Single Ladies*.

—No estás en altavoz —le explico.

Caro suelta una risita.

—Pues pon tú la canción. Y luego ponte ese vestido sexy y ajustado. El

negro...

—Ah, ¿te refieres al que tiene un gran escote?

—¡Sí, claro que me refiero a ese!

Sonríó porque Caro suena tan entusiasta como sólo una mejor amiga puede hacerlo cuando realmente quiere animarte. Siempre es bueno hablar con ella. Tenerla como mejor amiga es algo que me encanta.

—Muy bien. Alexa, pon...

No alcanzo a decir nada más porque suena otra canción. *Pony* de *Ginuwine* resuena en mi sala de estar. El bajo vibra a través de mis extremidades y sé exactamente de dónde viene la música.

—¿Oyes eso? A mi vecino le ha vuelto a visitar una mujer. Sí, seguro que celebra bien el Año Nuevo. Aunque lo celebra todos los días. Si sabes a lo que me refiero. Ese tipo horrible.

—¿Te refieres a JBB, el tío bueno que de vez en cuando toca el timbre de tu puerta? —se ríe de su broma lasciva, que no es la primera vez que tengo que escuchar desde que el sistema del timbre se estropeó.

—¿Por favor? ¿De verdad le estás llamando JBB, el buenorro? Suena como un menú en Burger King.

—Un menú muy sabroso. A ese compañero lo llamó JBB. Y creo que suena caliente.

—No, no está bueno, es molesto y agotador. Y siempre me mira como si no estuviera del todo bien.

—Basta. Está bueno y además es muy atractivo.

—¿No es lo mismo estar bueno que ser atractivo?

—No me importa. Espero que llegue pronto el verano y decida no volver a ponerse camisas.

—Por favor, no lo hagas. En serio, ¿cómo se atreve a seguir restregándose por la cara que él tiene vida sexual y yo no?

Caro se ríe y yo escucho los gemidos que llegan desde la puerta de al lado. Aquí las paredes son de papel.

—Oigo ruidos lascivos —gimo y Caro vuelve a reír.

—Déjale que se divierta. Y a ella. Míralo como una motivación. Quién sabe si hoy no gemirás tú también.

—Así es. Muy bien, me prepararé ahora. Me llevará algún tiempo. ¿Nos vemos en la fiesta a las nueve?

—Así lo haremos. Lo estoy deseando.

—Ya está, Ginuwine —grito beligerante hacia la pared—. Espera un momento. Ahora te toca Beyoncé y te va a patear el culo. Alexa, pon Beyoncé, la canción 'Crazy in Love'.

—Aquí está 'Crazy in Love' de Beyoncé —dice Alexa, y allá vamos. Y sí, yo también estoy lista. Hannes Sandner, espera y verás, te lo mostraré hoy. Valentina te enseñará, no, Tina. Ahora soy Tina. Y ella lo lleva dentro.

Capítulo 2

¡Hola, Tina!

¡Oh, sí! Me siento irresistible con el vestido ajustado de escote realmente imperdible. Llevo zapatos negros altos, y no me refiero a altos en el sentido de unos centímetros. No, para la ocasión de hoy he sacado de la estantería los tacos realmente altos, que miden al menos diez centímetros. Puede que me cueste un poco andar con ellos, pero si quieres estar guapa, tienes que sufrir. Y si quieres impresionar a Hannes Sandner, tienes que saber andar con zancos. Me siento como Beyoncé, como si el mundo estuviera a mis pies. Como si hubiera música a mi alrededor, como en una película. Ojalá esto fuera una película ahora mismo. La brisa al abrir la puerta añade aún más intensidad a mi actuación. Sí, soy Tina Wunderlich, vampiresa sexy y ladrona de hombres. Cuidado, ahí voy. Agárrense bien...

—¿Valentina? Mierda...

La banda sonora se hace más silenciosa, el viento se calma... y mi vecino me sonríe. Está arruinando mi gran salida. ¿Estoy bien?

Una mujer lo empuja a través de la puerta y le da un beso en la mejilla. Es rubia, menuda y le guiña un ojo. Luego mira brevemente en mi dirección.

—Feliz Año Nuevo —me dice, lo cual es muy amable, pero no sé si lo dice en serio. Me mira brevemente los zapatos. Probablemente quiere que tenga un buen tropiezo, lo que no sería muy agradable.

—Yo también lo deseo —respondo de todos modos e intento que no se me note.

Quiero irme pero me quedo atascada. Mi bolso se ha enganchado en el pomo de la puerta. Genial. Tiro del pomo hacia abajo y miro detenidamente al menú de Burger King. Caro estaría encantada. El "tío bueno" lleva camiseta, pero es bastante ajustada.

—Alguien ha cambiado el pijama de galletas por el vestidito negro. No sabía que tuvieras algo así —cruza los brazos delante del pecho y sonríe estúpidamente. Probablemente se cree de lo más sexy.

—Tengo algunas cosas que te sorprenderían.

—Desde luego, estás muy guapa.

¿De verdad acaba de decir eso? Ha sido muy bonito...

Para. La antigua Valentina daría las gracias, pero la nueva hace algo mejor.

—Lo sé —digo, y su sonrisa se ensancha.

—Oh, segura de ti misma. Eso me gusta.

¿De verdad? Hace unos momentos, se ha corrido con esta mujer con la que obviamente se ha divertido. Varias veces. ¿Aún no ha tenido suficiente? ¿Por qué está escarbando en mí ahora? Walle estaría indignada. Tina, por otro lado, de alguna manera lo encuentra admirable, un tipo así, que siempre puede hacerlo.

Pero no, no podría importarme menos. Se ríe y sacude la cabeza como si le hubiera contado un chiste lascivo.

—¿Qué? —quiero saber, porque entonces me mira como si yo fuera el menú aquí y no él.

—Me alegro de que estés a la caza de hombres. Así ya no tengo que escuchar esa canción sobre el amor no correspondido.

Levanto una ceja.

—¿Estás intentando ponerme de los nervios ahora?

—Bueno, teniendo en cuenta cómo me *has* puesto de los nervios con esa canción, aún me quedan unas cuantas líneas.

¡Idiota!

—Entonces yo también tengo unas cuantas líneas buenas, porque tengo que aguantar tus gemidos todo el tiempo. Y Ginuwine. Como si quisiera saber que alguien se te sube a la montura.

—¿Celosa?

—¿De qué? ¿De ti?

—Bueno, cuando tu novio aún estaba allí, no te oía gemir tanto.

—¿Ahora hablas en serio?

—No estés tan tensa. Como vecinos, oímos muchas cosas el uno del otro. Es sólo por diversión.

—Qué gracioso.

—Deberías relajarte, si no tu conjunto sexy no te ayudará.

—Estoy relajada y tú sólo intentas provocarme. No caeré en tus provocaciones.

Quiero darme la vuelta, pero pierdo el equilibrio sobre estos malditos tacones altos y...

—Te tengo.

De repente estamos demasiado cerca. Mierda, huele bien.

—¿Y ahora? —sonríe de nuevo.

—¡Suéltame ahora mismo! —gruño, y él retrocede sin dejar de sonreír.

—No me había dado cuenta de que te ponía tan nerviosa.

El corazón me late con fuerza. Se acabó.

—No estoy nerviosa —digo. Desde luego que no. Sí, Walle estaría nerviosa, su corazón palparía aún más fuerte. Pero hoy soy Tina—. Sólo estás soñando con ello. Tengo que irme ahora porque tengo una cita... y bragas sexys que quitarme. Ya me entiendes.

Mentira. Lo de la cita, no lo de las bragas.

—Ah sí, ¿rojas? ¿Costumbre de Nochevieja o qué?

—¡Sí, rojas, sexys y con mucho encaje!

Se ríe.

—Pues entonces, buena suerte —antes de darse la vuelta, me saluda de nuevo con la mano—. Feliz Año Nuevo —me dice con un guiño y cierra la puerta.

Idiota, idiota, idiota. Puede mandarme a la mierda. No te enfades, Walle haría eso, pero Tina no se enfada. Tina sabe lo buena que está y tiene otros

planes para hoy.

Capítulo 3

¿Año Nuevo, Hombre Nuevo?

—Dios mío, estás guapísima —exclama Caro cuando nos encontramos. Está delante de un edificio de apartamentos en el centro de Núremberg, envuelta en un abrigo rojo—. Estos zapatos son...

—Jodidamente altos e incómodos, creo que ya me han salido ampollas.

Hago una mueca, pero tengo que reírme porque Caro me mira con los ojos muy abiertos.

—Pero realmente necesitarías una licencia de armas para estos, parecen tan calientes y puntiagudos.

—¡Ese era el plan! A ti también te quedan muy bien. Muy sexy. La dama de rojo.

Un vestido rojo asoma por debajo del abrigo de Caro y lleva botas a juego.

—Yo diría que esta va a ser nuestra noche, Walle.

—¡No, Walle no! Esta noche soy Tina, ¿vale? Sexy Tina, la seductora de los hombres. Soy todo lo que no soy. Lo que Walle no es.

—Eh, sí, si tú lo dices —ella se ríe—. Vale, Tina, ¿cuál es el plan ahora?

—Bueno, ¡vamos a arrasar en la fiesta!

Tomamos el ascensor hasta el último piso. El piso donde se celebra la fiesta pertenece a Katrin, una colega de Caro y agente inmobiliaria. Probablemente tenga la suerte de poseer un ático gracias a ello. Para eso se necesitan buenos contactos. Lleva dos años con su novio Philipp, médico, y están tan enamorados el uno del otro que te puedes poner celosa.

Katrin abre la puerta y nos saluda.

—Hola, estáis muy guapas —dice mientras bebe un sorbo de su copa—. ¿Champán? —pregunta.

Claro que hay champán. Katrin siempre ofrece lo mejor.

Entramos y nos quitamos los abrigos. La fiesta parece estar en pleno apogeo. En el aire se oye un murmullo de voces y la música retumba en los enormes altavoces del salón.

—El bufé está ahí detrás —explica Katrin—. Es de Pepe, ¿le conoces? También está aquí. Tiene un pequeño y acogedor restaurante en el centro de la ciudad.

Caro asiente.

—Ah, sí, y es bastante atractivo —se le iluminan los ojos.

—Lo es y... —dirige a Caro una mirada significativa— está soltero de nuevo, sólo como un comentario.

—Me gusta esa información.

—Me lo imagino. Espera, deja que te presente.

Juntas nos dirigimos al bufé, o más exactamente a un joven que está allí. Tiene el pelo oscuro, los ojos marrones y está bronceado, como si acabara de volver de vacaciones.

Caro estira la espalda. Una señal de que Pepe es exactamente de su gusto. También encaja perfectamente en su tipo favorito.

—Pepe, estas son mis amigas Caro y...

—Tina —digo antes de que pueda decir mi nombre. Me mira interrogante y luego sonríe.

—Así es, Tina. Tina es columnista de la revista *Wild*. Caro es una exitosa agente inmobiliaria, como yo.

Es una interpretación muy idiosincrásica de la realidad. Caro trabaja en la oficina de Katrin. Pero “agente inmobiliaria de éxito” suena más emocionante, por supuesto. Pero Caro no necesita eso. El escote de su vestido es más grande que el mío. Su pelo rubio, ahora largo, cae sobre sus hombros en ondas. Pepe no tiene ninguna posibilidad.

—Encantado de conocerte —dice, esbozando una sonrisa muy bonita—. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Champán —dice Caro, y nos tiende dos copas.

—¿Tienes ese local tan bonito en el centro de la ciudad? —pregunta Caro.

—Sí, así es.

—¿Está cerrado hoy? —interrumpo—. De hecho, Nochevieja es una noche en la que seguro que estará lleno, ¿no?

—Por eso tengo a mi personal. Hoy quería celebrarlo yo.

—Menos mal —dice Caro, y vuelve a sonreír. Ella ya pasa al ataque.

—Ahí viene Frederik —dice Katrin— ahora vuelvo.

Desaparece entre la gente.

Caro coge un bocadillo, una especie de panecillo con jamón. Y sí, parece caliente mientras se lo mete en la boca por encima de sus labios rojos. Pepe la observa atentamente.

—¿Tú también eres agente inmobiliaria? —le pregunta sin quitarle los ojos de la boca.

Vale, me doy cuenta de cuándo interrumpo. ¿Y ahora qué hago? Walle estaría insegura ahora, pero Tina no. Le doy una palmada rápida en el hombro a Caro para que sepa que estoy mirando a mi alrededor. Porque eso es exactamente lo que voy a hacer ahora. Con la copa de champán en la mano, doy una vuelta y observo a los demás invitados. Un chico con su novia, obviamente, porque se están besando. Tres mujeres se ríen de algo. Katrin está junto a un hombre, probablemente Frederik. He oído ese nombre antes. ¿Es un librero? Caro lo mencionó una vez, si no recuerdo mal. ¿O estoy confundiendo algo? A ver, voy a averiguarlo...

Me sobresalto porque casi choco con alguien.

—Oh, perdona —oigo una voz grave y levanto la vista.

—No pasa nada —digo, levanto la vista y... pum, pum. El corazón me late con fuerza mientras miro a los ojos oscuros de Hannes Sandner. Está aquí de verdad. Dios mío, Dios mío. Y también nos hemos encontrado, como en una película. ¡Ahhhh!

Para. Cálmate, Walle, ya no eres esa *mujer oh-mi-dios*. Eres la gran Tina. Así que cálmate.

Sonríó ligeramente.

—No hay problema —digo. ¿No acabo de decir algo parecido?

Haz como si no le reconocieras. Date la vuelta, vamos, idate la vuelta!

Y eso es exactamente lo que estoy a punto de hacer cuando me dice: —
Valentina, ¿eres tú?

Al menos tengo el suficiente autocontrol para lanzarle una mirada interrogativa.

—Tina —le corrijo.

Parece irritado.

—¿Tina, Valentina?

—¿Nos conocemos? —Dios mío, qué buena soy.

Sonríe tímidamente.

—Sí, soy yo, Hannes Sandner. Fuimos juntos al colegio. ¿No me reconoces?

Desde luego que le reconozco. Esos labios, esas cejas perfectas, esos ojos marrones, ese cuerpo...

—Hannes... ahhh, claro, ahora que lo dices. Qué coincidencia.

—Así es. No estaba seguro de si sería capaz de hacerlo. Pero las fiestas de Katrin son las mejores. Sólo ésta vista sobre Núremberg —señala la azotea, donde ya están reunidas varias personas que presumiblemente están de acuerdo.

—Las fiestas de Katrin son legendarias —coincido, aunque no he estado en demasiadas.

—¿Así que has estado mucho aquí con ella?

—Cuando el tiempo me lo permite —respondo y doy un sorbo a mi copa. Ja, eso ha estado bien. No quiero que piense que estoy muy ocupada.

—Lo sé, los buenos tiempos. Como ya he dicho, no creía que fuera a llegar. Mi vuelo se retrasó. Pero por suerte todo ha ido bien. Acabo de llegar de Hamburgo. Aún quedaban muchos negocios por hacer.

—Hamburgo, una gran ciudad —como si lo supiera. Nunca he estado allí. Qué vergüenza.

—¿Vas allí a menudo? —pregunta con interés, inclinándose tanto hacia mí que puedo oler su aftershave. Agrio y masculino. Me gusta.

—De vez en cuando. —Mentira, mentira, mentira.

—¿Qué haces? —pregunta ahora—. ¿Cómo estás tú?

Me enderezo un poco. ¿Qué diría Tina? Soy columnista, pero ¿es eso realmente sexy? ¿Qué es sexy? ¿Qué profesiones gustan a los hombres? Lo que escribo no es realmente poco sexy, al menos a veces. Pero la mayoría de mis reportajes son sobre cosas aburridas, como la inauguración de una exposición de arte.

—Soy periodista —respondo. Desde luego, suena bien.

—Sinceramente, es impresionante.

—¡Gracias! Pero también estoy escribiendo mi primera novela.

Sus ojos se abren de inmediato. Sí, a los hombres les encantan las novelas.

—¿De qué género?

—De amor —aún mejor. Entonces piensan inmediatamente que necesitas inspiración.

—Amor, entonces todavía debes necesitar inspiración. ¿O ya estás suficientemente inspirada?

Ja, digo yo, siempre esto de la inspiración. ¿Y me está preguntando si estoy soltera? Madre mía.

—Siempre te puede venir bien la inspiración —digo vagamente y esta vez bebo un sorbo un poco más grande.

—En eso tienes razón.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas que viajas tanto? Déjame adivinar. Eres piloto.

—No, soy abogado.

—¿Ah, sí? Eso también es emocionante —suspiro, como si me gustara más lo de ser piloto.

—Bueno, es emocionante de vez en cuando. Mi especialidad es el derecho bancario.

Vale, ¿y ahora qué? ¿Cómo te haces interesante? ¿Cómo lo haces?

—Eso suena muy importante —le sonrío con un brillo en los ojos y veo que traga saliva. Es una buena señal, ¿no?

—¿Ya te has casado? —me pregunta.

—Tienes curiosidad, ¿verdad? —me río y me alegro de sonar tan dura.

—¡Lo siento! —sonríe. Ni siquiera parece avergonzado ahora.

—No estoy casada —respondo amablemente a su pregunta.

—¿Compañero? —él no afloja.

—Sabes, realmente estoy muy ocupada. Primero tienes que encontrar un hombre que pueda afrontarlo. No soy una mujer que esté desesperada por un compañero.

¡Vaya, Tina, vaya!

Sus ojos se clavan ahora intensamente en los míos.

—Por eso estoy soltera. Porque hasta ahora, eso ha sido a menudo un problema.

—Sí, una pena si es lo único en lo que te fijas. Quiero decir, es genial tener a alguien en quien confiar. Pero no tenéis que estar pegados el uno al otro día y noche —veo cómo sus ojos escrutan ahora mis labios—. Además, así se mantiene el fuego —dice.

Me muerdo el labio inferior.

—¿Fuego? —resoplo—. No me basta con el fuego. Quiero arder.

¡Santo cielo! ¡Tina!

Vuelve a tragar saliva. Su mirada se posa en mi escote.

—Pero no muchos hombres pueden hacer eso —añado—. Hay que saber manejarlo. Con mujeres que quieren fuego.

—Eso suena bastante desafiante. Tina...

Sonrío y enarco una ceja.

—¿Hannes?

—Quiero saber más sobre eso. Vamos a tomar algo del buffet y también

necesito champán. ¿Qué me dices?

—En realidad, a mí también me gusta el vino, pero si Katrin sirve champán...

Caminamos juntos hacia el buffet. Mi brazo roza el suyo de vez en cuando. No sé si se da cuenta.

Caro sigue de pie con Pepe. Tras una rápida mirada a Hannes, me guiña un ojo.

Sí, yo también creo que hoy puede ser interesante.

El tiempo pasa volando. Es genial ser Tina.

Hannes habla y habla, y esta vez no soy yo la que está pendiente de los labios de un hombre, es él quien sigue escrutando los míos.

—Por suerte no he perdido el avión —dice en un momento dado.

Asiento con la cabeza como si esto ya me hubiera pasado muchas veces.

—Te creo. Siempre es un coñazo. Tienes que esperar y...

Me coge la mano.

—No, no por ninguna molestia, sino por ti.

Inclino la cabeza. ¿Realmente soy tan guay?

—¿Por mí? —pregunto. No puedo resistir la ligera insinuación de que se refiere "a mí".

—Sí, tengo que decir que no me acordaba de ti. ¿Eras así antes?

No, claro que no. Por eso apenas se acuerda de mí.

Yo era la chica que siempre te adoraba, le digo en mi mente. *Y tú eras el chico guay que no me tenía en su radar.*

—Sólo puedo recordarte en fragmentos —reclamo.

Antes de que pueda replicarme, la música se detiene.

—Chicos, casi es la hora —grita Katrin—. Coged champán y vamos a la terraza de la azotea.

Todos obedecen. Caro me intercepta y me da el abrigo.

—Toma, cariño —me dice.

—¡Oh, gracias! —le lanzo un beso.

Hannes, a mi lado, se inquieta. Entonces le quita mi abrigo a Caro.

—Soy Hannes —se presenta.

—Caro, buena amiga de Tina.

Pepe aparece detrás de ella, y luego Katrin y su novio Philipp.

—Vamos, vamos, fuera —Katrin se ríe y parece que ha bebido mucho champán.

Hannes me ayuda a ponerme el abrigo. Me gusta este comportamiento caballeroso.

Salimos todos juntos y el aire fresco me da en la nariz, luego ese aftershave ácido. Hannes huele muy bien.

Mientras nos ponemos en posición, me doy cuenta de lo que está pasando. He estado hablando con Hannes Sandner, mi amor adolescente. Toda la noche. O Tina ha estado hablando con él... lo que sea.

—Un minuto más —anuncia Katrin.

Hannes me mira.

—El nuevo año está a punto de empezar —se inclina hacia mí—. Estoy impaciente por ver qué nos depara —susurra y me pone una mano en la cintura.

—Sí, yo también estoy emocionada —le respondo, con el corazón latiéndome con fuerza.

—Treinta segundos.

Hannes me sonríe.

Nuestros ojos se hunden.

Ya se oye un estruendo. Un cohete vuela hacia el cielo.

—Diez, nueve, ocho...

Se muerde los labios.

—Nunca hay un momento aburrido contigo.

—¿Quién sabe?

—Cuatro, tres, dos... ¡Feliz Año Nuevo!

La música vuelve a retumbar en el salón, *Firework* de Katy Perry. Los cohetes zumban en el cielo, estallan en colores brillantes, vuelven a estallar y se convierten en estrellas centelleantes. Entonces lo siento en mis labios. Esta sensación colorida, cálida y excitante. Como un cohete, pero mucho mejor.

—Feliz Año Nuevo, Tina —respira Hannes contra mi boca mientras sus labios se separan brevemente de los míos.

—Feliz Año Nuevo, Hannes —le respondo antes de que vuelva a besarme, esta vez con más intensidad.

Guau, iguau!

—Ya está —murmura, y volvemos a besarnos.

—Feliz Año Nuevo, nena —Caro se pone a mi lado y me abraza en cuanto Hannes me suelta—. Por que sea maravilloso —me susurra al oído y yo la abrazo con fuerza.

—Por ti también. Sí, por que sea maravilloso.

Luego abrazo a Katrin y a su novio Philipp. Pepe también se acerca a mí, aunque parece que sólo quiere estar cerca de Caro.

Una vez intercambiados todos los deseos de Año Nuevo, Hannes vuelve a centrar su atención en mí. Incluso bailamos muy juntos, de vez en cuando le beso y él me besa a mí. ¡Increíble!

A las tres ya no quedan muchos invitados en la fiesta pero podría quedarme aquí para siempre.

Tina, yo también tengo que irme —anuncia Hannes.

Intento que no se note mi decepción y asiento con la cabeza. Me gustaría pedirle que se quedara. Pero soy Tina, no Walle.

—Mi próximo vuelo sale esta tarde y aún tengo que preparar algunas cosas. En realidad a esta hora hubiera querido estar ya en casa, pero... —me mira y sonríe— lástima que ahora estaré en Londres unas semanas.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto, horrorizada. No, ha sido Walle quien ha preguntado.

—Hasta el doce de febrero.

No lo dice en serio. Es realmente estúpido.

Pero sonrío y, con suerte, vuelvo a parecer serena.

—Londres suena genial. Te envidio.

—Londres es genial. Pero... tengo que decir que es muy duro para mí. Cuando vuelva, me gustaría empezar aquí de nuevo y profundizar en todo esto, llegar a conocerte aún mejor. He estado buscando una mujer como tú.

Vaya, ¿de verdad acababa de decir eso?

—Ah, sí, ¿eso piensas? —pregunto con voz ronca.

—Sí, te encanta el vino, te gusta salir, das espacio a la gente y eres increíblemente sexy.

—Un gran resumen de mis activos

¡Mentira!

—¿Me das tu número? —saca su móvil.

Claro, toma, te lo doy enseguida, y estaría encantada de darte mi dirección de correo electrónico y mi Instagram...

—¿Quieres mi número? —ahogo la voz en mi cabeza.

Hannes sonríe.

—Sí, lo quiero. Si te parece bien.

—De acuerdo —cojo su móvil y me añado como nuevo contacto. Como Tina.

—Entonces me pondré en contacto contigo pronto. Ven aquí —vuelve a tirar de mí hacia él.

No te vayas, todavía quería gemir hoy y ...

—Así quedamos. Que tengas un buen vuelo.

—¡Gracias! Estaré pensando en ti. Mujer sexy —Hannes se inclina hacia adelante y me besa de nuevo.

Mujer sexy, dijo. ¡Awww!

Al apartarse, susurra:

—Estoy deseando quemarme contigo —luego se da la vuelta, se despide de Katrin y le veo marcharse con el corazón palpitante.

Oh tío, eso ha sido... ¡brillante!

¡Mierda! Ni siquiera tengo *su* número. ¿Cómo voy a escribirle?

De ninguna manera. Tina no escribe a nadie, menos va detrás de un chico.

—Bueno, Tina, ¿cómo te fue? —Caro me abraza por detrás.

—Fue increíble, me estoy volviendo loca. La mejor Nochevieja de mi vida. ¿Y la tuya? —me doy la vuelta para mirarla.

—Pepe y yo vamos a salir, definitivamente.

—Eso me hace feliz.

—¿Y tú y Hannes?

—Ahora tiene que irse a Londres unas semanas, pero seguro que vuelve a tiempo para San Valentín.

—¡Ooooh! Ese es tu plan: una cita el día de San Valentín —mueve las cejas.

Me estiro. De repente, la tensión desaparece. Lo que queda es un

cansancio plomizo. Después de todo, ha sido una noche emocionante.

—¿Qué te parece? ¿Nos vamos? ¿O quieres quedarte?

—Por mí podemos irnos, Tina.

Me río.

—Jajaja, sí, ahora es Tina. Pero, ¿y qué?

Capítulo 4

La Gran Locura

Tina es un nuevo comienzo. Estoy increíblemente emocionada. Cuando pienso en el estado de ánimo que tenía cuando me puse delante del espejo de mi piso hace sólo unas horas, ahora me parece muy, muy lejano. Sí, no he sido yo misma, y a Hannes parece haberle gustado. Piensa que soy sexy, le gusta el hecho de que beba vino y ame mi libertad. Estoy segura de que no le habría gustado tanto Walle, pero, ¿y qué? De vez en cuando hay que salirse de la piel y probar algo nuevo, ¿no?

¿A Hannes también le gustaría la vieja yo? Aunque ya no quiero ser así. Acabo de soltar a Walle. No puede ser tan difícil si ella me hace infeliz. ¿Por qué hice la lista de todo lo que está mal con Walle? Vale, no hay mucho que puedas hacer con las orejas y otros rasgos físicos. Pero al menos no desanimaron a Hannes. En cuanto a mi actitud interior, ahora tengo la prueba de que necesitaba cambiarla urgentemente. Ya pensaré en ello con más detalle en otra ocasión.

¡Jesús, me duelen los pies!

Abro de un empujón la puerta principal. Ahora sólo tengo que subir un tramo de escaleras, quitarme estos zapatos monstruosos y ponerme el pijama.

Estoy a punto de meter la llave en la cerradura de la puerta principal cuando oigo su voz.

—Feliz Año Nuevo, señora vecina.

Pongo los ojos en blanco y me apresuro a abrir la puerta. Jacob es la última persona con la que quiero toparme ahora mismo.

—Feliz Año Nuevo —murmuro.

—¿Así que has venido sola a casa? Creía que hoy nos íbamos a estar lamentando —se gira hacia la puerta de su casa.

Mi puerta por fin se abre. Me muevo y gimo. Cada pequeño movimiento me duele.

—No me molestes —gruño en su dirección—. ¿Y sabes qué? No siempre importa. Por cierto, también estás solo, por si no te habías dado cuenta.

Miro a su lado de forma demostrativa, como si pudiera haber una mujer escondida detrás de él.

—Ese era el plan. No me apetece despertarme mañana y tener un drama. ¿Qué tal tu cita? Vamos, sé sincera. ¿Probablemente no fue un éxito?

—Puedes apostar que fue un éxito. Fue increíble, la fiesta fue increíble y yo estaba...

—¿Impresionante? —sonríe.

—Sólo búrlate de ello. Nada puede estropear mi humor hoy. Ni siquiera tú.

—¿Así que hay otra cita? ¿Hubo un beso a medianoche? ¡Qué romántico!

—Absolutamente. Pero, ¿qué sabes tú de eso? —suspiro y luego le sonrío

—. El tío es simplemente... increíble.

Por suerte, su estúpida sonrisa me ha impedido volver a decir "increíble". Me da igual lo que piense.

—Genial. Una descripción muy detallada —asiente exageradamente—. Y realmente original. Genial, genial, genial.

—Es abogado financiero y está muy solicitado. Eso es genial.

—Entonces, ¿qué quiere de ti?

Me enderezo y hago una mueca de dolor. Espero que piense que es rabia reprimida con esfuerzo. Pero no. Sigue sonriendo tan estúpidamente.

—¿Cuál es tu problema? —le ladro.

—No tengo ninguno. Y no vas a dejar que eso te estropee el humor, ¿verdad?

—Jamás. Me da igual lo que pienses. He encontrado a alguien que piensa que soy impresionante, sexy, nada aburrida y mucho más —me doy la vuelta y soporto el dolor de pies sin moverme esta vez—. Quiere profundizar en esto, en nosotros —anuncio como si hubiera ganado un Oscar. Quizás haya sido un poco exagerado.

Se estira y bosteza.

—Te doy una semana —dice con calma—. Luego el tipo se habrá ido. Ya estoy deseando que lleguen las próximas tardes molestas en las que tu deprimente zumbido vuelva a entrar en mi piso.

¡Increíble!

—¿Por qué dices eso? ¿No te imaginas que le pueda gustar a un hombre?

—No se trata de eso, pero bueno. He oído algunas cosas por aquí. Y seamos honestos, eres realmente agotadora. Esas conversaciones con tu ex. No quiero decir nada, pero *¿estarás en contacto, entonces? ¿Dónde has estado? Te echo de menos, no me echas de menos...* —suspira y pone los ojos en blanco—. Eso es... agotador.

—Bueno, pero yo no soy así. Ya no. Ya lo verás. Porque ya no soy Walle, soy Tina. Buenas noches.

Antes de que pueda decir nada más, casi salto a mi piso y cierro la puerta tras de mí.

¡Idiota!

¿Soy agotadora? Él es agotador. Al menos yo tengo la capacidad de reflexionar y estoy dispuesta a mejorar. ¿Pero él?

—Alexa, pon *Single Ladies* de Beyoncé. Súbelo tres niveles.

Mientras la música suena demasiado alta, me quito los zapatos de una patada y me dejo caer en la cama.

Mi móvil emite un pitido y me levanto.

Un mensaje de Hannes. El corazón me da un vuelco.

Ha sido una velada agradable, tengo ganas de más. Que duermas bien.

Jacob me está dando una semana, mi culo. Tengo a Hannes entre ceja y ceja.

Sonríó y vuelvo a leer el mensaje. ¿Le contesto enseguida o más tarde? Quizás piense que no estoy interesada en él si no le contesto enseguida. Se

habrá dado cuenta de que ya he leído el mensaje.

Yo también lo creo. Que duermas bien. Le añado un besito y un guiño sonriente. Lo envío. Ya está.

Ja, lo tengo enganchado. Eso difícilmente va a cambiar en una semana, especialmente si no nos vemos en absoluto. Es una pena. Espero poder soportarlo.

Capítulo 5

¡No Tengas una Recaída de Walle!

Dormí muy bien la primera noche del año. Esta Nochevieja ha sido por fin una que recordaré con cariño. Me siento en el sofá con una taza de café en la mano.

—Ay, sí —susurro y cojo el móvil, pincho en las Insta stories y respondo a todos los mensajes que se han acumulado. Sobre todo en *WhatsApp*. He recibido algunos buenos deseos, pero por desgracia ningún mensaje más de Hannes. Miro su foto de perfil. Está guapo. Deportivo, con un polo azul claro y esos brazos.

Pronto volverá a ponerse en contacto conmigo, ¿verdad? ¿Me hará esperar hasta febrero? Podría desearle un buen vuelo.

No, prefiero no hacerlo. ¿O sí? ¿Qué me pasa? Me lo pienso un momento y dejo el móvil. ¿Debería hacerlo o no? Mi lista está sobre la mesita. Vuelvo a leerla detenidamente. Oh, vaya. ¿Y si vuelvo a ponerme en plan Walle? Alguien tiene que pararme.

Llamo a Caro.

Suena, una, dos, tres veces. ¿Sigue dormida? Espero... hasta que contesta.

—Oh tía, Walle. ¿De verdad te has despertado ya? —ella bosteza al teléfono y yo me río.

—Sí, acabo de levantarme. ¿Sigues en la cama?

—Mmmm, ¿por qué crees que no contesto? Llamar tres veces es la norma.

—¡Lo siento! ¿Así que aún no estás lista para hablar?

Ella gime y gime.

—Sí, lo estoy —dice entonces—. Así que dispara. ¿Qué tienes en mente?

—Me escribió ayer y yo le escribí. Hoy nada.

—Sí, ¿y?

—Estaba pensando que quizá no vuelva a ponerse en contacto hasta febrero.

—¿Qué habéis acordado?

—Nada, sólo que lo hablaríamos con más detalle cuando volviera y... bueno. Igual también le dije que soy una mujer que necesita su espacio y todo eso.

Caro tarda en contestar porque la sacude un ataque de risa.

¡Genial!

—¿De verdad has dicho eso? —pregunta entonces—. Oh, sí, anoche eras Tina... y ahora estás teniendo una recaída de Walle.

—No, no la he tenido. Sólo estoy preocupada. Hannes es genial. Realmente lo es.

—Entiendo lo que dices. Ese Pepe de ayer, también es genial. Pero no voy a enloquecer ahora.

—¿Ya se ha puesto en contacto?

—Me ha preguntado si estoy libre esta semana.

—¿En serio?

—Sí, pero también está en la ciudad, así que no se pueden comparar las dos cosas.

—Es verdad... me preocupo demasiado. Todo es culpa del estúpido de mi vecino. Llegó a casa al mismo tiempo que yo y volvió a ser tan malo. Estaba de muy buen humor y se lo conté. Si sigue enseñándome sus conejitas sexuales, por fin podré decir que he pasado una noche estupenda.

—Tienes toda la razón. ¿Y después qué?

—Me dijo que me daría una semana para volver a tocar canciones deprimentes. Qué cabrón.

Se ríe de nuevo.

—¡Traidor!

—Eso no tiene gracia —le digo.

—Parece que te conoce muy bien...

—¿Hablas en serio? Estoy a punto de ofenderme de verdad.

—No tienes por qué ofenderte. Estoy de tu parte. Pero mira, te estás volviendo loca otra vez. Es el primer día del nuevo año. Baja. Haz algo agradable, relájate. Anoche fue genial. Y eso es todo lo que hay que decir ahora.

Mientras hablaba, la imité sin hacer ruido, porque sabía lo que iba a decir. En principio, tenía razón. Pero yo seguía pensando que Hannes, de alguna manera, ya tenía una especie de anhelo por mí. ¿Es mucho pedir? ¿Tina tiene que esperar tanto para algo así como Walle?

—Está bien, te dejaré dormir entonces —le digo—. Voy a darme una ducha y a hacer algo muy agradable. Lo ideal sería ver una película y pedir algo de comer.

—Bueno, me parece razonable. Estaré en contacto más tarde. Dame un abrazo, Tina o Walle o quienquiera que seas.

—Muy gracioso —digo, y colgamos. Luego me quedo sentada un rato. Caro tiene razón, por supuesto. Sin embargo, mis dedos vuelven a pasearse por mi teléfono móvil.

¿Qué tiene de malo *ten un buen vuelo*? Nada, ¿verdad?

Pero en realidad es el turno de Hannes para escribir algo.

Ah, me estoy volviendo loca.

En realidad no hay nada malo en que vuelva a escribir. Así que le escribo el mensaje y lo envío. Luego guardo el móvil y me voy a duchar, porque allí no puedo hacer nada malo.

Después de ducharme, me pongo el pijama y disfruto del día. Enciendo la tele y encuentro una película que me apetece ver. Es la una y media y espero con impaciencia la pizza que he pedido. Cuando suena el timbre, me

levanto de un salto y corro hacia la puerta. Pero no es sólo el servicio de reparto, sino también JBB.

—Buenos días, guapa —me llama, y me dan ganas de estrangularle.

—Buenos días —murmuro, y el repartidor nos mira interrogante.

—Feliz Año Nuevo. Bueno, tengo cosas para... Brehm y para Wunderlich. Ah, vais a comer juntos —él asiente con complicidad, pero yo sacudo la cabeza con vehemencia.

—No, definitivamente no.

—Pero tengo una comida para dos aquí. Pasta y calzone para Brehm. Exactamente. Oh, tú serás la pizza de jamón. Así que vas a comer sola.

¿Cree que conseguirá más propinas si adivina mi estado civil?

Pongo los ojos en blanco mientras JBB se ríe.

—Sí, parece una pizza de jamón —responde JBB—. O una galleta con chocolate en pantalones de jogging —señala mi pijama.

El chico también se ríe. ¡Qué descarado!

—Ja, ja, muy gracioso. No soy una pizza, yo la pedí.

—Sí, lo siento —dice el pizzero sin mucho entusiasmo y le lanza a JBB una mirada que probablemente quiere decir que estoy un poco loca. Así que, obviamente, no parece importarle que lo haya visto.

Luego le da a JBB una caja de pizza y una bandeja de aluminio.

—Ya has pagado a través de PayPal.

JBB asiente y me da una sonrisa estúpida.

—Y desgraciadamente son quince euros para ti. Ese es el cargo mínimo porque estás por tu cuenta.

—Podemos añadirlo a mi cuenta —ofrece JBB magnánimamente, y el pizzero me mira interrogante.

—No te molestes —le digo—. Tengo quince euros. No te preocupes —le doy veinte al pizzero—. Para ti.

—Oh, gracias —por fin me dirige una mirada amistosa.

Bueno, ya ves lo generosa que soy.

—Que tengas un buen día —vuelve a recoger su caja y sale de casa.

—Realmente se te dan bien los hombres —Jacob me mira desafiante.

—¿Porque los pongo a todos a volar? —pregunto, molesta.

Su sonrisa se ensancha.

—Eres una virtuosa de las palabras.

Me doy la vuelta, pero Jacob no parece haber terminado aún conmigo.

—¿Aún no lloras? —pregunta—. A pesar de que tu año empieza sin el nuevo hombre de tus sueños. Todo el mérito es tuyo.

—No me enfades —le respondo. Me encantaría borrarle esa estúpida sonrisa de la cara.

—Sólo tengo curiosidad. ¿Ya lo has asustado?

—No, no lo he hecho. ¿Cómo puedes hacerlo en tan poco tiempo?

¿Por qué estoy discutiendo con él?

—Pero ya le has escrito, ¿no?

Respiro hondo.

—Él me escribió primero, para que quede claro, y yo le contesté.

—¡Ohhhhh! —dice con fingida sorpresa.

—¿Qué?

—No deberías haber hecho eso, Walle. ¿O Tina? —frunce el ceño—. ¿A qué viene todo eso? Tengo curiosidad.

—¿Y por qué no debería haberlo hecho? —no respondo a la pregunta sobre Tina. Ojalá no se lo hubiera mencionado.

—Bueno, sería más interesante para él si primero se preguntara si realmente le responderías. Pero no importa. Lo principal es que no enviaste algo más después. Algo como: *'espero que tu día sea agradable'* bla bla bla...

—No, no lo hice, después de todo, eso no es lo mismo que desearle un buen vuelo.

—Supongo que sí —se ríe—. Lo sabía. Se te nota en la punta de la nariz. Es bonito que seas tan mala mintiendo.

—¡Oh, déjame en paz! —me doy la vuelta y cierro la puerta tras de mí, por segunda vez hoy.

¡Sólo por ese idiota! ¿Qué se cree que está haciendo? ¿Qué le importa? Como si yo valorara su opinión. Puedo arreglármelas sola y no dejaré que me deprima ahora. ¿Por qué iba a ser tan malo que le escribiera otra cosa a Hannes?

Me tumbo en el sofá con la caja de pizza en la mano y cojo el móvil. Ha leído el mensaje pero no ha respondido. ¿Qué debería escribir? ¿Darme las gracias? Aunque eso habría sido de buena educación.

Ahhh, estoy perdida, muy perdida. Me doy una palmada en el muslo. Ya basta. Soy Tina. Soy sexy y dura. No soy una monita intensa. No responderé al siguiente mensaje durante un rato. Como si ahora todo hubiera desaparecido. No, ayer estuve sexy, la noche fue genial y Hannes también lo piensa. Seguro que sí.

Disfruto de la pizza y veo una película. Bridget Jones es la película que mejor se adapta a mi estado de ánimo.

En el momento en que Bridget está haciendo sopa azul (eso también podría pasarme a mí), de repente suena una música desde el otro lado. Debe de estar loco. Le molesta mi música, pero él tampoco es mejor. Bueno, ¡espera!

Me levanto de un salto y la música vuelve a parar. Por suerte para él. Poco después, oigo su puerta cerrarse de golpe. Se va. Solo. Ja, la comida no era para dos. Es un glotón. Echando espuma por la boca. Al menos ya se ha ido y puedo disfrutar de la paz y la tranquilidad.

Capítulo 6

¡Marcha Acuática!

Un ruido me despierta. Estoy tumbada en el sofá con un trozo de pizza, boca abajo sobre el cojín. ¿Me habré dormido mientras comía?

Suena el timbre. Me siento agotada. ¿De verdad tengo que levantarme ahora?

Vuelve a sonar el timbre. ¿Es tan urgente?

—Sí —grito y me arrastro hasta el pasillo.

Luego tropiezo. ¿Es Hannes?

No, no sabe dónde vivo. A lo mejor se ha conseguido la dirección.

Con el corazón palpitante, miro por la mirilla y veo a una mujer. Una mujer muy guapa. Me pregunto si se habrá equivocado de puerta y en realidad quiere ver a Jacob.

—¿Hola? —golpea la puerta. Me aliso el pelo a toda prisa y abro la puerta.

—¿Hola? —le digo.

Ella me mira. Probablemente parezco patética. Muy a lo Walle.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunto, enderezándome. Después de todo, estoy genial lleve lo que lleve puesto.

—Quería ver a Jacob —me explica.

Lo sabía.

—No estará —digo, como si fuera la secretaria de Jacob—. Tampoco está conmigo.

¡Como si fuera su secretaria!

Quiero darme la vuelta, pero ella me agarra del brazo. Parece que no quiere aguantarse. ¡Hombre, la nostalgia debe ser grande!

—Me di cuenta de que no estaba. Pero mira... hay algo que viene de su piso.

Me suelta y señala con la mano un charco de agua.

—¡Mierda! —grito—. Eso no es bueno. ¿De verdad no está ahí?

Frunce el ceño.

—Le oí marcharse —le explico—. Pero me dormí después. ¿Quizás ya ha vuelto?

—Es evidente que no —me mira como si estuviera siendo obtusa.

—¿Le has llamado? —le pregunto—. Seguro que tienes su número.

—Sí, pero sólo salta el buzón de voz. Vine aquí espontáneamente y esperaba que estuviera libre.

Parece avergonzada.

—¿De verdad es tan bueno?

¿Por qué pregunto eso? No me interesa.

—No podía esperar —responde y se ríe nerviosa—. Tengo buenas intenciones.

—No necesito saber eso exactamente —levanto las manos a la defensiva y

me abstengo de hacer un comentario sobre el hecho de que ayer estuvo con otra mujer. Ese tío. De verdad.

Pero rápidamente alejo ese pensamiento. Hay cosas más urgentes que hacer.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—Bueno, llamaré a la administración de la propiedad. Pero primero vuelve a intentarlo con JBB.

—¿Con quién? —pregunta irritada.

—Con Jacob.

Ella asiente con la cabeza, pulsa el móvil y sacude la cabeza.

—Sigue saltando al buzón de voz.

—Con la administración de fincas, entonces —me fuerzo a sonreír. Espero parecer segura. No vaya a ser que luego le diga a Jacob que he entrado en pánico, porque eso es lo que me gustaría hacer ahora.

—Vale, entonces estarás bien sola, ¿no?

—Sí —le digo y la dejo para coger el móvil.

Cuando vuelvo a la puerta, se ha ido. Estoy sola.

—Kitzinger, gestión de la propiedad —contesta una voz masculina molesta—. Está llamando en horario de urgencias.

—Feliz Año Nuevo a ti también —digo—. Y esto es una emergencia. Sale agua del piso de al lado. Mucha agua. Casi llega a mi puerta.

—¿Dirección?

—Bruchstrasse 49, piso 12, Brehm.

—Bien, Sra. Brehm. ¿De dónde viene el agua?

—Soy la vecina. Valentina Wunderlich. El agua viene del piso del Sr. Brehm. ¿Qué quiere que haga?

—¿Tiene la llave del piso del vecino?

—No.

Casi me río de pensar que Jacob y yo intercambiaríamos llaves.

—Entonces abre la puerta de otra manera.

—¿Qué? —me río nerviosamente—. Me temo que me perdí el curso *de robo para principiantes*.

—Ábrela. Las puertas no son tan fuertes.

—Es bueno saberlo. ¿No puedes enviar a alguien para que se encargue?

Resopla.

—Hoy es festivo. Hasta que no sepa lo grave que es, no llamaré a nadie. ¿Sabes lo caro que será si no?

—El agua ya está en el pasillo.

—Entonces abre la puerta y echa un vistazo. Luego llámame otra vez. Cuelga.

¡Estupendo! Estoy realmente sola.

Me aventuro en el charco y tanteo el pomo de la puerta. Luego palpo la puerta. No parecía tan inestable. Al estilo de Hollywood, me tiro contra ella, pero aparte de un hombro dolorido, no pasa nada.

Tengo un hacha en el sótano. Mi abuelo me la dio hace años porque

pensaba que siempre se podía usar algo así. ¿Quién iba a pensar que tenía razón? Está cogiendo polvo ahí abajo porque no la quiero en mi piso. Por el karma y todo eso. No quiero que le dé ideas a uno de mis visitantes algún día.

Diez minutos después, estoy golpeando la puerta con el hacha. Tardo unos cuantos golpes en dar en las zonas que pretendía. Me concentro en la zona de la cerradura y, efectivamente, la puerta se abre en algún momento. La cerradura sigue colgando del marco. Me hace gracia la cara que pondrá Jacob cuando llegue a casa y vea esto. Y descubra que he sido yo. De todos modos, ya piensa que estoy loca.

Tal vez yo también. Porque en mi mente me veo de pie en medio de la inundación con un hacha en la mano. ¿Qué película era esa? No tengo que liberar a nadie de las cadenas, y no estoy tan mojada. Todavía no. En el baño, el agua brota alegremente de una tubería detrás de la lavadora.

Vale, eso es malo. Lo suficientemente malo como para que los Kitzinger tengan que enviar a alguien. Pero no hay manera de que pueda esperar tanto. El agua está fluyendo, y demasiado rápido. Tengo que sellar la tubería de alguna manera. ¿Pero con qué? Hay una toalla colgada del gancho y un cesto de la ropa sucia en el suelo. Meto la mano y saco algo: un calzoncillo. Mejor no mirar demasiado.

Sin pensarlo, lo meto en la tubería. El agua fluye más despacio y envuelvo unos calcetines más, luego una toalla y otra más grande encima. Pero sigue goteando.

Vuelvo a llamar al número de la administración.

—Está mal —digo en cuanto oigo a alguien al otro lado—. Envíen un fontanero. La tubería de detrás de la lavadora ha reventado.

—¿Pueden sellarla temporalmente?

Me río.

—No, me temo que mi equipo de fontanería no está diseñado para tuberías reventadas.

—¿No tiene espuma de construcción o cinta impermeable?

¿Lo dice en serio?

—Puedo ver si...

—Bien, ahora cuelgo para llamar al fontanero.

¡Vaya! Mis brazos y piernas están empapados. Me cae agua a chorros. No obstante, vuelvo a mi piso y cojo cinta adhesiva para paquetes del cajón de la cocina. Dejo huellas húmedas. Tendré que limpiarlas más tarde. Genial, limpieza de Año Nuevo, por así decirlo.

Así no es como imaginaba que sería el primer día del nuevo año.

La cinta realmente ayuda. Casi detiene el goteo. Quizás aguante hasta que llegue el fontanero.

—¿Qué está pasando aquí?

Es Jacob. Me río nerviosamente. ¿Debería volver a coger rápidamente el hacha, sólo por el panorama general?

—Estoy aquí, en el baño —grito, sin dejar de concentrarme en la cinta.

Jacob asoma la cabeza por la puerta. Su cara es un signo de interrogación.
—¿Qué haces? —pregunta, como si me divirtiera aquí—. ¿Qué has hecho?
—¿Que qué he hecho? —me río indignada—. He entrado aquí, he roto esa tubería, luego me he arrepentido y ahora la estoy tapando.

Asiente como si se lo creyera.

—¿Son mis calzoncillos los que sobresalen? Metiste mis bóxers por la tubería, eran caros y...

—¿En serio? —le interrumpo—. ¿Los vuelvo a sacar? A ver si así está mejor.

Se pasa los dedos por el pelo oscuro.

—Mierda, eso no es posible. Y no, perdona, es que... me ha impactado. Toda esa agua, la puerta rota... ¿fuiste tú?

Su mirada se posa en el hacha apoyada en la pared junto a la puerta.

—No estabas aquí.

—¿Tu piso también está mojado?

—No.

—Entonces, ¿cómo te diste cuenta de que... —sacude la cabeza.

Ahora recuerdo a la mujer que quería visitarlo y me dejó sola con el desastre.

—Una de tus compañeras de juego me llamó. La administración de fincas va a enviar a un fontanero.

—Hola, ¿hay alguien ahí? —un hombre robusto de mediana edad aparece detrás de Jacob—. Ah, he venido al lugar correcto —lleva un traje de calderero y sonríe a pesar de la imagen que presenta.

Respiro aliviada. Por fin, este ya no es mi problema.

—Bueno, esto es diversión para el nuevo año —dice el hombre con calma. Probablemente ve este tipo de cosas a menudo.

Me enderezo y le dejo el campo de batalla a él.

—¿Esos son unos calzoncillos? —el hombre se ríe.

—Sí, sólo quería que parara. Eran caros, por cierto —miro a Jacob, que sonríe disculpándose.

—Quizá pueda recuperarlos después de sacarlos de ahí —se ríe a carcajadas y mete un brazo detrás de la lavadora—. Ya está, he cerrado el grifo. Ahora no habrá más agua durante un rato.

Oh, ¿hay un grifo? Habría sido estupendo saberlo. Prefiero no mirar a Jacob.

—¿Y ahora qué? —pregunto en su lugar.

—Ahora echaré un vistazo a las piezas de repuesto que necesito... y guardaré los calzoncillos. Te aconsejo que limpies el agua rápidamente. Sale al pasillo.

—Vale —dice Jacob y coge un montón de toallas de un armario.

—Dame a mí también, te ayudaré —le tiendo la mano.

Me aprieta el montón en la mano y saca otro.

—Gracias —dice, y nos ponemos a fregar el agua. Primero en el pasillo y luego en su piso. No hay suficientes toallas, así que cojo algunas más de las

mías.

Cuando Jacob sostiene una de mis toallas de galleta en la mano, se ríe.

—Están por todas partes, ¿verdad?

—Eso parece —le digo—. Pero no te atrevas a quejarte, son geniales, mira cómo molan.

—Sí, molan mucho —se ríe y se limpia a su alrededor con la toalla.

Mis toallas también se están acabando, porque el salón, la cocina y el dormitorio no se han librado. El fontanero sigue trabajando y ha puesto algo parecido a una alfombra en el baño. Nos habría venido bien para el resto de la habitación.

Tengo un mal presentimiento sobre el dormitorio de Jacob. La luz negra sin duda haría visibles aquí algunas cosas que yo sólo percibía acústicamente. Me estremezco al pensarlo. ¿Cambia al menos la ropa de cama con regularidad?

—¿Quién era la mujer de antes? —pregunta Jacob bruscamente—. ¿Qué aspecto tenía?

Es obvio que está pensando en ella cuando estamos tan cerca de su cama.

—Rubia, como a ti te gustan —le contesto—. Pelo corto. No era la de ayer. Intentó llamarte.

Jacob busca su móvil.

—Anni —dice finalmente—. Era Anni. Está impaciente por conseguir una cita —sonríe y yo hago una mueca.

—¿Una cita? ¿Así es como lo llaman hoy?

—Sí, ¿por qué? ¿Qué tienes en contra de las citas?

—Nada, todo está bien. No pasa nada.

¡Cita! ¡Qué locura! Necesito una cita para algo así. No con Jacob, por supuesto. ¿Hannes también hace citas? No, no es tan superficial.

—Ya está —dice el fontanero—. Ahora una prueba de presión y luego veremos.

—Puede que haya reparado la tubería reventada —dice Jacob, señalando el suelo laminado—. Pero esa parece que tiene un poco más de trabajo.

—¡Mierda! —me tiro al suelo. Un culito mojado ya no importa. Esto es peor. El laminado se ondula dondequiera que haya habido agua—. ¿Se volverá a secar? —pregunto sin entusiasmo.

—Sí, seguro que sí. Pero las ondas nunca desaparecerán —vuelve a pasarse los dedos por el pelo.

Casi siento un poco de lástima por él.

—La tubería está arreglada —anuncia el fontanero, apareciendo en la puerta del dormitorio—. Pero los suelos están mojados. Hay que secarlos bien. Si no, saldrá moho. Habrá que quitar algunos suelos por completo. También hay que hacer obras en el cuarto de baño. Una nueva puerta del piso tampoco estaría mal. Se lo diré al encargado. Es mejor vaciar lo que necesites en un futuro próximo. Será mejor que busques otro sitio donde quedarte hasta entonces.

Ya tiene el móvil en la mano y se da la vuelta. Poco después, aparece

hablando con el Sr. Kitzinger.

—Es.... —empieza Jacob.

—¿No es tan bueno, mmmm? —pregunta estúpida.

—Lo ha reconocido bien —mira fijamente hacia delante. Nunca le había visto tan alterado—. A ver qué hago ahora...

¡No lo hagas, no lo hagas!

—Puedes dormir en mi sofá por ahora si quieres.

¿Realmente dije eso en voz alta?

—¿En tu casa? —parece divertido. ¡Pobre cabrón!

—Ha sido una oferta amable. ¿Qué tal un poco de gratitud? También por el hecho de que evité que pasara algo aún peor. Aunque no podría haber sido peor.

—No quise decir eso, esto *contigo*... sólo me sorprendió.

—¿De que alguien te ofreciera ayuda? Eso es lo que hace la gente normal.

—Sí, la gente normal. A lo mejor tienes segundas intenciones —cuando además levanta una ceja, es suficiente.

—No creerás que pienso que estás bueno, ¿verdad? —suelto—. Te dije que podías dormir en mi sofá. No te invité a mi cama.

—Vale, entonces está bien —dice, y no sé si me parece más indignante esta afirmación o la anterior.

Quiero decir algo más, pero el fontanero está de vuelta y nos escruta con interés,

—¿Qué pasa? —pregunto.

—El director vendrá mañana y hablará de todo lo demás con usted. He clavado la puerta. Por ahora es suficiente. Me voy a disfrutar del resto de las vacaciones.

Cuando se ha ido, Jacob me mira.

—Entonces voy a empacar algo para *una* noche.

—Si no fueras un pesado, te dejaría quedarte dos noches.

—Gracias —dice.

—Pero no más que eso. Y no quiero que me molesten. Y... nada de visitas de mujeres —me doy la vuelta.

Tengo frío. Sólo quiero quitarme el pijama mojado,

—Nos vemos pronto, cariño —Jacob me llama.

—No te pases, ¿me oyes? Y sí, hasta pronto —salgo del piso y abro la puerta del mío. Al cerrarla, me apoyo en ella.

¿De verdad acabo de hacer eso? ¿Realmente permití que JBB se mudara conmigo? O más bien a dormir. Mudarse es una exageración.

Pero sí, probablemente lo hice. Espero que vaya bien.

Capítulo 7

Ahora Me Debes Una

Cuando suena el timbre, ya me he cambiado y secado. Me he puesto un pantalón de jogging, para variar. Jacob lleva una maleta grande.

—¿Así que al final te quieres mudar? —le pregunto.

Se ríe.

—No, sólo lo imprescindible.

Le hago pasar y mira a su alrededor con una sonrisa.

—Chic, muy chic y tan bellamente decorado —señala dos cuadros a juego en estilo de pintura china. Uno muestra a un anciano recogiendo manzanas de un árbol, el otro a dos peces en un arroyo.

—No es decoración, es arte. Mi piso tiene carácter.

—Sí, un carácter bastante coleccionable.

—Te volveré a echar en un minuto. ¿O quieres traer alguna *de tus* fotos? ¿No había una foto de una mujer bien fuertecita en tu dormitorio?

—¿Te refieres a mi calendario de fitness? Ahí también hay hombres. Si quieres, te lo traigo. Pero es del año pasado.

—Realmente quieres ir a un hotel, ¿no? No debes tener amigos —me quedo mirando. ¿Puede ir con alguna de sus compañeras de juego? No, las cambia demasiado a menudo. No va en serio con ninguna.

—Es broma —dice antes de que pueda preguntarle, deja la maleta y entra en el salón.

—¿Supongo que aquí es donde duermo?

—Así es, pero sólo cuando ya no me apetezca ver la tele. Y todavía tengo ganas.

Mira la caja de pizza vacía y, por desgracia, las patatas fritas y el paquete de helado vacío. Por no hablar de las galletas que aún quedan.

—¿Te ha visitado un equipo de fútbol glotón?

—Estás exagerando —rápidamente tiro un cojín del sofá sobre la mancha que ha dejado el trozo de pizza.

Jacob no parece darse cuenta, porque se deja caer sobre este mismo cojín y suspira.

—¿Y qué estás mirando ahora? —pregunta.

Me siento en el otro extremo del sofá y cojo el mando a distancia.

—Están pasando *Pretty Woman*. Después de haber comido por dos antes, supongo que no necesitas comer. Si quieres beber algo, sírrete. Está todo en la cocina. El baño está en la misma habitación que el tuyo. Sólo que no tan húmedo.

—Eso vale para todo tu piso —suspira de nuevo, y casi siento un poco de pena por él.

—Gracias, creo que veré la película contigo. Pero puede que me duerma. Aunque hay algunas escenas bonitas en la película.

Pongo los ojos en blanco.

—Siempre que no ronques.

—Eso no te lo puedo prometer.

—Da igual —pulso el play y me recuesto. Cuando Julia Roberts llega al hotel con Richard Gere, mi móvil vibra. Inmediatamente lo cojo, pero es Caro, que llama para preguntarme si todo va bien.

—Tu maravilloso... ¿gran tipo? —me pregunta Jacob cuando he colgado, moviendo las cejas.

Le miro mal.

—Eso no es asunto tuyo.

—No pasa nada. Sólo intento ser educado.

Vuelvo a poner la película e intento disfrutarla. En algún momento Jacob ronca de verdad. Fuerte y profundo.

Jesús, no puede ser. Sin embargo, le dejo dormir porque mi simpatía por él es mayor que lo que le ha sucedido. Aunque siempre nos tomamos el pelo, él no se merece esto. Me estremezco al imaginar que podría haberme pasado lo mismo.

—¿Por qué me miras así? —refunfuña, y me siento sorprendida.

—¿Cómo sabes que te estoy mirando? Tienes los ojos cerrados. Estabas dormido, tú...

—Simplemente lo sé —dice, pero yo sigo mirándole fijamente.

—¡Basta! —refunfuña—. Eso es lo que me ha despertado.

—Me estás tomando el pelo.

—No, no te estoy tomando el pelo. Lo he notado. Entonces, ¿qué te preocupa? —abre los ojos, se endereza y me mira fijamente.

—¿A mí? Nada.

Sonríe.

—¿A mí nada? Venga, hablemos.

Sacudo la cabeza y pulso stop. No puedo creer que esté haciendo esto ahora.

—Vale —le digo—. ¿Por qué dijiste que sólo me darías una semana con este tío?

—Porque eres quien eres. Siento decirlo, pero también lo veía con tu ex. No le importabas tanto como él a ti.

—¿Cómo sabes eso? ¿Nos has estado observando?

—Oh vamos, sabes lo delgadas que son las paredes aquí.

—Lo sé —digo levantando una ceja.

—Tienes un cierto patrón de relación y no puedes salirte de tu piel. Sinceramente, ¿cuántas veces hoy has pensado en escribirle o te has preguntado por qué no te escribe o cuándo volverá a hacerlo?

—Ni una.

Resopla.

—Vale, júralo por tu...

—No te lo juro por nadie —le interrumpo—. No tengo doce años.

—Entonces di la verdad.

—De acuerdo. He pensado en escribirle unas cuantas veces. ¿Qué tiene eso de malo?

Todo, Walle, me respondo a mí misma. Otra vez tu patrón. El patrón que no lleva a ninguna parte.

Quiero cambiar.

—Tienes que soltarte. A los hombres les gusta cuando una mujer sabe que es grande y conoce su valía. Creo que tú misma te diste cuenta y por eso dejaste que Tina llevara el timón anoche, ¿no?

—Sí, Tina, ¿qué voy a hacer con ella?

—¿Qué quieres decir?

Trago saliva.

—¿Lo he dicho en voz alta?

—Sí, lo has dicho. Así que venga, ¿de qué va todo esto?

—Bueno, como bien has supuesto, ayer sólo quería ser diferente. Tina es una mujer dura que no se preocupa y todo eso.

—Ah, ya veo.

—Tuve una recaída esta mañana. De alguna manera no entiendo qué hay de malo en mostrar interés. ¿Por qué no puedo escribir directamente a un hombre? ¿Y por qué nunca conozco a alguien que esté igualmente interesado en mí?

—Porque los hombres funcionamos de forma diferente. Cuanto menos nos ofrece una gran mujer, más la deseamos. Si escribes todo el tiempo, perdemos interés. Si se hace escasa, aumenta nuestro deseo.

—¿Nosotros los hombres? ¿Estás diciendo que todos los hombres son como tú?

Se estiró.

—Soy prácticamente el prototipo de hombre. Si quieres saber algo, sólo tienes que preguntar.

—Mmmm —digo y le miro.

—¿Qué? —pregunta irritado—. Eso no era una frase para ligar, si es lo que estás pensando.

—¡Vaya! No me hagas eso. No, no estaba pensando eso. Sólo tenía una idea. Una realmente excelente.

—¿Y cuál? —me mira con suspicacia. Probablemente no le hace gracia que sonría tan estúpidamente.

—Ahora me debes algo, ¿no? —empiezo.

—Vale, ese era el plan. Pero sí, claro.

—Entonces haz que quiera salir conmigo. Ayúdame a ser más Tina y a reaccionar como una Tina, como una mujer dura que no es tan Walle. Una mujer que ofrece poco y por eso lo consigue todo. ¿Lo he entendido bien?

—¿Quieres que te entrene?

—Llámallo como quieras. ¿O no puedes? Siempre tienes consejos ingeniosos. Demuéstrame que tienes lo que hay que tener ayudándome. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Sólo para que conste, puedo hacer cualquier cosa, créeme.

—¿Todo? Nadie puede hacerlo todo.

—Yo sí puedo. Y por eso, sí, te pondré en forma como Tina. Como te la imagines. Como dije, puedo hacerlo todo. Así que también puedo hacer eso.

—No seas malo.

—Bien, tengo los días libres de todos modos.

—Yo también estoy de vacaciones —anuncio, radiante—. Bien, hagámoslo entonces. Estupendo. Tenemos mucho que hacer. Ya tengo algunas ideas. Deberíamos hacer cosas de Tina y practicar cómo reacciono y...

Levanta la mano.

—Sí, vale, pero antes necesito dormir. Estoy muy cansado.

Para asegurarme de que no cambie de opinión, cedo. La película aún no ha terminado, pero me levanto.

—Claro, entonces duerme bien. Yo también estoy cansada.

—Va a ser divertido —me dice—. Pero no te atrevas a no participar como es debido.

—Lo haré lo mejor que pueda. Te lo prometo. Yo también quiero eso.

—Bien entonces, buenas noches.

—¿En qué me he metido? —le pregunto a Caro mientras me tumbo en la cama.

—Esto es una locura. JBB está en tu piso. Está durmiendo en tu salón. ¿Está desnudo? Vamos, echa un vistazo.

—¿Estás loca? ¿Por qué iba a estar durmiendo desnudo en mi sala de estar?

—¿Por qué no? Vamos, ve a ver.

—No voy a hacer eso, bicho raro. Y ese no es el punto, es que le pedí que me hiciera más como Tina.

—¿Para impresionar a Hannes?

—Algo así.

—¿Se puso en contacto de nuevo?

—No, por supuesto que no, y le deseé un buen vuelo. Soy una burra. ¿Lo ves? Algo así no debería suceder. ¡Es tan Walle! Ya no me gusta ser así.

—Me gusta Walle. Pero también puedo entenderte. ¿Así que hablas en serio?

—Sí, hablo en serio.

—¿Y cuál es la idea?

—Mmmm, buena pregunta.

—Por qué no escribes una nueva lista con todo lo que te gusta de Tina y cómo quieres ser.

—Buena idea. Escribiré una lista.

—¿Ya sabes qué poner en la lista?

—Beber vino, hacer deporte, disfrutar de la libertad... sí, me estoy convirtiendo en Tina. Y, por supuesto, Jacob me enseñará cómo

comportarme para que pueda mantener a Hannes a raya.

—Si eso sale bien. No te gusta el vino.

—Sí, a partir de ahora. Así lo haré. Gracias por la gran idea. Eres la mejor.

—Sí, ¿lo soy?

—Por supuesto —insisto y lo digo en serio.

Después de colgar, me siento en la cama y pienso en qué más debería haber en la lista. Deporte, vino, libertad. ¿Y qué más? Quizá Jacob sepa algo mañana. Ya veremos.

En cualquier caso, ahora voy a ser Tina. No más pijamas lindos. Necesito ropa interior sexy. Eso es. Y... suspiro. ¿De verdad? ¿Quiero renunciar a mis queridos pijamas? Me gustan tanto.

Bueno, tal vez no tenga que cambiarlo todo de inmediato.

Me acuesto con este pensamiento.

¿Tal vez Jacob duerma desnudo en mi sofá? A lo mejor le he metido los calzoncillos por el desagüe.

Ayuda, ¿en qué estoy pensando? ¿Pero por qué Caro tuvo que meterme esa pulga en la oreja?

Además, a Tina no le interesa en absoluto lo que haga o deje de hacer Jacob.

Capítulo 8

Prepara las Bragas

Jacob ya está despierto cuando entro en la cocina.

—Buenos días —me dice alegremente.

Lleva una camiseta distinta a la de anoche e intento quitarme de la cabeza la imagen de él desnudo en mi sofá. Después de todo, esa imagen no tiene ningún aspecto positivo.

Por alguna razón no he dormido bien. Me rondaban demasiados pensamientos por la cabeza. Esta lista en particular me impedía realmente hundirme en un sueño profundo.

—Buenos días —murmuro, rascándome la cabeza mientras observo los músculos de los brazos de Jacob mientras juguetea con la cafetera. ¿Por qué este tío parece salido de un catálogo incluso a estas horas tan tempranas?

—Sigues teniendo mucho sueño —me dice con una sonrisa, y cojo una taza del armario. Mi taza favorita, con la inscripción "*Dale un respiro*", para hacer juego con mi estado de ánimo matutino. Jacob me sirve el café con naturalidad, como si fuéramos un equipo bien ensayado.

—Bueno, vamos a ello —dice antes de que pueda dar el primer sorbo.

—¿Qué quieres decir?— pregunto enarcando una ceja. ¿Qué quiere hacer ahora? Sólo son las ocho.

Hay mucho trabajo que hacer en mi piso —me explica—. Los obreros están allí desde las seis y media. Ya he hablado con el conserje.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto? —murmuro en mi taza y finalmente bebo un trago.

—Desde las seis —responde.

—¿Has estado ordenando? —pregunto mirando a mi alrededor.

—No, han sido las galletas.

Ahora tengo que sonreír.

—¡Gracias! Pero no tenías por qué hacerlo.

—Lo sé, pero me aburría.

—Gracias, igualmente.

Me sirvo más leche y me siento en la pequeña mesa del comedor.

—Estoy agotadísima —gimo, y él se ríe.

—De verdad, no es forma de empezar el día. Al menos, no con Tina. ¿Dónde está tu vigor?

—Sigue en la cama. Me lo ha sacudido, la muy asquerosa.

Se ríe y luego señala algo delante de él.

Al principio no lo entiendo, pero luego hago una mueca de dolor.

—¿De dónde has sacado eso? —le arrebató la lista. Qué vergüenza.

—Estaba en el salón. Y ahora entiendo un poco tu intención. Pero seamos sinceros, tu marca de nacimiento no parece de Italia —se acerca más a mí—. Más bien parece Islandia.

—¿Qué, cómo que Islandia? Ahora en serio...

—¿Tal vez también sea Madagascar?

—Para ya.

Levanta las manos e ignora mi instrucción.

—Así que estas son todas las cosas que odias de ti misma —se da cuenta

—. Esa debe ser Walle entonces. ¿Y Tina?

Respiro hondo.

—Tina no es tan ingenua e intensa. Es una vampiresa y eso es lo que quiero ser. Anoche también hice una lista para Tina, con todo lo que me gusta de ella.

Él asiente.

—Y se supone que debo ayudarla ahora. ¿Cuál es el objetivo? ¿Impresionar a este chico maravilloso y súper guapo? ¿El abogado financiero?

—Así es.

—Vale, ¿pero qué pensabas?

—Bueno, que me convertiría en esa Tina. Le encanta el vino y su libertad, y le gusta tener conversaciones sofisticadas. Sólo tiene lencería sexy en su armario.

Jacob no puede evitar reírse y me escruta de arriba abajo.

—¿Ya no hay pijamas de galletas?

—No, tendrán que irse. Lo siento mucho.

—Y hace deporte, ¿verdad? Es autodeterminada. ¿Y prefiere ver reportajes a películas románticas?

Suspiro.

—Probablemente.

—Eso va a ser muy duro para ti —bromea, y yo le saco la lengua.

En ese momento suena el timbre.

Jacob se prepara para abrir.

—Ya te sientes como en casa, ¿verdad?

Sonríe disculpándose.

—Serán los obreros. Antes he llevado café. Quizá tengan prisa. El jefe se llama Kalle. Le dije que llamara si había algo que necesitaran.

Con un gesto, le hago saber que puede abrir la puerta. Poco después, le oigo hablar con un hombre, al parecer Kalle:

—Aún quedan algunas cosas por recoger. Deberías hacerlo tú mismo. ¿Tienes un momento?

—Claro, voy para allá en un minuto. Walle, eh, ¿Tina? Iré allí y volveré a llamar en un minuto, ¿vale?

—Sí —digo secamente.

—Así podrás ducharte en paz.

—No seas descarado.

—¿Es tu novia? —oigo que pregunta Kalle. Entonces se cierra la puerta.

¿Yo, la novia de Jacob? Seguro que no. De ninguna manera. Jamás. Nunca.

Aprovecho la oportunidad para tomar una ducha. Una oportunidad menos para una experiencia embarazosa. Me aseguro de cerrar con llave e incluso compruebo que funciona. Esta cerradura no se usa desde hace mucho tiempo.

Mientras me desnudo, abro el grifo para que el agua salga caliente. Después, disfruto aún más bajo el chorro caliente.

Me hace mucho bien.

Me relajo un rato hasta que cierro el grifo y vuelvo a salir de la ducha.

—Esa marca de nacimiento parece de Islandia —murmuro mientras miro mi reflejo en el espejo. Sonrío. Sí, Jacob es realmente odioso. Nos hemos estado quejando mucho desde que vivimos aquí pared con pared, pero me gusta su sentido del humor.

¿De verdad acabo de pensar eso? ¿Soy completamente estúpida?

Sí, puede que le guste a Walle, pero estoy segura de que Tina no dejaría que le hablara así. Y yo soy Tina ahora.

—¡Oh, mierda! —digo más alto ahora. No hay más toallas en el armario. Están todas en el piso de Jacob. Tengo que ir a mi reserva en el dormitorio.

¿Ya ha vuelto Jacob?

Desbloqueo la cerradura, abro la puerta con cuidado y escucho. No está en el salón, puedo verlo desde aquí. Tampoco oigo ningún ruido que indique que está en la cocina.

Antes de que sea demasiado tarde, corro por el salón, completamente desnuda, y casi me caigo al suelo por los pies mojados.

Respiro aliviada cuando llego al dormitorio. Cierro la puerta *de golpe* y apoyo la frente en ella. Lo he conseguido. Habría sido muy embarazoso.

Oigo un carraspeo detrás de mí.

Me doy la vuelta y grito.

Jacob está sentado en mi cama y no aparta la mirada.

—¿Estás loco? —grito—. ¿Qué haces aquí?

—Perdona, quería ver esa lista de Tina —la tiene en la mano.

Rápidamente cojo el edredón y me envuelvo con él.

—Eres estúpido. ¿Por qué no has dicho nada en cuanto he entrado?

—Lo siento, estaba en shock.

—¿En shock?

—Sí, en realidad *deberías* disculparte por irrumpir aquí sin avisar. ¿Siempre andas desnuda por el piso?

—Sí, cuando supongo que estoy sola.

—Ya que vivo aquí, deberías reconsiderarlo.

Cojo una almohada y se la tiro.

—No te pongas insolente. Ha sido sin querer. Mis toallas normales del baño están todas en tu piso. Además, no vives aquí, estás durmiendo temporalmente en mi sofá.

Jacob se ríe y me lanza otro cojín.

—Son prácticos. ¿Por eso tienes tantos?

—Los cojines son acogedores y cómodos.

—Así es. Y son fáciles de lanzar.

—Sí, son muy versátiles. Gran conversación. ¿Vas a salir ahora? Tengo que vestirme. ¿O quieres ver cómo lo hago?

—¿Lencería sexy?

—¿Qué?

—Dijiste que Tina sólo usa lencería sexy. Podría darte algunos consejos ahora mismo.

¡Este tío!

—¿Quieres empezar hoy, o no? —añade.

—Sí —refunfuño.

La verdad es que no me apetece ponerme ropa ajustada.

Pero antes abro el cajón para buscar algo de ropa interior bonita. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que no soy de las de encaje y de que no tengo suficiente. Jacob se pone a mi lado y me mira riéndose mientras rebusco en el cajón.

—Vale, ¿esta es tu lencería sexy? —levanta con seriedad una de mis bragas rojas con lunares negros—. Parece una seta.

—Tienen lunares blancos —siseo.

—Como si todos los hombres lo supieran. Yo evitaría la ropa interior que se parece a las setas.

Le arrebató las bragas de la mano.

—¿Y qué? Me gustan, son cómodas y siguen siendo sexys.

—No sé si sexy, pero parecen cómodas.

—Seguro que son sexys.

—Tal vez, si te gustan las mariquitas.

—Las mariquitas son súper monas. Me gustan los lunares. Además, no puedo llevar mis *bragas sexis* todos los días.

—¿Tus qué?

—Ya me entiendes. Si tengo una cita o sé que quiero ligar con alguien, me pongo algo bonito debajo. Si no, me basta con algo cómodo.

—Si quieres sentir calor, entonces debería ir hasta abajo.

Tiene razón. Caray.

—Si tú lo dices —cedo.

Jacob coge un par de bragas negras con ligero encaje y un sujetador.

—¿Qué te parecen estas para hoy?

—Sí —refunfuño, y él se ríe. Saco del armario otra camiseta ajustada y un pantalón beige.

—¿Te gustaría salir entonces?

—De acuerdo. Tras una última mirada a mis hombros desnudos, sale de la habitación.

¿De verdad es una buena idea?

Tiro la manta a la cama y me pongo las braguitas de encaje negro y el sujetador.

Capítulo 9

El Deporte También Tiene Su Lado Bueno

Vale, la ropa interior ya es sexy. Me pongo la camiseta que realza mi figura, los pantalones beige y voilà. Tina está lista.

Me giro frente al espejo y sonrío. Me gusto.

Con pasos seguros, me presento a Jacob en el salón.

—¿Y bien? —hago una pose.

Jacob me examina y sonrío.

—Sí, muy bien. Puedes trabajar con eso.

—Un gran cumplido. Tendrías que haber visto lo buena que estoy en ropa interior. Muy sexy.

Se ríe.

—Vale, conjunto sexy en varias capas de pie.

—¿Qué vamos a hacer hoy? ¿Por dónde empezamos?

—En primer lugar, deberíamos hablar de lo que quieres en relación con este tipo. ¿Se ha puesto en contacto contigo?

—No. Nada más hasta ahora.

Mi humor baja unos puntos en un instante.

Jacob ladea la cabeza. Parece que siempre hace eso cuando tiene que pensar seriamente.

—Vale —dice entonces—. Sé sincera. ¿Le has vuelto a escribir?

Suspiro e intento mantener una expresión de culpabilidad en la cara. No puede haber estado tan mal.

—Sabía que lo harías —Jacob niega con la cabeza—. ¿Y qué le has escrito exactamente?

—Nada descabellado. Sólo le deseé un buen vuelo...

Levanta la ceja derecha.

—Déjame ver.

Saco el móvil, abro el chat y se lo doy.

Le echa un vistazo y ya tiene algo de lo que quejarse.

—Vaya, eres otra de esas mujeres sonrientes.

—¿Una qué?

—Bueno, una que te envía más emojis que mensajes de texto.

—Todo el mundo hace eso. ¿Qué tiene de malo? En primer lugar, los emojis son muy monos, y en segundo, a menudo expresan los sentimientos mejor que las palabras.

—Esa es la cuestión. Es demasiado. Así que, si yo fuera el chico, pensaría para mis adentros, ya te tengo tan segura. En realidad, no tiene que ponerse en contacto hasta que esté de vuelta. También está claro cómo irán las cosas entonces. Todo lo que tiene que hacer es cogerte.

—¿Ah, sí? ¿Y sólo piensa eso porque le envié emoticonos?

—Desgraciadamente, sí. Podemos arreglárnoslas. Pero tendremos que... —

vuelve a inclinar la cabeza— reavivaremos su instinto de caza.

—¿Cómo? Ahora dime.

—Vamos a nadar.

Resoplo.

—¿A nadar?

—Claro. Desnudos. Ya sabes.

—No voy a ir desnuda a la piscina.

—No, pero se ve mucha piel desnuda cuando llevas bañador. O mejor aún, un bikini. Y eso lo publicaremos en tu historia de *WhatsApp*. ¿Entendido?

—Ahhh, sí. Me parece bien. Pero, ¿tiene que ser nadando? ¿No hay otra forma de resucitar su instinto de caza? ¿Una que no requiera que me desnude casi por completo?

Esta vez gira la cabeza hacia el otro lado.

—¿Hacer deporte con un conjunto sexy? Si es que tienes un conjunto deportivo sexy.

—¿Deporte? —quiero reírme, pero me temo que habla en serio.

—¿No haces nada de deporte? ¿Nunca?

—Sí, pero más bien hago footing.

—Debería haberlo adivinado —sonríe—. Entonces, ¿tienes al menos un conjunto sexy para correr? Definitivamente, si esperas a que haga buen tiempo. Volveré a buscarte algo.

Se apresura a entrar en el dormitorio y yo le sigo.

No le impido que abra mi armario. Al fin y al cabo, no tengo nada que esconder. Todo está muy bien organizado.

—Muy bien —dice Jacob—. Hagámoslo.

Parece que le gusta mucho.

—Espera —meto la mano en una estantería y saco un pantalón de deporte que acabo de comprar. Para el verano. Me quedan genial.

—¿Qué te parece? —se lo pongo delante de las narices.

—Sí, no está mal. Entonces pónelo. Con esto.

Saca un top verde ajustado del armario.

—¿En serio?

—¡Sí, de verdad!

—¿Pequeño por arriba y por abajo? ¿No deberías variar eso?

—¿En un conjunto deportivo? Siempre son ajustados.

Probablemente tenga razón. La influencer que vi con los pantalones llevaba un top parecido.

—Vale —murmuro y le empujo fuera de la habitación.

Por supuesto, Jacob tiene razón. No solo mi trasero está espectacular ahora.

Salgo del dormitorio y voy al salón. Jacob está sentado y abre mucho los ojos.

—Es perfecto —dice y levanta el pulgar—. Resalta tu figura.

Sonríó como un bombón, no puedo parar.

Jacob mira a su alrededor.

—¿Y ahora cómo lo hacemos? Lo mejor es hacernos un selfie. Una juntos.
¿Qué te parece?

—¿Los dos?

—Sí, la competencia estimula el mercado, ya me entiendes.

Suena lógico.

—De acuerdo —acepto—. Entonces vamos a enseñar mi conjunto.

Jacob sonríe.

—No tenemos que hacerlo directamente. Cuidado —se quita la camiseta y yo trago saliva.

—¿Qué haces?

—Me voy a tumbar a hacer abdominales y tú te vas a poner un poco lejos a hacer la foto. ¿Me entiendes?

¡Vaya! No se me habría ocurrido semejante idea.

—Muy bien, vamos a intentarlo.

Jacob se tumba en el suelo y no puedo evitar admirar su cuerpo. Sus músculos son impresionantes.

Me pongo en posición, pongo la cámara en selfie, me coloco para que se reconozca a Jacob. Tiene razón, se ve bastante bien. Él está en topless al fondo y yo estoy delante de él, de pie, sonriendo.

Aprieto el gatillo, una, dos veces.

—Déjame ver —exige Jacob. Mira y mira, luego asiente, toca la única foto y me devuelve el móvil—. Vas a poner esto directamente en la story. Escribes: *El deporte no tiene por qué ser un asesinato*.

—¿En serio? Eso da la impresión de que me gustas.

—No, te gusta el deporte.

—Bien —digo, subo la foto y escribo “El deporte *no* tiene por qué ser asesinato”. Luego la envío.

—Ya está, ahora deja el móvil y hagamos deporte de verdad.

—No, pensaba que era sólo para aparentar. Especialmente en interiores. Es tan agotador. Lo odio.

—Walle lo odia. Vamos, Tina.

Gimo con ganas, pero Jacob sigue mirándome desafiante.

—De acuerdo, pero no me presiones. No estoy tan en forma.

Eso fue un error. Al parecer se toma mis palabras como un reto, porque se frota las manos como si estuviera contento por un negocio especialmente bueno o algo así.

—Entonces cambiemos eso ahora —dice alegremente.

Parece que no se le puede disuadir.

¿Cómo he podido ser tan estúpida de esperar que se lo tomara con calma?
¿Es su reto interior obligarme a hacer todos los ejercicios que se le ocurren?

Media hora después, estoy tumbada en el suelo, jadeando. Sin embargo, los ruidos anteriores que hice durante los ejercicios fueron aún peores.

—Y otra vez, uno, dos, tres —grita Jacob imperturbable.

—Nooooo, no puedo más —no puedo creer cuánta fuerza me cuestan estas palabras.

—Si no puedes más, es que aún no has llegado a tu límite.

—¿Intentas matarme? Me arden las piernas como el fuego.

Se ríe.

—Vamos, puedes hacerlo una vez.

—Que te jodan —murmuro con la cara en el suelo.

—Uno, dos, tres...

Levanto sin entusiasmo un brazo, luego una pierna. Cuando por fin llega a diez, me desplomo.

—Bien hecho. Hay una verdadera luchadora en ti.

—¡Cállate, Jacob!

—Ahora puedes mirar tu móvil como recompensa —me lo entrega.

Milagrosamente puedo incorporarme y, efectivamente, hay un mensaje de Hannes.

—Tenías razón —casi chillo, “ha escrito”.

—Un poco más de dignidad al leer, por favor. ¿Qué ha escrito?

—Que ha llegado bien y que piensa en mí. Quiere saber cómo estoy y qué me traigo entre manos. Ahhhhhh, me estoy volviendo loca. Ahora mismo le mando un mensaje y... eh, ¿qué es esto?

Jacob me arrebató el móvil de la mano.

—No hay nada. Ahora tendrá que esperar. Estás ocupada porque haces deporte, como él puede ver por tu historia. Además, tienes planes. Disfrutas de tu libertad, ¿no? Así que tiene que esperar y pensárselo un poco. ¿Entiendes ahora cómo funciona el juego?

Asiento lentamente.

—Vale, bien, gran maestro. Así es como lo hacemos. ¿Qué más tengo planeado?

—Tina va a salir a comer algo después del deporte, por supuesto. Así que cámbiate y nos vamos.

Capítulo 10

Café Caliente e Inspiración

Tomamos el metro hasta el centro de la ciudad, a un coqueto café no muy lejos de la plaza principal del mercado de Núremberg.

—¿Ya sabes lo que quieres? —pregunta Jacob. Ya tiene el menú doblado delante de él, mientras yo, como siempre, no me puedo decidir.

—No lo sé. Todo suena muy bien. ¿Qué vas a pedir?

Se ríe.

—No funciona exactamente así. Eres una mujer que sabe lo que quiere. No preguntas lo que quiere el hombre. Tomas lo *que* quieres. Y te decides más rápido. Eso te hace parecer segura de ti misma. ¿Entonces? —me mira expectante, como si eso fuera a facilitar las cosas.

—Huevos revueltos con jamón y tomate. Y un latte macchiato —anuncio y Jacob asiente satisfecho.

—Genial, está bien.

La joven camarera rubia nos toma nota. Jacob pide lo mismo que yo, más un capuchino.

—Es increíble que fuera tan fácil —digo—. Hannes escribió de verdad.

—¿Lo dudabas? Soy un hombre. Sé cómo funcionan las cosas. Por desgracia, somos simplones. Hay que despertar el instinto de caza.

—Sí, aparentemente es así.

—No sólo aparentemente. Puedes ver que funciona. Y no volverás a escribir hasta que haya enviado otro mensaje.

—¿En serio? Oh no... entonces me estoy comportando como él. ¿Y si vuelve a darle la vuelta a la tortilla? Es un ciclo eterno.

—Los tíos somos diferentes. Él hará un esfuerzo y tú espera y verás. ¿Entendido?

La camarera trae nuestras bebidas y doy un sorbo a mi café con leche.

—De acuerdo —acepto—. Si tú lo dices.

—Sí, lo digo. Ahora, dame tu móvil.

Obedezco y él sonríe.

—Ahora toma el café con leche en la mano y sonríe. Te haré una foto.

—¿Otra?

—Claro. Sales por ahí, estás ocupada, te las arreglas, y eso también lo mostraremos.

—Está bien, pero asegúrate de que me vea bien.

—Sí, lo intentaré. Es bastante difícil.

—¡Qué mala leche!

Me guiña un ojo y me tiende el móvil con la foto.

—¿Qué te parece?

—No está nada mal. Vale, esa es. ¿Qué debería escribir al respecto?

—*El café caliente después del deporte es imprescindible.*

—No, no, eso es tan...

—¿Estúpido?

—En cierto modo lo es.

—Confía en mí. Publícala.

—Vale —digo, subo la foto y publico el texto.

En ese momento llega nuestra comida e inmediatamente me abalanzo sobre ella.

Jacob me mira divertido.

—¿Te ha gustado al menos un poco? —quiere saber, y se mete un bocado de huevo en la boca.

¿Lo he disfrutado? La verdad es que sí.

—Sí, me sentí bien —respondo con la boca medio llena—. Sobre todo cuando terminamos.

—Exacto. El final es la mejor parte. Cuando sientes que has hecho algo.

La comida se acaba rápidamente y la taza de café se vacía.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunto.

—¿Has estado alguna vez en ese nuevo museo?

—¿Qué museo es nuevo?

—Probablemente no, pero es lo que vamos a hacer ahora.

Pagamos y nos dirigimos por el centro de la ciudad hacia el mercadillo, pasamos el puente y finalmente giramos a la izquierda.

—*Museo de la Comunicación y el Diseño* —leo en voz alta.

—Sí, hay una exposición que quería ver de todas formas. Quizá también te guste. Y parecerás ocupada.

—¿Vamos a hacer otra foto?

—Así es.

Me impresiona el museo. Suelo salir por Núremberg, pero casi siempre para hacer las mismas cosas. Pasear, comer algo. Hacía mucho tiempo que no iba a un museo. Y ni siquiera conocía ese.

En el vestíbulo, miro a mi alrededor.

—Mira esto. Jacob me toca el brazo y señala un cartel. *¡Dilo con imágenes! De smileys, emoticonos y emojis, dice.*

—Eso es algo para ti, ¿no? Vamos allí ahora mismo.

Pongo los ojos en blanco.

—Eso nos libraré de los emoticonos —continúa Jacob imperturbable—. Puedes alegar que has leído sobre el tema.

—Como si los smileys fueran tan malos. A mí me encantan.

—Corazón, corazón... besito, besito... manos que rezan... te los sabes todos, ¿no? Sin olvidar el emoji del llanto.

—A menudo los necesitas. ¿Qué te pasa? Seguro que es sólo el pulgar hacia arriba, ese es exactamente el tipo de persona que eres. Todo está bien, todo está siempre bien, fácil, fácil...

Jacob se ríe.

—¿Esto va a ser un juego? ¿Me enseñas tus emojis y yo te enseño quién eres?

—Definitivamente me interesaría.

—Tal vez te lo diga pronto. Pero de alguna manera es algo muy personal. Ladea la cabeza.

Por supuesto que me está tomando el pelo. Le empujo ligeramente contra el pecho, pero no se muestra especialmente impresionado.

—Eres realmente... —empiezo.

—Maravilloso, genial...

—Ni un poco —afirmo, y sin embargo nuestros ojos se quedan de repente fijos durante demasiado tiempo.

Me doy la vuelta rápidamente y me aclaro la garganta.

La exposición es realmente fascinante. Paseamos por las distintas salas y lo miro todo con interés. El tema del periodismo y su evolución a lo largo del tiempo es especialmente fascinante. Observo las distintas herramientas que han cambiado a lo largo de los años. El papel y el bolígrafo, por supuesto, luego la máquina de escribir, después los teléfonos móviles y los ordenadores.

—Es increíble lo rápido que ha cambiado todo en tan poco tiempo —le digo a Jacob, que está a mi lado.

—Es verdad. A veces pienso en cómo era antes, cuando la gente empezaba a enviarse mensajes. Hoy se da por sentado. Y se pueden crear tantas cosas con ellos. Incluso con fotos. ¿Lo notas también en tu trabajo?

—Sí, la gente prefiere hacer clic en artículos con imágenes. O en titulares provocativos. Los artículos que hay detrás a menudo no son tan buenos. A veces es sólo la mitad de la verdad, muy parcial. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí, a veces me pregunto qué es real y qué no.

—Curioso, ya que también estamos en proceso de crear algo que no es real.

—¿Por qué no es real? Hiciste deporte, bebiste café y ahora estás aquí. Sólo lo hemos escenificado.

—Así es, y además muy bien, gran maestro. Gracias a ti, he conseguido impresionar a Hannes.

Me mira escrutadoramente durante un rato antes de continuar.

—¿Por qué es tan importante para ti impresionar a este chico en particular?

Sacudo la cabeza.

—No es necesariamente por Hannes. He estado pensando en quién soy y por qué las cosas no siempre salen como yo quiero. He llegado a la conclusión lógica de que necesito cambiar.

—¿Por eso hiciste la lista de cosas que odias de ti misma?

—Exactamente. Deberías entenderlo muy bien. También has dicho que soy agotadora.

—Sí, pero... no eres tan agotadora.

Me río.

—¿Se supone que es un cumplido?

—Puede ser. Creo que hasta ahora has estado con los tipos equivocados.

Caro dijo lo mismo.

—¿Estás intentando tenderme una trampa ahora mismo?

Se encoge de hombros, sonrío y me coge por el hombro.

—Ponte así —me dice.

Estoy de pie bajo un cartel con un ingenioso dicho sobre el poder de las palabras.

—Así está bien. Voy a hacer una foto.

Esta vez Jacob hace la foto con *su* móvil.

—Ahora tendrás que enviármela —me doy cuenta.

—Sí, no lo había pensado.

Le rozo el brazo y él se lo frota con fingida indignación.

—Es curioso que nunca nos hayamos intercambiado los números —digo—. ¿Y si necesitara ponerme en contacto contigo en caso de emergencia, por ejemplo porque se te ha inundado el piso?

—Tienes razón. Deberíamos compensarlo urgentemente.

Me hace dictar mi número y unos instantes después recibo la foto. Tiene muy buena pinta. Tan profunda.

—¿Y qué escribo sobre ella? —pregunto expectante. Ni siquiera me molesto en pensar algo yo misma. Jacob lo hace mucho mejor.

—Escribes *inspiración*. Eso es todo.

—¡Lo haré, entrenador!

Publico la foto y guardo el número de Jacob. Cuando veo la foto de perfil en la que sonrío despreocupadamente a la cámara, me vuelve a pasar. El corazón me late demasiado rápido en el pecho.

Rápidamente aparto el pensamiento y vuelvo a guardar el móvil en el bolso.

—Sigamos —decido.

Recorremos más habitaciones y pasillos. A pesar del incidente con las palpitaciones, el ambiente entre nosotros es relajado.

Nos reímos mucho en una sala dedicada a la inteligencia artificial, que permite crear imágenes con fotos de uno mismo. Los rasgos faciales de Jacob en un caballo. Me río a carcajadas, pero no creo que él se dé cuenta de que me hace reír tanto. Ni siquiera cuando repito la palabra *silla de montar*.

El tiempo pasa volando y me siento totalmente a gusto con él.

Capítulo 11

Deliciosas Verduras

Estamos de pie frente a la puerta de mi casa al atardecer. Estoy agotada y a la vez animada.

—Ha sido un día muy divertido —digo—. No esperaba que lo fuera.

—¿Que nos divirtiéramos? —Jacob se ríe.

Me encojo de hombros y saco las llaves del bolsillo. Luego echo un vistazo rápido a su puerta principal dañada.

—¿Quieres ir a ver cuál es la situación? —pregunto.

Será mejor que lo haga mañana. Después de lo de hoy, no soporto la tristeza.

Entrecierro los ojos. ¿Resuena *más* esa palabra? ¿Soy una visión triste para él?

Decido interpretarlo de otro modo. Más bien Tina. Jacob ha pasado un día estupendo conmigo y no quiere dejarse arrastrar por la visión de su piso en ruinas.

Entramos juntos en mi piso y de repente me empieza a rugir el estómago.

—¿Tienes hambre? —me pregunta Jacob.

Asiento con la cabeza y cuelgo la chaqueta en el armario.

—¿Tienes algo aquí? Voy a echar un vistazo, si puedo.

—Claro que puedes.

Le sigo hasta la nevera y veo cómo se frota las sienes, perplejo.

—Esto parece interesante —se da cuenta.

—¿Qué?

—El contenido de tu nevera. Apenas hay verduras ni nada saludable.

—No me gustan mucho las verduras, la verdad.

—Entonces no las has preparado bien.

—No recuerdo haber preparado nunca verduras. Pero, ¿es esa la razón por la que no me entusiasman? —finjo pensar—. ¿Qué fue primero? ¿La aversión a las verduras o la aversión a cocinar? —luego niego con la cabeza—. No, no creo que hayas entendido bien la causa y el efecto. Simplemente no me gustan las verduras.

Jacob escuchó pacientemente mis refunfuños con una sonrisa.

—Te gustarán cuando cocine.

—Vale, pues adelante.

Vuelve a mirar en la nevera.

—Hay leche, yogur y, ¿postrecitos de leche?

—Me encantan los postres de leche.

—Parece que me voy a mi piso otra vez. Mi nevera sigue enchufada. Quería vaciarla poco a poco. Esta es probablemente una buena oportunidad. Porque ¿sabes lo que hay dentro?

—¿Verduras?

—Exactamente. ¿Estás abierta a que cocine algo?

—¿Quieres cocinar para mí?

Sonríe.

—Es lo menos que puedo hacer. Después de todo, me dejaste quedarme contigo. Ahora vuelvo.

Mientras se acerca, aprovecho para mirar el móvil. Hannes ha enviado otro mensaje.

Parece un buen día. ¿Todo bien contigo? Pensando demasiado en ti...

¡Dios mío! ¿Realmente escribió eso? Piensa *demasiado* en mí. La locura.

Llena de vigor, me cambio antes de que Jacob vuelva. En realidad, quiero desterrar el pijama de galletas, pero él me mira con tanta tristeza. Además, Jacob ya me ha visto con él, así que no tengo por qué avergonzarme. Me abrigo bien y vuelvo a la cocina. En ese momento llaman a la puerta.

Jacob está en la puerta con una bolsa que probablemente contiene verduras.

Me mira con el ceño fruncido.

—Bonito —dice.

—Sin comentarios desagradables, por favor. Lloró cuando le ignoré. Eso habría interferido en la comida. Además, ya he sido bastante Tina hoy.

—Genial, tu tipo se queda con Tina y yo con Walle.

Le saco la lengua. Luego señalo la bolsa que lleva en la mano.

—¿Qué llevas ahí?

Deja la bolsa en el suelo y abre el contenido.

—Carne picada, verduras y...

—¿Es brócoli? ¿Y brócoli blanco?

—También conocido como coliflor.

Ignoro el sarcasmo y miro con escepticismo las dos cabezas de col. O como se llamen.

—Estará bueno, créeme —dice Jacob, que no ha pasado por alto mi mirada.

—Muy bien, hoy ya he hecho algunas cosas que normalmente no haría.

—Sí, un día lleno de sacrificios —sonríe y vuelvo a centrar mi atención en el móvil.

—¿Y? —pregunta—. ¿Cuál es el resultado?

—Véalo usted mismo —le pongo el móvil delante.

Jacob resopla.

—Qué idiota.

—¿Por qué has dicho eso? Ha escrito que piensa demasiado en mí. Qué tierno.

—Eso es sólo una estafa. Para que le contestes y se sienta bien. Piensa *demasiado en ti*. Eso es basura.

—¿Es tan absurdo que un hombre piense en mí?

—No, claro que no. Pero si realmente pensara en ti todo el tiempo, habría respondido a tu mensaje de ayer por la mañana. En el que le deseabas buen viaje. En cambio, sólo se acordó de ti cuando se dio cuenta de que no eras

una ficha segura.

—¿Así que él no es serio?

—Eso no es lo que he dicho. Si sigues presionando los botones correctos con él, podría realmente enamorarse de ti. Pero seguirá siendo un imbécil.

Me trago un comentario sobre cómo un hombre que siente tanta pasión por las mujeres, como Jacob, no debería juzgar a nadie. Después de todo, no quiero estropear las cosas con él.

—¿Y cómo crees que debería responder a eso? —pregunto en su lugar.

Ladea la cabeza.

—Sé algo que Tina puede responder, pero no sé si Walle podrá hacerlo. ¿Dónde están las ollas?

Le dirijo una mirada irritada.

Jacob dibuja un círculo en el aire.

—Cosas redondas de metal en las que se cocina.

—Ya sé lo que son las ollas —refunfuño—. Ahí abajo, en el cajón.

—¿También tienes una cazuela?

Vuelvo a señalar el cajón y me encojo de hombros.

—Averigüémoslo juntos.

Jacob se agacha y saca una cazuela.

—Perfecto —dice, colocándola sobre la encimera y una sartén sobre el fogón.

—¿Aceite? ¿Preferiblemente aceite de oliva?

—Erm, ¿la mantequilla también sirve?

—Por suerte he traído un poco —saca una botellita del bolso y echa un poco en la sartén. Cuando está caliente, dora la carne picada y pone otra cazuela con agua.

—Ahora coceré en ella el brócoli y la coliflor.

—Claro, tú sabrás lo que haces.

Corta otro tomate y un calabacín en dados. Vale, tengo mucha curiosidad por ver qué será.

—Ahora dime. ¿Qué debo escribir?

Jacob sonríe, pero no levanta la vista.

—Bueno, eso será de primera clase. Pero estoy seguro de que si lo envías, le encantará.

—¿De primera? ¿Cómo qué?

—Sexting.

—¿Por favor, qué?

—Bueno, la cuestión es que él ya está caliente por ti. Y estás muy lejos. Ya sabes cómo son los hombres. Es fácil despertar una fantasía.

—¿Siempre se trata sólo de sexo? ¿Qué pasa con los sentimientos? ¿Los verdaderos sentimientos?

—Seamos honestos. En el primer encuentro todo gira en torno a la apariencia. Tal vez incluso más para los hombres que para las mujeres. Hay que sentir cierta atracción. Por supuesto, los sentimientos son aún más importantes para una relación. Pero sin atracción, no hay sentimientos. No

hay pasión. No hay anticipación —menea las cejas—. Y tú quieres que él esté expectante. No está de más despertar su curiosidad.

—Pero sólo nos hemos visto una vez. Quiero que se convierta en algo serio. No quiero que me reduzca a algo sexual si empiezo así ahora. Y tampoco quiero eso con él.

—No, no es así. Piensa en ello como un juego. Y no eres tú quien lo empiece. En realidad, no —añade el brócoli y la coliflor finamente picados al agua hirviendo—. ¿Sal?

—Las especias están en el cajón de arriba. Vamos.

Con calma, saca la sal y añade una pizca al agua. Sólo entonces continúa.

—Antes publicarás otra historia, cuando vayamos a cenar. Porque antes de dedicarte a él, después de tu gran día, debes cuidarte. ¿Entiendes?

—Sí.

—Bien, y después de eso —hace una pausa y yo me quedo colgada de sus labios, hipnotizada—, después de eso, le escribes. Sólo una palabra: *gracias*.

—¿Gracias?

—Sí, exactamente. Luego esperas un minuto o dos y le escribes después: *¿Cuánto piensas en mí?*

—De acuerdo —estoy casi un poco decepcionada. No ha sido tanta revelación.

No parece haberle extrañado mi reacción.

—Ya verás lo que pasa —dice.

—Venga ya. ¿Hablas en serio?

—Hablo completamente en serio —saca un bote de salsa de tomate de su bolso y lo vierte sobre la carne picada. Le siguen unas cuantas especias más. Prueba y luego asiente satisfecho.

—Perfecto. ¿Tienes un colador de pasta?

Me encojo de hombros y vuelvo a señalar el cajón.

Estamos de suerte. Escurre la olla de verduras y vuelca la col en la cazuela. Luego vierte la salsa por encima. Por último, añade el queso. Vale, esto puede estar muy rico.

—Casi listo —anuncia Jacob—. Ahora ponlo en el horno otros veinte minutos y podremos comer.

Capítulo 12

JBB

—¿Qué vamos a hacer hasta que la cena esté lista? —pregunto.

—¿Qué harías si estuvieras sola?

—Ver la televisión. Algo en Netflix o algo así.

—Creía que Tina solo veía documentales.

—Probablemente ve series en secreto. Acabo de empezar una. Es muy emocionante. ¿Qué te parece?

—¿Me preguntas en tu propio piso si puedes ver una serie?

—Parece que sí —me aclaro la garganta—. Eso es probablemente porque te dejo dictar qué tipo de notificaciones escribo.

Jacob se ríe.

—Probablemente. Entonces, ahora decido que veamos esta serie.

—No, eso lo decido yo.

—¡Así está mejor! —Jacob me sigue hasta el sofá.

—Y luego le escribiré.

—Genial.

Cuando me siento en el sofá, me doy cuenta de que ha estado durmiendo en él. Su ropa de cama está pulcramente doblada en el taburete que pertenece al sillón. No hay rastros de él en el sofá. Sólo se ve un poco de la mancha de mi pizza.

Jacob se acomoda a mi lado y me observa pacientemente mientras hago clic en Netflix. Busco la serie, pero entonces descubro una película y me río.

—O podemos ver esta. Es una película para ti. Es muy divertida. ¿La conoces?

Jacob frunce el ceño.

—Erm, no.

—Bueno, el tipo trata de ser un jugador y luego se enamora de una jugadora él mismo. Es muy gracioso.

—¿Y por qué está para mí?

Le miro.

—Bueno, seamos sinceros. Tú también eres un chico.. un...

—¿Un jugador?

Me encojo de hombros.

—Sí. No es asunto mío, por supuesto. Pero en algún momento te afectará a ti también y entonces vamos a ver si todavía puedes seguir tu propio gran consejo. Porque cuando te enamoras, cuando tu corazón late más rápido y realmente te gusta alguien, no es tan fácil mantener la calma.

—¿Crees que nunca he estado enamorado?

—No lo sé. Pero probablemente hace mucho tiempo.

Su sonrisa es respuesta suficiente para mí.

—Ja, lo sabía —digo triunfante—. Pero tus constantes visitas de mujeres

también son una pista que no se puede pasar por alto.

Se ríe.

—Bueno, la vida puede acabarse rápido. Así que deberías disfrutarla.

—Así eres tú. No te importa cuántos corazones rompes en el proceso.

—¿Corazones como el tuyo?

—Sí, me lo han roto algunas veces. No es para mí, eso de una vez y nunca más.

Tina tampoco le da mucha importancia.

Jacob niega con la cabeza.

—Yo no rompo corazones. Conmigo todo está siempre bien definido desde el principio.

—Ah, es verdad, al fin y al cabo solo das *citas*.

Su boca se tuerce en una amplia sonrisa.

—Sí, así es. Mueve las cejas y yo le indico con el índice que estoy a punto de vomitar.

—¿Qué te preocupa?

Suspiro.

—Nada, en realidad. Tengo suerte de que seas así. Al fin y al cabo, ahora me beneficio de tu *talento* —se me pone la carne de gallina con la última palabra.

Jacob asiente, y parece que le hago mucha gracia.

Luego se aclara la garganta.

—El talento es importante. Todo el mundo necesita uno.

Levanto las manos para defenderme.

—No pasa nada. No voy a decir nada más. Puedes tener todas las citas que quieras. No te estoy juzgando.

—Qué amable por tu parte.

—Es sólo esa canción que siempre me molesta. Sinceramente, ¿por qué la gente se acuesta con Ginuwine?

Me mira y luego se ríe.

—Sí, ¿por qué? Porque siempre saca lo mejor de ti hacia el final, ya me entiendes.

Casi salto del sofá.

—¡Para! ¿Qué quieres decir con 'hacia el final'?

—Bueno, el último empujón, justo antes del clímax.

Le miro fijamente.

—¿En serio?! Así que tú... ¿te levantas en mitad del sexo para poner esta canción?

—No, también tengo una Alexa. Yo le doy la orden.

En mi cabeza aparecen imágenes desagradables. Jacob, que está teniendo sexo con una mujer y de repente grita: "Alexa, pon *Pony* de Ginuwine".

—Vale —le digo—. Estaba intentando imaginármelo. Qué raro. ¿Cómo reaccionan las mujeres? ¿No piensan que eres raro?

Quiero decir loco, pero me contengo. Después de este día con él me doy cuenta de que él no es lo que esperaba. Aunque no sé qué explicación

hubiera sido mejor. Jacob está loco. Hoy lo olvidé por un rato.

—Nadie se ha quejado hasta ahora —responde.

Trago saliva y me desplomo.

—Vale, no importa. En realidad no quiero saberlo. Si esto fuera una película, podría reírme de ello.

Es verdad. En realidad también es divertido. Pero todavía me molesta de alguna manera.

—Genial.

El horno pita.

—La cena está lista —Jacob se levanta y saca la cazuela—. Salió perfecto. ¿Dónde están los platos?

—En el armario encima de la placa —digo mecánicamente, aún intentando quitarme las imágenes de la cabeza. En cualquier caso, a partir de ahora veré la canción con otros ojos.

Jacob rebusca y vuelve con dos platos humeantes.

—Tengo curiosidad por oír lo que tienes que decir —me da un plato, que miro con escepticismo, y luego vuelvo a oler.

—Estupendo. Deliciosas verduras —cojo un trozo de brócoli con el tenedor.

—Está muy rico —afirma—. Pero primero...

—Una foto, por supuesto —me hago un selfie con mi plato.

—Y ahora disfrútalo.

Él ya se está metiendo el primer tenedor en la boca mientras yo sigo mirando el trozo de brócoli.

—Al menos lleva queso —digo.

—Pruébalo —me dice Jacob.

Hago lo que me dice y... sí, sabe muy bien.

—Te dije que te gustaría.

—¿Cómo sabes que me gusta? No te he dicho nada.

—Se te nota en la cara. Lo haces fácil, Walle. Te leo como un libro abierto.

—Bueno, esta vez te equivocas. No me gusta su sabor.

—¡Mentira!

—No, mentira no.

—Sí, tu nariz se está haciendo larga, porque las mentiras hacen narices largas.

—Piernas cortas, eso es.

Me echa una mirada intensa a las piernas, aunque apenas se notan en mi pijama tan suelto.

—Está bien —admito, intentando disuadirle—. Está delicioso.

—Lo sé.

Pongo los ojos en blanco.

—Entonces, ¿vamos a ver esta película ahora? —pregunta.

—¿Quieres?

—Claro, tengo curiosidad por ver cómo le va al pobre ligón.

—Vale —cojo el mando a distancia y pulso 'comenzar'—. ¡Vamos!

Empieza la película y me encanta. Comer mientras veo la película me

relaja muchísimo. Cuando acabo, dejo el plato y me reclino. Me siento muy bien en pijama, con el estómago lleno. Miro a Jacob. Sí, el hecho de que esté aquí también es estupendo.

Pero no debería pensar que es genial. Él no es genial. Él es Jacob. JBB. Hace citas para sexo y pone a Ginuwine y, ¡oh! ¿Es un chico de compañía? No. Basura. Las mujeres son todas tan guapas. Ciertamente no pagan por sus servicios.

—¿Qué? —Jacob pregunta tan fuerte que me estremezco.

—Nada —le digo.

—Si no es nada, ¿por qué me miras?

—Yo... estaba pensando en lo que debería hacer ahora.

Espero que se lo crea. ¿Parecía un poco soñadora mientras pensaba si podría ser un chico de compañía?

—¿Para Hannes? ¿El mensaje? ¿La primera clase?

—Exactamente —pulso *pausa*.

—¿No te atreves?

—Sí, pero, ¿no es una tontería?

—No, créeme. Le gustará mucho.

Cojo el móvil.

—Ha visto la historia.

Me río. Mi amiga me ha mandado un mensaje. Escucha: *Vale, ¿qué te pasa? ¿Tú y el deporte, tú y el museo?*

—¿Es la rubia guapa? ¿La que siempre me mira así?

—Ella no te mira.

—¿Ah, no?

—Vale, lo hace. Ella piensa que tus músculos son calientes, JBB.

Me mira interrogante.

—Ella te llama así porque escuchó a uno de tus compañeros decirlo. Los dos lo oímos.

—Oh, cierto. Era Erik. Siempre me llama así. En algún momento se naturalizó.

—¿Y eso por qué? ¿Qué significa?

—¿JBB? Bueno, ¿qué crees?

—¿Jacob Buen-bro?

Se me queda mirando incrédulo un momento y luego se ríe a carcajadas. La carcajada me llega hasta el estómago.

—¿Jacob Buen-bro? —repite finalmente y vuelve a reír.

—Bueno, no sé. podría ser. Es un mote con significado.

—Pues, inoooo!

—Vale, eso no es lo que significa. ¿Entonces qué significa? ¿Tienes un segundo nombre raro? ¿Bilbo o algo así?

—¿Bilbo?

—Tal vez tus padres son fans de Tolkien. O no. Ya lo tengo. Jacob, bello, muy leído.

Esta vez *me* río porque Jacob me mira indignado.

—¿Bello? Probablemente sea la última palabra que quieras usar para describir a un hombre.

—Puede que sí. Otros hombres lo verían de otra manera.

—Tu bello Hannes, por ejemplo.

—¿Quién sabe? Estoy segura de que pronto le encantará todo lo que le diga.

—Con mi ayuda, definitivamente. Pero sólo si no le dices que es adorable.

—¿Y qué significa la B?

—Brehm —refunfuña—. Es mi apellido.

—La primera B.

—¡Adivina!

—¿Boniface? ¿Balthasar? ¿Bartholomew?

Me mira impasiblemente.

—Bueno, o ya estaba el nombre correcto o es aún peor.

Se aclara la garganta.

—Prométeme que no te reirás.

—Lo prometo —digo, ya riéndome al pronunciar las palabras.

—No, entonces no te lo diré.

—Venga. No puede ser peor que Jacob Buen-bro Brehm.

Sacude la cabeza con vehemencia.

—Hoy no.

—No puedo creer que deje que un Bonifacio me dé consejos sobre relaciones. Si sale mal, ¿Boniface o Balthazar?

Suelto una risita.

Jacob se inclina hacia mí.

—Ah, sí, ¿eso es gracioso? ¿Te ríes de mí con tu pijama de galletas?

Alarga la mano y me hace cosquillas.

—Basta. Boniface, Bonti, me haces daño —me río y me hace más cosquillas.

—Sí, el Hermano Bonifacio te está haciendo cosquillas ahora.

—No, ten piedad. Bonti, por favor —me río tanto que casi no puedo respirar y me ahogo. Mientras toso, él se detiene y me da unas palmaditas en la espalda.

—¿Estás bien?

Le miro y sonrío. Pero entonces...

Estamos demasiado cerca. ¿Cómo ha podido pasar?

¿Y por qué huele tan bien otra vez? Esos labios. Esos ojos azules. El corazón me late en el pecho otra vez. Hay un crepitar en el aire. Esto no debería estar pasando, en absoluto.

Capítulo 13

Berenjenas y Sopa

Caro quiere saber por qué publico cosas tan raras —digo simple y completamente incoherente.

Jacob se echa hacia atrás y se aclara la garganta.

—Escríbele —dice.

—Sí, hermano Bonti. Esta vez reprimo una carcajada

—¡Te lo advierto, Bizcochito!

—Bizcochito, ¿así me llamas ahora?

—Sí, si sigues llamándome Bonifacio, te llamaré Bizcocho, así que...

—Muy bien, Jacob. Y vuelvo a sonreír.

Él sonríe y luego guiña un ojo.

—Lo he pensado. Me gusta Bizcochito. Suena bonito.

Quiero discrepar porque no quiero que me llamen mona, pero una discusión así probablemente llevaría en la dirección equivocada.

Jacob toma aire y se golpea los muslos.

—Muy bien, ¿qué vamos a hacer con Hannes, el maravilloso y adorable?

—¡Bonti! —le advierto y cojo el móvil—. Lo haré ahora así que venga, ¿qué debo escribir exactamente?

Tecleo los mensajes para Hannes y los envío. Primero el primero, en el que sólo le *doy las gracias*, y unos minutos después el segundo, en el que le pregunto cuánto piensa en mí.

—Ahora esperaremos y veremos. Puede que tarde un poco y que sólo te escriba cuando esté... en la cama.

—Oh no, no lo creo. Hannes no es ese tipo de hombre.

Jacob suspira.

—¡Ya verás, es justo ese tipo de hombre!

Dejo que continúe la película y nos sentamos uno al lado del otro en silencio. Cuando termina la película, miro a Jacob, que parece un poco conmovido. Porque sí, después de todo, el jugador ha encontrado al amor de su vida.

—Dime, ¿te gustó la película? —me burlo de él.

—Tengo que admitir que no era tan mala como pensaba.

—Verás, incluso las películas románticas siempre tienen una bonita moraleja.

—¿Una moraleja? —resopla—. Tienden a dar glamour y a hacer que las mujeres eleven su nivel de romanticismo a cotas inalcanzables.

—¿Cómo dices?

—La mayoría de las películas románticas crean expectativas que rara vez se cumplen en la realidad. ¿Cómo se supone que un hombre de verdad va a estar a la altura de estos hombres de película? No es de extrañar que tantas mujeres se queden solteras Y los hombres también, porque nunca están a la

altura de las expectativas de una mujer.

Eso suena casi amargo.

—Ya tienes bastantes mujeres encima —le digo— ¿O te molesta porque todo es sólo físico. ¿Tienes sentimientos? Pretende ser gracioso, pero la mirada de Jacob es inescrutable.

—¿Por qué no iba a tenerlos?

—Pareces tan poco involucrado. Tu corazón no parece encariñarse con nadie rápidamente.

—He renunciado a intentar ajustarme a un ideal que de todos modos no cumplo.

—Las películas son un entretenimiento. No creo que todas las mujeres confundan eso con la realidad.

Jacob se ríe.

—A ti te afecta especialmente. ¿No te das cuenta? ¿Sabes lo que vamos a hacer ahora? Vamos a ver algunas películas románticas y te explicaré lo que está mal con la realidad, ¿de acuerdo?

—Suena divertido —me levanto y me estiro—, pero ahora voy al baño y luego a la cama. Buenas noches.

Él asiente.

—Si escribe, ya sabes dónde estoy.

—Sí, lo sé. Nuestros ojos se detienen el uno en el otro durante unos instantes.

—Bueno, buenas noches entonces —vuelvo a decir.

Jacob sonríe.

—Buenas noches. Que duermas bien, Bizcochito.

Le guiño un ojo.

—Duerme bien, entrenador, er, gran maestro. No, bello y culto Hermano Bonifacio.

Se ríe, y me gusta.

Qué día tan diferente. Tengo que agradecerse a Jacob Sí, no era sólo Tina, sino también mucho Walle, una mezcla de las dos. Pero eso es exactamente lo genial. Jacob no parece tener problemas con ninguno de los dos lados de mi personalidad. Es una locura.

No se me permite pensar en Jacob. No conduce a nada. Quiero a Hannes, no a Jacob. Sólo somos vecinos. Él es mi entrenador, el maestro, el hermano Bonifacio. No, lo que siento no se siente fraternal en absoluto. Pero eso no significa que sea algo más. No importa lo que estoy imaginando en este momento, Jacob es malo y desagradable. Me encuentra aburrida e intensa. Sólo porque sabe cocinar y nos divertimos no significa nada.

Ya estoy en la cama cuando le escribo a Caro que la llamaré mañana. Lo que tengo que decirle no cabe en ningún mensaje. Se reirá mucho con las teorías de Jacob sobre el comportamiento correcto en el chat. Porque no es

tan fácil como él dice. Los mensajes de Hannes podrían haber sido sólo una coincidencia. ¿Cómo sabe Jacob exactamente cómo reacciona Hannes?

No todos los hombres son iguales. Afortunadamente.

Mi teléfono móvil vibra, y es una respuesta de Hannes.

Para ser honesto, tanto que me vuelve loco, escribe. Ha puesto un emoji de fuego.

Jacob tenía razón ¿Qué hago ahora, qué escribo ahora?

Me levanto y con cuidado abro la puerta

—¿Jacob? —susurro—. ¿Sigues despierto ¿Ya estás dormido?

—Ya no ¿Qué es lo que pasa?

Me acerco al sofá. Jacob está acurrucado en él.

—Me ha escrito. Le tiendo el móvil.

—¿No te lo dije?

—Sí, lo hiciste. ¿Qué hago ahora?

Se sienta.

—¿Qué le escribirías si yo no estuviera allí?

Se me calienta la cara. Qué vergüenza.

—No lo sé. *¿Yo también pienso en ti?*

—Vale, déjame hacerlo. Coge el móvil y manda un mensaje mientras yo le miro por encima del hombro.

¿Y qué estamos haciendo ahora?

Mientras jadeo de horror, envía el mensaje y Hannes ya está escribiendo una respuesta. Ahí está.

No lo sé. ¿Tienes alguna idea? Tú eres la creativa de los dos.

Jacob se ríe.

—Ah, porque eres periodista, ¿no?

—Sí, y dije que estaba escribiendo una novela romántica.

Jacob sonrío.

—¿Tú?

Me encojo de hombros. De hecho, he empezado una antes, pero no lo estoy haciendo en serio.

—Al menos tendrías el sentido del humor adecuado para una comedia romántica. Pero no importa ahora. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos. Reaccionó exactamente como yo había predicho. Creo que quiere que tomes la iniciativa. Sí, sí. Bien entonces.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

Jacob asiente y sonrío, tecleando también.

Tienes razón, y si estuvieras aquí ahora mismo, podría mostrarte lo creativa que soy.

—Dios mío, ¿en serio? —exclamo.

—Sí, claro. Está a punto de descubrir lo que le harías. Espera.

Plin.

¿Qué harías entonces?

—Eso es espeluznante —digo asombrada—. Erm, ¿desnudarlo y besarlo?

Me sonrío.

—Muy creativo.

—Oh, ¿qué sé yo? —digo, molesta—. Besos, y todo eso.

—Muy bien, cuidado.

Besarte y no sólo en la boca.

—No —protesto, pero Jacob ya envía el mensaje.

—Oh Dios mío.

—Espera. Ahora está empezando de verdad.

Me gustaría, ya lo hago.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Y qué significa la berenjena que puso ahí?

Se está burlando. Le arrebató el móvil de la mano a Jacob y tecleo algo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta

—Esto es lo que estoy haciendo. Le enseñé lo que he enviado.

—Una sopa. Pero contesta tú.

Jacob se ríe.

—Algo que ver con la comida. Apparently quiere salir a cenar conmigo o cocinarme algo.

Antes de empezar a escribir alguna tontería...

—¡Oh tío, Walle! —Jacob grita y echa la cabeza hacia atrás—. Él no quiere cocinar contigo, él...

Plin.

Así que te gusta mojado.

—¿Qué? —miro las últimas palabras y siento que mi cara se pone roja como un tomate—. Oh, mierda Eso es... ¿La berenjena se supone que significa...?

—Que lo suyo está listo.

—¿Y la sopa significa... en este contexto?

—Exactamente. Pensé que eras la reina emoji.

—Pero parece que no sé nada de verduras —refunfuño.

Las comisuras de los labios de Jacob se crispan, aunque su mirada expresa algo parecido a la simpatía.

—Déjalo salir —le digo, y suelta una carcajada.

—Una sopa, no puedo más.

—Si tienes la cabeza bien puesta, puedes ayudarme a salvar esto de alguna manera.

—Espera un momento. Coge el teléfono móvil y escribe: *la humedad siempre es buena.*

Gimo.

—Haz que pare. No quiero esto.

—Muy bien, entonces... vuelve a teclear.

Duerme bien y sueña conmigo. Y de todas las cosas que podemos hacer.

El mensaje se ha ido.

Vuelve otro fuego.

—Por suerte no envió un aguacate esta vez. O un plátano.

—Un aguacate. Es muy gracioso que no tengas ni idea de sexo por chat.

Suspiro.

—¿Y ahora qué? ¿Volverá a ponerse en contacto?

—Sí. Definitivamente. Créeme.

Mi corazón late con fuerza.

—Bueno, tengo curiosidad. Oh tío, creo que mi subconsciente sabía lo peligrosas que pueden ser las verduras y por eso me impide comerlas en exceso. Probablemente nunca podré volver a comer berenjenas. ¿Alguna vez has enviado uno a una mujer?

—¿Quieres saberlo?

—Sí. Y yo me pregunto por qué a mí no me han enviado ninguna todavía.

Jacob sólo sonríe

—No, no quiero oír la respuesta. En absoluto. Ahora me voy a la cama.

Con el móvil en la mano, camino hacia el dormitorio

—Todo esto es una locura, una locura —murmuro.

—Sí, pero es algo bueno —dice Jacob—. Hace tiempo que no me reía tanto. Me estás matando, Bizcochito.

—Sólo puedo responderte, hermano... joder, hermano.

Aún oigo la risa de Jacob a través de la puerta cerrada del dormitorio.

Capítulo 14

La Toalla No le Queda Bien a Todo el Mundo

Cuando entro en el salón por la mañana, Jacob ha desaparecido. Hay una nota junto a la cafetera.

Voy a correr. El café está listo. ¡Hasta pronto!

Por suerte no pensó en llevarme con él. La parte Tina de mí podría haberse convencido de ir a correr, aunque Walle lo odie tanto. Especialmente con este tiempo.

Además, es bueno no ver a Jacob en acción. Sólo se le ocurren ideas raras. Anoche tuve sueños locos sobre berenjenas y pepinos. Aparto rápidamente los pensamientos, me sirvo un café, cojo el móvil y llamo a Caro.

Vale, quiero saberlo todo —dice inmediatamente—. ¿Qué te pasa?

—Buenos días a ti también.

—Yo también te deseo uno. Pero ahora dime, ¿JBB vive contigo permanentemente ahora?

—Es sólo temporal. Ya te lo he dicho.

—Pero no me dijiste que hacen deporte juntos. No me había dado cuenta de lo deportista y aventurera que eres —se ríe.

—Las fotos de mi estado eran para impresionar a Hannes. Jacob tuvo la idea. ¿Y puedo decirte una cosa? Funciona.

Se lo cuento todo, desde la conversación sobre lo que quieren los hombres hasta lo de la berenjena y la sopa. Cuando termino, Caro no puede parar de reír.

—¿Le mandaste sopa porque pensabas que quería cocinar contigo? —interrumpe.

—Sí, siento ser la única persona del planeta que no sabe que una berenjena tiene algo que ver con un pene. Sinceramente, entiendo lo del pepino, pero ¿se parece un pene a una berenjena? Nunca he tenido uno que se pareciera a una berenjena, y... —me quedo a medias, porque Jacob está delante de mí y me sonrío.

¿Cómo ha entrado tan silenciosamente?

Levanta la mano y se ve increíblemente bien. Sexy, sudoroso y... ¡guau!

—Buenos días —le digo, y sonrío.

—Me meteré en la ducha rápidamente. Sigue hablando. Suena excitante. ¡Genial!

—¿Era el susurrador de hombres? —pregunta Caro.

—Sí, y por supuesto me oyó hablar de berenjenas y penes.

Caro vuelve a reír. Es agradable verla disfrutar.

—¡Maravilloso! —dice—. ¿Y ahora?

—Ahora está en la ducha.

—¿Y cuánto tiempo más se va a quedar?

—Ni idea. No hemos firmado un contrato de alquiler. Quizá se quede en otro sitio. Con un amigo.

Mientras digo las palabras, me doy cuenta de que no me gusta la idea de que Jacob desaparezca de nuevo. Es agradable tenerlo aquí. Ayer fue genial. Da igual.

—¿No sueñas tan entusiasmada?

—Sí, sí, todo está bien.

—Falso.

—No, sí, ayer estuvo bien, pero somos vecinos y sólo hago todo esto para poder impresionar a Hannes.

—Si funciona, tanto mejor. Hablando de eso, hoy vuelvo a ver a Pepe. Cenamos ayer.

A esto le sigue una descripción detallada de la velada, que al parecer terminó de forma prometedora.

—¿Te besó? —continúo.

—Sí, y fue genial. Fue todo un caballero durante toda la velada. Pero ese beso me dejó con ganas de más.

—Me alegro de que para ti no sea tan complicado como para mí.

—Cierto, pero Hannes tampoco está aquí. Él no tiene la oportunidad de hacer que no sea complicado. Todavía no. Cuando vuelva, todo irá bien. Ya veremos.

—¿Tú crees? ¿Quizás todo sea una tontería? Quiero decir, ni siquiera conozco al tipo. Pasamos una Nochevieja genial, pero eso no es garantía de nada.

—Tal vez lo sea. Pero ya verás. Después de todo, ha anunciado que quiere quedar contigo.

—Pero eso llevará tiempo.

—Así es. Y hasta entonces, puedes practicar mucho con Jacob —se ríe de nuevo.

—Sí, a ver —le respondo, sólo para escandalizarla.

—Entonces cuéntame cómo fue. Y cuándo exactamente pone esa música.

—Eso no ayuda.

—Te ayudaré a mi manera. Dime qué más tienes planeado para hoy.

—Ni idea. Ya lo verás en las historias de WhatsApp.

—Tengo curiosidad por eso. Ahora tengo que dar por terminado el día. Ducharme y pintarme las uñas.

—Hazlo. Te quiero. Realmente.

—Yo también, realmente del tamaño de un repollo.

Después de colgar, escucho. ¿Ya terminó Jacob? No corre más agua.

—¿Estás bien?

Doy un salto. Está en el salón y vuelve a sonreírme. ¿Es el campeón del mundo en sorprenderme?

—¿Has tenido una buena llamada? Se acaricia el pelo húmedo y se rodea la cintura con una toalla.

—Sí, ha sido... divertida. Le gusta tu nombre, así que Bonifacio.

—Ese no es mi nombre.

¿Por qué vuelve a brillar el aire? ¿Por qué? ¿Por qué, por qué, por qué? Mis ojos quieren recorrer su piel desnuda. Una y otra vez, mi mirada revolotea por partes de su cuerpo en las que no tiene nada que hacer. Me pregunto si se da cuenta. Esos músculos son realmente impresionantes. Ayer tampoco llevaba camiseta. Esas líneas a los lados, ese punto bajo el ombligo.

—¿Walle?

—¿Mmmmm? —pregunto, intentando centrarme en su cara.

—¿Me estás mirando ahora mismo?

No preguntó eso. Me voy a convertir en un ente rojo brillante. Me estoy acalorando, mis ojos se humedecen. ¡Qué vergüenza!

—Yo no. Yo... —mi tartamudeo no mejora las cosas.

—Por cierto, tienes razón en lo de la berenjena. La mayoría de ellas realmente no se ven así.

—¿La mayoría de qué?

—Bueno, ya sabes —mueve las cejas significativamente.

Levanto las manos a la defensiva.

—Por favor, no me hagas una demostración ahora. Eh, ¿cómo que *la* mayoría? No, no quiero saberlo. Será mejor que me digas qué más vamos a hacer hoy. Y ponte algo de ropa.

—¿Te estoy poniendo nerviosa?

—No, sólo estoy preocupada. No me malinterpretes, la toalla te sienta muy bien. Pero no está tan caliente. No querrás enfermarte, ¿verdad?

Por supuesto, no cree ni una palabra de lo que digo, como se puede ver fácilmente por la expresión de su cara, pero no me importa. Sabe lo bueno que está. No debería sorprenderse por mi mirada.

—Me alegro de que te preocupes por mí —dice, sacando algunas cosas de una de sus bolsas. Espero que no se le resbale la toalla. Una berenjena debajo me escandalizaría. O no, más bien me divertiría.

—¿Por qué sonríes tan raro? —me pregunta.

—Berenjena. Como si lo fuera.

Me guiña un ojo y desaparece de nuevo en el baño.

Es todo tan agotador. Me sirvo otro café y me lo he terminado cuando vuelve a salir.

—Ya está —hace una mueca. Quiere desahogarse.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Bueno, no quiero abusar de tu hospitalidad, pero el amigo con el que quería quedarme sigue de vacaciones.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras —digo demasiado rápido. ¿No soy un poco fría?

—Si sigues cocinando, haciendo café y todo eso —me apresuro a añadir.

Nuestras miradas se cruzan.

—Vale, gracias —sonríe, pero sus ojos no sonríen conmigo—. Sobre Hannes. Creo que basta con que hoy publiques una foto de tu portátil. Escribe algo así como: *'Trabajando hoy'*. Eso demuestra que estás en medio

de algo. Podrías publicar algo más esta noche. Después de que se haya estado preguntando qué haces todo el día.

—Me parece bien —respondo con poco entusiasmo. ¿Jacob no quiere hacer nada conmigo? Me hacía ilusión.

—Si no, podemos hacer algo juntos sin documentarlo todo —sugiere.

Mi sonrisa probablemente se apresura demasiado, pero eso no importa ahora.

Capítulo 15

Bizcochito y Bert

Jugar a los bolos fue muy divertido. Después nos montamos en el autobús y nos fijamos en la gente. Jacob quería mejorar mis conocimientos sobre la naturaleza humana y me hizo adivinar los pensamientos de la gente. Por supuesto, sólo se me ocurrían tonterías y nos reíamos mucho.

Era una locura. Unos días atrás no hubiera pensado que podría llevarme tan bien con Jacob y pasarme todas las vacaciones con él. Fuimos al planetario, al cine y a un torneo de fútbol sala. El sábado por la noche incluso conseguí convencerle para que fuera a una lectura en una librería, aunque el autor escribe comedias románticas.

—Lo veo como una formación complementaria —afirma, y se sienta con confianza entre las mujeres, que por supuesto le superan en número.

Es bueno limitarse a ser Walle y sólo dejar que Tina tome el timón de vez en cuando, cuando se trata de Hannes.

Hannes. Algunas noches casi he dejado de pensar en él, a pesar de que me tomo tantas molestias para estar con él. Y sí, él me escribe y yo le respondo, pero aún así, es curioso cómo se han desarrollado las cosas.

Estoy pensando en esto mientras estamos tumbados uno junto al otro en el sofá el domingo por la noche. Jacob ha cocinado comida tailandesa y ahora me habla del viaje que hizo allí con un amigo al acabar la universidad.

—Allí aprendí a amar la comida tailandesa —dice sonriendo.

Esa palabra me pone nerviosa. *Le encanta* la comida tailandesa. Qué bien por la comida. Además, la prepara con amor. Este hombre sabe cocinar de verdad.

—¿Qué estás pensando otra vez? —pregunta ahora.

—Erm, nada, sólo que tu comida sabe muy bien. Además, me pregunto qué haré cuando vuelvas a tu propio piso.

Jacob se ríe y se sienta.

—Bueno, supongo que tendrás que hacerlo tú otra vez. O tendrás que subir a bordo a ese tal Hannes, el supermaravilloso.

—Así es, lo haré. Porque gracias a ti, está comiendo de mi mano.

—Para que veas lo bien que me manejo.

—De verdad que sí. Responde todo el tiempo por su cuenta.

—Sí, porque no eres tan intensa.

—Bueno, no puede ser tan malo, tú también me aguantas.

¿Por qué digo eso? Suena como si quisiera escuchar algo específico de él. Nuestras miradas se cruzan.

—Eres bastante soportable —dice Jacob y sonríe.

—Me encantaría volar a Tailandia algún día. Ver esas pequeñas islas en el mar de las que hablabas. La comida, la gente, el clima. Tiene que ser genial.

—¿Qué te lo impide?

—Viajar sola no es tan genial.

—Lo comprendo. ¿Caro no estaría dispuesta?

—No lo sé. Ya veremos.

—Este Hannes parece viajar mucho. Quizá sea el compañero de viaje perfecto —me escruta detenidamente y casi suena como una pregunta. ¿O me lo estoy imaginando?

—Ya veremos —respondo—. Quiero decir, sólo fue una noche. Y luego estuvo Nochevieja.

—Sí, pero esa única noche hizo que quisieras impresionarle. Incluso aguantaste pasar tiempo conmigo.

De nuevo, suena como si quisiera llegar a algo.

—Es verdad —digo—. Si Hannes y yo nos casamos algún día, puedes contar la historia en nuestra boda.

Volvemos a mirarnos. Esta vez con más intensidad.

—¿Y si no le gusto nada? —pregunto en voz baja—. ¿Yo como Walle? Después de todo, eso también está en mí.

—Creo que sólo quieres ser Tina.

—Ese era el plan original.

—¿Y ahora ya no te gusta ese plan?

—Sí, pero mírame. Estoy aquí sentada con mi pijama de galletas y soy Walle la mayor parte del tiempo, quiera o no.

—Cuando conozca a Walle, le gustará tanto como Tina. No puede evitarlo. Tiene que gustarle a la gente.

¿Realmente dijo eso?

—Ah, sí, ¿le gusto? —intento disimular mi vergüenza con una carcajada.

—Quizá un poco.

Me cuesta quedarme quieta, pero ahora mismo me gustaría saltar y correr de un lado a otro, muy a lo Walle.

—Tú tampoco estás tan mal —digo con calma. También hay Tina en mí—. Y estoy segura de que algún día encontrarás a la mujer para la que no quieras ser un jugador.

Jacob sonríe.

—Quién sabe, todavía ocurren milagros y maravillas.

—Milagros —resoplo—, realmente estás bien, una vez que miras detrás de la fachada.

Sonríe.

—Sí, tú también.

—Va a ser un poco raro cuando vuelvas allí.

Ese pensamiento me viene a la cabeza y suspiro.

—Oh vamos, no estoy lejos. ¿Ya me echas de menos?

—A ti no, pero a tu comida sí —esta vez sonrío.

—A lo mejor te cocino algo otra vez.

—Eso estaría bien.

¿Nos hemos acercado? Demasiado.

El pitido de mi móvil me saca de mis pensamientos. Automáticamente lo

cojo y veo una carta sobre la mesa. La recojo, es de Jacob.

—¿Berthold?! —grito entonces—. ¿Tu segundo nombre es Berthold?

Me echo a reír sin poder contenerme.

—Si es lo que pone, seguro que es verdad.

Jacob me quita la carta y la guarda en una pequeña pila que ha creado debajo de la mesa para sus documentos. Luego me mira con calma hasta que dejo de reírme.

—Sí, mi nombre completo es Jacob Berthold Brehm.

Mi risa ya se ha vuelto un poco tonta, pero es demasiado deliciosa.

—El verdadero nombre de Jacob el Jugador es Berthold el Jugador —le digo.

—Vale, claro que no suena tan sexy.

—Sabía que reaccionarías así. Eres demasiado tonta.

—Berthold. ¿Cómo se les ocurrió a tus padres?

—Mi tío se llamaba así. Mi padrino, que desgraciadamente murió de cáncer.

Aprieto los labios y le miro disculpándome.

Jacob se ríe ahora.

—Realmente te lo crees todo. Algo en lo que deberías trabajar, por cierto. Los hombres te dicen lo que quieres oír para llevarte a la cama.

—Es tu experiencia la que habla.

—Exacto.

Suspiro.

—¿Así que tu tío sigue vivo?

—¿Qué tío?

—El que te puso el nombre.

—No hay ninguno. Mi madre sólo quería un nombre anticuado, por si alguna vez quiero cambiarme el nombre. Como si tal cosa fuera a pasar —se ríe de nuevo.

—Entonces debería llamarte Bert a partir de ahora —le digo con seriedad—. Te hace parecer mucho más serio, Bert.

—Si tú me llamas Bert, yo te llamaré Cindy.

—¿Por qué Cindy de todos los nombres?

—Por Cindy y Bert. ¿No lo sabes? —suspira—. Entonces será Ernie. Seguro que lo conoces.

—Sí, pero me gusta más Keks.

—Y a mí me gusta que me llames JBB.

Estas palabras envían un cosquilleo por mi espina dorsal. Pero él lo dijo así. ¿No es así?

Jacob se acerca más a mí y... suena mi móvil. Aún lo tengo en la mano y lo miro. Hannes.

Jacob también lo ve.

—Contesta —dice en voz baja.

—¿Por qué llama ahora?

—Buena pregunta... averígualo.

—¿En serio ahora?

—Sí, pero mantén la calma.

Asiento con la cabeza y me acerco el móvil a la oreja.

—¿Hola?

—Hola Tina, pensé en llamarte. Después del mensaje de antes. No quería dejarlo así.

—¿Mensaje? ¿Qué mensaje?

—Ah, todavía no lo has leído. Entonces puedo decírtelo yo mismo. Voy a Nuremberg el fin de semana. Tardaré mucho hasta febrero. Me gustaría verte enseguida.

—¿De verdad? Eso me hace feliz.

—Y a mí también. Así que deja libre el fin de semana. Ahora tengo que colgar. Sigo ocupado, pero... tengo ganas de verte.

—Y yo estoy deseando verte a ti. Hasta luego.

Cuelgo y miro a Jacob, que se ha alejado mucho de mí.

—Viene el fin de semana porque quiere verme.

—Ya me he enterado. Enhorabuena, lo tienes enganchado, Tina.

—Eso parece, y todo gracias a ti.

—De nada.

Su rostro no muestra ninguna emoción. El ambiente entre nosotros ha cambiado. Tal vez sólo sea yo.

—Deberíamos irnos a la cama —dice—. Estoy cansado, y mañana volveremos a la rutina diaria.

—Sí, yo también tengo que trabajar mañana. No me apetece ir a la redacción. Seguramente tendré que informar sobre unos patos que han vuelto a volar a los jardines.

Jacob sonríe.

—Bueno, entonces

Me levanto, él también lo hace, y volvemos a mirarnos.

—Pues que duermas bien, Bizcochito

Otra vez esa sonrisa.

—Que duermas bien, JBB.

Por supuesto, me quedo despierta en mi cama durante mucho tiempo con la emoción. Debería estar feliz. Todo parece ir exactamente según lo previsto y, sin embargo, no siento lo que esperaba sentir. En lugar de visualizar el próximo fin de semana con Hannes, pienso en Jacob. Esto es una locura. Demasiado loco. ¿Siento algo por él? Eso sería una tontería. Él y yo. Nosotros. Eso nunca funcionaría. Somos tan diferentes. Y él es un jugador.

¿No lo es? No hubo muchas señales de eso durante la semana. Sin embargo, no tenía un piso donde pudiera vivir. Eso va a cambiar de nuevo. ¡Caray! Me está molestando.

Con un gemido, me tapo con las sábanas. No quiero tener pensamientos así. Estoy deseando ver a Hannes. Hola, es Hannes. Siempre he querido un hombre como él. Ahora está a mi alcance.

Capítulo 16

El Piso Vacío

Cuando entro en la cocina por la mañana, Jacob ya no está. Esta vez no ha salido a correr. Sus cosas ya no están. Es tan ordenado que al principio no me doy cuenta. Ha hecho café pero cuando leo la nota que me ha dejado, se me revuelve el estómago.

Aparte del salón, todo en mi casa es habitable. Gracias por todo, y si pasa algo, ya sabes dónde estoy.

El estruendo sube hasta mi corazón. No quiero que se vaya.

Qué fastidio. La verdad es que soy muy intensa. Una semana y JBB, el ligón, parece un hombre de ensueño.

Hannes viene en cuatro días. Eso es exactamente lo que yo quería. Me sirvo un café y decido llamar a Caro para hablar con ella.

—¿Viene pronto? —pregunta eufórica—. Es estupendo. Seamos sinceras, está coladito por ti.

—Sí, ¿no es genial? —no sé si sueno tan entusiasmada como ella. De alguna manera parece que me estoy haciendo la pregunta más a mí mismo que a Caro.

—Sí, ¿o ahora lo ves de otra manera?

—No, sólo, bueno. Jacob ya no está aquí. Se dio cuenta de que Hannes llamó anoche y... es una estupidez por mi parte.

—¿Lo extrañas?

—Creo que sí —digo, y ella suspira.

—¿Entonces ya no quieres ver a Hannes?

—Sí, quiero, pero no sé —miro el reloj—. Pero es inútil preocuparse por eso ahora. Me voy a trabajar y luego ya veré qué pasa.

—Exacto. Yo también me tengo que ir, tengo una visita dentro de poco. Cruza los dedos por mí.

—¿Qué quieres decir? ¿Tienes una visita?

—Sí, Katrin me va a llevar con ella. Piensa que hago un buen trabajo en la oficina y quiere tenerme en el lugar.

—Wow, bueno entonces, mis dedos están cruzados.

—Gracias, y yo también cruzo los míos por ti. De hecho, iba a preguntarte si podríamos hacer algo el fin de semana. No tengo tiempo entre semana. Pero ahora estás ocupada.

Ella se ríe mientras yo frunzo el ceño porque parece muy lejano que acabe en la cama con Hannes.

—Entonces organizaremos algo la semana que viene, ¿vale? —sugiero.

—Sí, entonces te contaré las últimas noticias sobre Pepe.

¡Pepe! Me había olvidado de él. No he vuelto a preguntarle a Caro por él ni una sola vez.

—Por supuesto —respondo—. Quiero saberlo todo.

Quince minutos después, estoy delante de mi armario, recién duchada, y me decido por un conjunto de Tina. Sí, Tina. Todo esto era para ella, para la parte de mí que no siempre duda de sí misma y sabe lo que quiere. Y el hecho es que quiero a Hannes. De lo contrario, no me habría tomado la molestia de enviar los mensajes y escuchar los consejos de Jacob.

De hecho, me siento mejor cuando salgo de casa arreglada y con mi conjunto sexy. Jacob y yo hemos pasado un par de días muy agradables, pero ahora seguimos adelante. Todo es emocionante y, ¿quién sabe qué más me espera? Así es como debo verlo.

Cuando llego a la redacción, saludo a mis colegas e intercambio noticias tomando café y galletas. Casi todo. Por supuesto, dejo mi vida amorosa fuera de la ecuación. Pero Navidad y Nochevieja dan mucho de qué hablar. Recibir cumplidos sobre mi atuendo me da ánimos. Voy por buen camino.

Cuando por fin me siento frente al portátil y reviso mis correos electrónicos, vuelvo a la rutina.

En algún momento, Hannes me escribe que ya tiene algunas cosas planeadas para nosotros y yo le escribo para decirle que estoy deseando que llegue el momento.

El día se acaba en un santiamén y estoy deseando llegar a casa, a mi sofá. Tina haría deporte ahora, pero no me apetece. Además, he sido Tina todo el día.

Con una mirada a la puerta de Jacob, abro la mía y espero unos instantes. A veces tenía la impresión de que salía a propósito al enterarse de que yo volvía. Pero nada. No se oye nada en su piso. Quién sabe si está ahí.

Entro en mi piso, que parece extrañamente vacío, con una sensación rara.

—¡Contrólate! —me amonesto—. Después de todo, antes estabas sola.

Es cierto, pero la sensación es diferente.

Me doy cuenta de que tengo que prepararme algo de comer. Jacob se había apoderado de mí los últimos días. Ni siquiera sé si mi nevera tiene algo comestible.

Lo tiene, me doy cuenta cuando la abro. Hay un tupper en el compartimento central que no me pertenece. Hay una nota pegada en la parte superior.

Para que la primera noche no sea tan mala.

Mi corazón late con fuerza.

Realmente me ha dejado algo de comer. ¿Cuándo lo ha hecho? Qué amable. Debería ir y darle las gracias, tal vez es sólo un error con Hannes. Sería mejor si...

—No —grito—. Ya es suficiente. Sólo intentaba ser amable.

Y sin embargo, lo único que quiero es darle las gracias a Jacob.

¿Debería escribirle?

¿Qué tiene de malo? Quiero decir, somos diferentes a Hannes. Somos

amigos.

Gracias, estaba delicioso, le escribo. Aunque aún no lo he probado. Pero todo lo que ha cocinado Jacob ha estado delicioso.

Me quedo mirando el móvil unos instantes, pero Jacob no me contesta. No importa. He aprendido que más mensajes no sirven para nada. Decididamente, guardo el teléfono y sigo con mi rutina del lunes por la noche: bañera y escuchar baladas románticas.

No puedo creer lo nerviosa que estoy. ¿Acaso puedo ser Tina cuando apenas puedo estarme quieta?

Me miro al espejo por enésima vez. El vestido de lana azul oscuro hace juego con mi pelo castaño, que he recogido en una coleta. El vestido me llega justo por debajo de las rodillas y debajo llevo unas botas de tacón. Sexy, pero no demasiado provocativa. Al fin y al cabo, no quiero que Hannes me vea como una simple ligue de una noche.

Cojo mi abrigo oscuro y mi bolso, salgo por la puerta y llamo a la de Jacob.

La distancia de la semana me ha sentado bien. Ha salido mucho de casa y me he asegurado de que no nos encontráramos.

Ahora es el momento de cambiar eso. Vale, no es por casualidad. Sólo quiero evitar que piense que estoy enfadada. Después de todo, él me ha enseñado un par de cosas sobre lo que mueve a los hombres. Somos amigos, así que puedo pedirle su opinión.

Jacob abre la puerta y me saluda.

—Hola, Bizcochito. No, Tina. Por supuesto. ¡Vaya! Estás estupenda.

Me doy la vuelta para que pueda mirarme desde todos los ángulos.

—¿Aprobado el conjunto, entonces? —pregunto—. Vamos a salir a cenar.

—Por supuesto. Hannes caerá rendido cuando te vea. Estás realmente genial. Súper. Maravillosa.

—¿Genial, súper, maravillosa? —me río y disfruto de la mirada de Jacob clavada en mis piernas durante unos instantes.

Me late el corazón al darme cuenta de que no ha recibido ninguna visita femenina en los últimos días. Pero ha estado fuera mucho tiempo. Aparto ese pensamiento. Después de todo, tengo una cita con Hannes.

—¡Diviértete, Bizcochito! —dice Jacob y sonrío.

—¡Gracias! Por todo.

Me doy la vuelta exaltada. Pero no puedo decir a qué se debe este sentimiento.

Capítulo 17

¿Demasiado Tina?

¿Es malo que llegue un poco temprano?

El simpático y joven camarero ya me ha llevado a la mesa que Hannes ha reservado. Pero sigo sentada aquí, sola. Ese no es en absoluto el comportamiento de Tina, ¿verdad?

Mi móvil vibra en el bolsillo. Lo saco. Un mensaje de Jacob. Me da un vuelco el corazón cuando leo las palabras.

Diviértete hoy, sólo hay amor para ti. No dejes que nadie te diga lo contrario, si no, se las verá conmigo.

Me río e inmediatamente mi corazón se aprieta dolorosamente. No existe tal cosa. Hoy por fin voy a conocer a Hannes, todo el plan era conquistarlo y estoy aquí sentada con el corazón palpitante por culpa de Jacob. De todas las personas. Jacob, el hombre al que realmente no soporto. Que supuestamente no *me* soporta. Es una locura.

En la víspera de Año Nuevo, decidí cambiar mi comportamiento. Porque no había tenido éxito con mi comportamiento anterior. El hecho de que de repente me siento atraída por Jacob está en línea con mi viejo patrón. Imagino que la simpatía de un hombre significaría más. No puedo cometer ese error con Jacob. Somos amigos, nada más. Sólo es amistoso. Después de todo, me ayudó con Hannes. ¿Qué hombre haría eso si él mismo estuviera interesado?

Me sacudo las palpitaciones y me pongo de pie.

—Ahora vuelvo —le digo al camarero, que me mira interrogante cuando paso junto a él.

Es imposible que Tina espere sola en una mesa. Seré yo quien la acompañe.

Tras veinte minutos en los aseos, que por suerte son bastante agradables e incluso tienen asientos, vuelvo al restaurante.

Hannes está sentado mirándome. Muevo ligeramente la cabeza al caminar para que mi coleta oscile y vuelvo a sentirme la protagonista de una película. Incluso oigo la música.

Hannes se levanta y me da un beso en la mejilla a modo de saludo.

—Hola, Tina —me dice—. Me alegro de verte.

Me acomoda la silla y me siento.

—Yo también lo creo —le susurro, satisfecha de mi perfecto aspecto.

—El camarero me dijo que estabas en el baño. Me estaba preocupando —arruga la frente.

¿Y yo? Me ruborizo, por supuesto. No había considerado que una larga estancia en los aseos podría no ser tan apetitosa.

Walle se sonroja, Tina no.

Hago oídos sordos y me río.

—No, no pasa nada. Tuve que hacer una llamada. Era urgente. Ya estaba aquí sentada y tenía que hacerlo rápido. Siento haberte hecho esperar.

Hannes parece tranquilizarse y sonríe.

El camarero empuja una pizarra junto a nuestra mesa y nos presenta el menú del día.

Mientras Hannes se decide por la recomendación de la casa: ensalada, rosbif y sorbete de limón, yo misma lo pido todo y hago alguna petición extra. La ensalada sin tomate, el pescado sin hinojo, el sorbete de limón sin menta. Tina sabe lo que quiere y cómo lo quiere.

—¿Qué tal la semana? —pregunta Hannes cuando se ha ido el camarero.

Entonces le cuento mi semana a Hannes. O mejor dicho, se lo cuento todo. Tina ha tenido una semana estupenda. No se ha quedado en casa en el sofá todas las noches. Esa era Walle.

Tina fue al cine, al planetario, a la piscina y al gimnasio. También está escribiendo un artículo súper importante.

Justo a tiempo, me doy cuenta de que tengo que dejar hablar a Hannes. Pero es extraordinariamente monosilábico en sus respuestas. ¿Está intentando llevarme a la cama rápidamente? ¿Es que ya no le intereso?

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le pregunto después de que Hannes haya pagado y yo le haya dado las gracias profusamente.

—Podemos dar un paseo —sugiere.

Me pregunto si su piso está cerca. ¿Tiene piso en Núremberg?

—¿Dónde vives realmente? —le pregunto mientras paseamos por el centro de la ciudad, Hannes a una distancia razonable de mí. Esperaba que fuera más agresivo. Pero el hecho de que se contenga no tiene por qué ser una mala señal.

—En Allersberg. Mi coche está en el aparcamiento subterráneo de Weintraubengasse.

Caminamos en dirección contraria. Así que no piensa llevarme a su casa. Extrañamente, me siento un poco aliviada. Realmente podría ser demasiado rápido.

Sin embargo, decido tomar la iniciativa. Quiero saber a qué atenerme con él.

Le tiendo la mano y él aprovecha para cogerme en brazos. Afortunadamente. Nos detenemos y nos miramos a los ojos. Los suyos son oscuros. Cálidos.

—Hola —le digo.

—Hola —responde él.

Finalmente me besa y mi corazón late con fuerza. Me acerco más a él. ¿Debería preguntarle si quiere unirse a mí? ¿Estoy preparada?

Antes de que pueda tomar una decisión, Hannes se aparta.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Nada —responde y ríe suavemente—. Estoy un poco abrumado por ti. Eres tan segura y fuerte. Eso me gusta.

—¿Pero?

¡Una mierda! A los hombres no les gusta que los molestes con preguntas. Sólo falta que le pregunte por nuestra relación.

—Pero nada —dice Hannes—. Yo... todo está bien. Sólo estoy cansado del vuelo. ¿Nos vemos mañana?

—Por supuesto —intento disimular mi decepción. Algo le preocupa. Pero al menos me ha pedido una cita para mañana.

—Bueno, tendré que ver cómo me va. Ya te contaré —le sonrío dulcemente y le doy otro beso en la mejilla. No quiero que piense que lo necesito.

—¿Ya has vuelto?

Suspiro y me giro hacia Jacob, que está en su puerta y me sonrío.

—Y sobre todo sola —frunce el ceño.

—Sí, eso parece.

—¿Qué tal ha ido? ¿No muy bien?

—Sí. Fue genial, super, o eso pensé. Pero luego, no sé. Estaba raro. Probablemente no es tan malo. Sólo soy demasiado impaciente, ¿no?

Jacob se encoge de hombros.

—No sé lo que dijiste, pero para ser sincero, pensé que hoy estaría encima de ti.

Eso es lo que esperaba, pero por supuesto no se lo digo a Jacob ahora. Pero él recibe una mirada de desaprobación por sugerir que yo podría haber dicho algo equivocado.

—Sí, te equivocaste —le digo—. Hannes obviamente no es ese tipo de hombre, lo cual es bueno. Quiere algo serio y tomarse las cosas con calma. Lo que también me favorece. También dijo que estaba cansado por el vuelo. Para ser sincera, yo tampoco estoy de humor para medias tintas, ya me entiendes —muevo las cejas y Jacob sonrío.

—¿Dijo que quería ir despacio?

—No, pero puedo decir que le gusto. Se siente abrumado por mí. Esas fueron sus palabras. Porque soy tan fuerte y segura de mí misma.

Jacob gime.

—¿Qué? —quiero saber.

—Es un idiota después de todo.

—¿Por qué dices eso? No todo el mundo se folla todo lo que no está a la altura.

Las comisuras de sus labios se crispan brevemente. Era una forma bastante drástica de decirlo.

—Lo siento —le mando después.

Él asiente.

—No pasa nada. Es solo que... parecía sentir bastante deseo por ti. Y aunque quieras una relación, sigues como loca por la otra persona. Pero puedo imaginar...

Hace una pausa.

—¿Qué?

—Bueno...

—¡Vaya! Ahora dime.

Cierra su puerta y señala la mía.

—Primero me cuentas exactamente cómo ha ido la noche. Y luego te daré mi opinión.

En mi sofá, Jacob escucha pacientemente mientras le cuento cómo puse en práctica lo que me recomendó. Con qué seguridad dominé mi pedido, cómo le conté a Hannes mi gran semana.

—Estuve bien —le explico—. La Tina perfecta.

Jacob asiente.

—Eso parece, y probablemente ése sea el problema.

—¿Por qué?

—Probablemente le intimidas. Confiar es bueno, pero no demasiado, por favor.

—Genial, ¿y eso lo deduces de lo que te he dicho?

—Sí, por desgracia.

Aprieto las piernas. A pesar de la conclusión de Jacob, por fin vuelvo a sentirme normal después de esta semana. De alguna manera he echado de menos sentarme aquí y hablar con él.

—¡Vaya! —digo—. Te lo preguntaré otra vez, ¿de verdad sois tan complicados los hombres? ¿Cómo se supone que puedo hacer algo bien?

Jacob se acerca más.

—No pasa nada, Bizcochito. Podemos arreglarlo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Claro, os ayudaré, por supuesto.

—¿Cómo entonces?

—Cuidado. Por ahora está un poco intimidado. Pero eso se puede cambiar. Los hombres quieren ser el héroe de una mujer. Sí, quieren que una mujer sepa lo que quiere, pero ella tiene que despertar en ellos el instinto protector. Y mi idea es asegurarme de que Hannes pueda hacer de héroe para ti. ¿Estás lista para practicar?

—¿Practicar? ¿Qué quieres practicar? —quiero reírme, pero Jacob me mira serio.

—No es ninguna broma. Tengo una idea, Bizcochito. Así comerá de tu mano. Ya verás.

—Muy bien, entonces, adelante. ¿Cuál es el plan?

Capítulo 18

Dos Héroes

¿Cómo puedes involucrarte en una idea tan estúpida?

Estoy sentada con Hannes en un bar poco iluminado. Eso sería más sexy, dijo Jacob, y me dio algunos consejos para que Hannes no se sintiera “como una salchicha”. Esas fueron las palabras de Jacob. Eso incluye que yo le haga constantemente preguntas a Hannes sobre su importantísimo trabajo. Para que se sienta bien. ¿Y yo qué? Yo también quiero sentirme bien. ¿No hay una relación en la que ambos nos sintamos bien? ¿Y al mismo tiempo?

Me molesta un poco que Jacob incluso parece tener razón. Otra vez. Sí, fue divertido pasar por todo el asunto con él, una y otra vez. Pero ahora de repente parece completamente tonto.

Está bien. Así que aquí estamos, y estoy tratando de no dejar que mi mente divague todo el tiempo. Debo haber intimidado mucho a Hannes la última vez, porque literalmente florece mientras me cuenta lo difícil que es el caso que tiene entre manos en este momento. En Londres.

Sonríó cuando me cuenta con todo detalle cómo hizo números en una reunión en Londres e impresionó a todo el mundo. Es aburrido, pero asiento obedientemente, aparentando asombro, aunque todo parece más que agotador.

—¿Entiendes lo que he hecho ahí? —se ríe—. *Excelencia cuantitativa*: demasiado bueno, ¿no? —me mira expectante.

—Absolutamente, absolutamente —respondo, aunque no tengo ni idea de lo que quiere decir con eso, y de si estas dos palabras pueden realmente combinarse de esa manera. Pero a Hannes no parece importarle. Y afortunadamente él no parece darse cuenta. Está completamente en su elemento y sigue y sigue y sigue...

¿Por cuánto tiempo más? En este momento *me* siento más como una heroína. Una en cuanto a conocimientos jurídicos fingidos o algo así. Sonríó al pensarlo y Hannes cree que me entretengo con él.

—Divertido, ¿verdad?

—Oh sí, muy, muy divertido.

Podría roncar del aburrimiento.

Echo un vistazo al reloj. Es casi la hora.

Me río, eso siempre funciona, y me tomo el cóctel verde que le he dejado elegir a Hannes. También un consejo de Jacob. Parece que Hannes no se dio cuenta ayer de que no me gusta la menta. Pero, ¡qué demonios!

—¡Hola, cariño! —alguien pone su brazo alrededor de mis hombros desde atrás. Ya está—. ¿Puedo invitarte a una copa?

—¿Por favor? —juguetonamente indignada, me zafo del abrazo y miro directamente a los ojos azules de Jacob. Jacob...

—No, no hace falta —respondo secamente y me giro hacia Hannes, que

me mira perplejo.

—Vamos, cariño. ¿Qué quieres de él? —Jacob mira a Hannes con desprecio.

—Tómame una copa conmigo —me pregunta.

Como he practicado con Jacob, ahora miro a Hannes en busca de ayuda.

Se baja del taburete y se coloca frente a Jacob, los dos casi de la misma altura.

—Ha dicho *que no* —dice.

—No lo he oído —Jacob vuelve a rodearme con el brazo.

Hannes da un paso hacia Jacob.

—Vamos, no te des aires —Jacob sonríe desafiante.

Hannes aprieta los labios.

Jacob se gira hacia mí y Hannes respira hondo.

—Piérdete —dice.

—¿Es una amenaza? —Jacob se ríe.

—Sí, claro —Hannes le da un suave empujón.

—¿Quién se va a poner violento? De verdad.

Jacob vuelve a ponerse delante de Hannes, pero éste le empuja de nuevo, esta vez con más fuerza.

—¡Piérdete!

Jacob se tambalea hacia atrás y choca con un hombre alto y fuerte.

—¿Qué te pasa? —le grita el hombre, y le da un puñetazo. Justo en la cara. Vale, ese no era el plan. ¡Caray!

—Vamos. —Hannes me coge de la mano y tira de mí.

Miro a mi alrededor, pero todo lo que puedo ver es una refriega emergente.

¡Oh, no!

—¿Crees que ahora le dará una paliza? —pregunto. Espero que no.

—Espero que no —dice Hannes, y vuelvo a mirar a mi alrededor.

Pobre Jacob. Qué idea tan estúpida. ¡Una idea suya!

—¿Todo bien? —quiere saber Hannes cuando por fin estamos fuera.

—Sí, gracias por ayudarme —le digo, tal como Jacob me aconsejó. Ahora me siento muy mal. Debería volver a ver cómo está.

Pero Hannes me mira extrañado y se acerca.

—Claro, te ayudaré —se acerca más a mí. Su cara brilla.

¿Quiere besarme? Seguramente. La situación parece haberlo excitado mucho. Jacob tenía razón. La segura de sí misma Tina tuvo que convertirse en la indefensa Tina. Y yo sólo me adapto según sea necesario. Soy una mentirosa.

Sin embargo, esto no me excita en absoluto. Es una idea estúpida.

Empujo suavemente a Hannes lejos de mí.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Sí, ¿qué pasa?

No quiero besuquearme aquí mientras golpean a Jacob. Pero no puedo decírselo a Hannes.

—Lo siento, pero me duele la cabeza —una mentira más o menos no importa—. Es mejor si me voy a casa.

—Eso realmente te ha deprimido, ¿no? —Hannes me mira con simpatía y me aparta un mechón de pelo de la cara.

Y yo asiento con la cabeza.

—Sí, mucho, no te enfades conmigo.

—No, claro que no.

Estoy deseando salir de esta situación. Se suponía que iba a ser el héroe, ese era el plan... y sin embargo ahora mismo parece que todo ha salido mal.

Hannes me deja delante de mi puerta y yo tampoco le pido que suba. Todo esto ya ha durado demasiado. El paseo hasta el coche, su charla sobre cómo reprendió al tipo. Que esas cosas son tan importantes, bla, bla. Asiento con la cabeza y me despido de él con un beso en la mejilla cuando por fin aparcamos delante de mi piso.

—Descansa un poco —me dice—. Nos vemos mañana entonces, ¿sí?

—Claro.

Cuando por fin se ha ido, salgo corriendo por el pasillo.

En vez de ir a mi piso, llamo al timbre de Jacob. Me pregunto si ya habrá llegado. Espero que sí, y cuando abre la puerta, suspiro aliviada, pero me quedo boquiabierta.

—Hola —me dice.

Me tapo la boca con una mano.

—Tienes el ojo totalmente azul.

—Sí —refunfuña Jacob—. Me he dado cuenta. Pero no está tan mal.

—¿No está tan mal? —refunfuño—. Ha sido un desastre total. Un plan estúpido.

—Pero uno eficaz, aunque, ¿dónde está tu gran Hannes?

—Se ha ido. Porque estaba preocupada por tí.

—¿Por mí?

—Sí, imagínate. No me pareció exactamente estimulante ver a alguien dándote una paliza.

—Sí, ese tipo tenía un gancho de derecha realmente bueno.

—¡Genial!

—Sí, ¿verdad? Mírame a mí. Parezco un verdadero guerrero.

—Pareces un... —ahogo un insulto y suspiro—. Bueno, te da algo de atrevimiento —sonríe a medias.

—Eso es —dice Jacob, guiñándome un ojo y luego haciendo una mueca.

—Duele, ¿verdad? —pregunto.

—Sólo un poco.

—Oh, tío. Tú eres el verdadero héroe, de verdad. Me siento muy culpable. A pesar de que fue *tu* estúpida idea. Tan innecesaria —le doy un ligero puñetazo en el estómago y se estremece.

—¿Ahora también me vas a pegar a mí?

—No, héroe.

Me sonrío.

—¿Y estabas realmente preocupada por mí?

¿Qué se habrá creído? Quiero echarle los brazos al cuello porque me siento aliviada de que esté bien.

—Sí, lo estaba —le respondo—. ¿Puedo hacer algo bueno por ti?

Ladea la cabeza.

—Quería comer algo, pero no me apetecía cocinar...

—Entonces pediremos algo. Te invito. Ven conmigo. Y luego echaré un vistazo más de cerca al ojo.

—¿Para hacer qué?

—¿Enfriarlo?

—¿Con almohadillas refrigerantes hechas de galletas?

—Muy gracioso. Así que venga, vamos a pedir algo.

Me sigue a mi piso, pedimos una pizza y le doy a Jacob una almohadilla refrescante para el ojo. Cuando vuelve a poner mala cara, me remuerde la conciencia. Sí, estaba realmente preocupada.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—No es para tanto, Bizcochito. No me estoy muriendo, estoy bien.

A pesar de todo, se pone la almohadilla refrescante en el ojo.

Cuando suena el repartidor de pizza, me levanto de un salto.

—Yo pago —digo, abro la puerta y, efectivamente, ahí está el mismo repartidor que el día de Año Nuevo.

—Hola, nos volvemos a encontrar —dice.

—Efectivamente —refunfuño.

—¿Otra vez la pizza?

Jacob aparece detrás de mí. El repartidor de pizza abre mucho los ojos.

—¿Así que juntos esta vez?

—No, eso es todo para él —señalo a Jacob—. Es muy goloso. Adiós y buenas noches.

Sin mirar su cara de perplejidad ni esperar respuesta, le pongo dinero en la mano y cierro la puerta.

—Pobre hombre —dice Jacob—. ¿Qué se estará imaginando ahora?

—No podría importarnos menos. Seguro que está viviendo cosas más emocionantes en su vida. ¿Compartimos la pasta? —huelo el cuenco de aluminio.

—Huele delicioso.

—En realidad, a veces hay que decidirse, pero es bueno que estés contenta.

—Lo estoy —respondo exultante.

Jacob se ríe y lo deja todo en el salón mientras yo voy a por los platos. Es casi como hace unos días, comiendo y charlando juntos.

—Bueno, ¿qué película vamos a ver hoy? —pregunto mientras nos sentamos en el sofá—. Ah, tengo una que tienes que ver, y es...

—¿Qué tal *Diez Cosas que Odio de Ti*? —pregunta Jacob bruscamente, porque la película aparece como recomendación.

—¿Estás seguro? ¿La conoces?

—No, pero me gustaría, porque bueno, la lista...

—¿Crees que me he inspirado en ella? La película trata de algo completamente diferente.

—Entonces, ¿es buena?

—Sí, y me encanta Heath Ledger. Es una pena que esté muerto. Pero te pareces un poco a él.

—¿Es eso un cumplido?

—Sí, ciertamente lo es. Muy bien entonces, vamos a ver esta película.

Comemos, alternando pizza y pasta, y vemos la película. La última vez que la vi fue hace unos años, pero sigue siendo tan buena y divertida como la recordaba. Jacob se ríe en los mismos sitios que yo. Parece que a él también le gusta la película.

En un momento dado, Jacob se sienta más cerca de mí y yo me acurruco en sus brazos como si fuera algo completamente normal y natural. Tanto que no pienso en nada más, por ejemplo en Hannes y en lo que pasará después. Sólo quiero estar con Jacob en ese momento, sin importar lo que ocurra a nuestro alrededor. Aquí, en este sofá, estamos solos y puedo ser quien quiera ser.

Cuando termina la película, derramo una lágrima, lo que a Jacob le hace mucha gracia.

—¿Hay alguna película en este mundo que no te haga llorar? —me pregunta.

—Una película de terror —refunfuño.

Jacob se ríe.

—Probablemente llorarás de terror.

Es muy posible, pero me encojo de hombros. Nos miramos fijamente, hasta que Jacob se levanta de repente.

—Me voy a la cama. ¿Cuándo vuelve Hannes a Londres?

—Ni siquiera se lo he preguntado.

—Genial, Tina. Eso es lo que te enseñé. Si no le preguntaste, no se siente en control.

—Fui una buena estudiante.

—Así es —me levanto también, y una vez más estamos muy cerca. Mi corazón se acelera.

—Espero de verdad que ese Hannes sea lo que tú quieres que sea —dice Jacob con una mirada extraña en los ojos.

—Sí, ¿verdad?

Vuelve a inclinar la cabeza.

—Claro, si no tendré que volver a escuchar tu música de llanto en bucle continuo, y eso no lo soporto.

—Yo tampoco. A ver, estará bien...

Nos quedamos en silencio unos instantes.

—Te parece bien, ¿verdad? —pregunta entonces.

—Claro, totalmente, ¿y a tí?

¿Por qué pregunto eso?

—¿Yo? Bizcochito, claro, yo también soy feliz cuando tú eres feliz con otro hombre —me mira y lo que acaba de decir sólo se filtra lentamente.

—¿Eso te molesta? —pregunto en voz baja.

Niega con la cabeza.

—No, no más de lo que te molesta a ti lo que estoy haciendo en la habitación de al lado, ¿verdad?

Trago saliva.

—No me molesta, exactamente. Da igual —respiro hondo y desvío la mirada hacia otro lado—. ¿Crees que le gusto? ¿Que le gusto de verdad? Quiero decir, todo esto es mentira, ¿no?

—¿Crees que es mentira?

—Un poco. Estoy mostrando un lado de mí que no sé si realmente me pertenece. No es un buen comienzo para algo serio.

—Mucha gente hace un esfuerzo especial al principio y muestra su mejor cara. No me parece censurable.

—Como he dicho, creo que es mentira. Y ya sabes lo que dicen de mentir. Jacob frunce el ceño sin comprender.

—Bueno, si mientes una vez y así sucesivamente —me encojo de hombros porque en realidad no sé qué quiero decir.

—¿No besas a un mentiroso una vez? —Jacob sonrío.

—Tal vez —le sonrío. Esos ojos—. Nunca te he mentado antes.

No sé por qué estoy diciendo eso ahora. Pero es verdad.

—¿Lo has hecho?

—Vale, pero me molesta lo que has dicho al lado, lo de la canción, pero... no sé lo que intento decir. De todas formas, nunca te he mentado.

—Tampoco quieres besarme.

¿Es una pregunta? Miro a Jacob directamente a los ojos.

—Exacto, no quiero —digo tímidamente.

—Entonces, ¿por qué te molesta esta canción?

—Porque, porque podría...

Jacob se acerca más.

—Quieres besarme, ¿verdad? —termina mi balbuceo y me levanta la barbilla.

Estamos tan cerca que las puntas de nuestras narices casi se tocan, hay una proximidad, un cosquilleo, y de repente nuestros labios se tocan. El corazón me late con fuerza y el calor me recorre todo el cuerpo. Dios, qué bien me siento. Es una locura.

Su beso es tan anhelante, urgente e íntimo. Es familiar, tan familiar. Y hermoso. Suspiro contra su boca y me hundo en este beso. Sí, puedo sentirlo tanto. Soy Walle, Valentina, Tina. Y eso es bueno.

Un ruido nos separa.

—¿Qué ha sido eso? —susurro.

—No lo sé. ¿El timbre?

Tiene razón. Vuelve a sonar.

—¿Quién será? —pregunto.

—Tina —Hannes llama a través de la puerta—. ¿Todavía estás despierta?

Son más de las doce. Miro a Jacob, que retrocede.

—¿Qué hace él aquí? ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—¿Me preguntas eso? —responde.

—Pero yo... si te ve aquí... —por reflejo, empujo a Jacob hacia el baño.

—Espera aquí —le digo.

—¿Hablas en serio?

—¡Shh! —no sé qué es exactamente lo que me hace entrar en pánico. O quizá sí. Hannes reconocerá a Jacob y... ¡qué fastidio!

—Espera un momento —grito, y sólo cuando me he asegurado de que no hay nada que indique la presencia de Jacob, cuando ya he tirado las cajas de pizza a la papelería, abro la puerta.

—Hola, siento molestarte tan tarde —Hannes sonríe—. Quería ver si estabas bien. Estaba preocupado después de tu rápida salida. Te llamé.

¿En serio? ¿Lo hizo?

—Estoy muy bien. Todo está bien —puedo oír por mí misma lo herida que sueno.

Hannes me rodea con sus brazos.

—No podía dejar de pensar en tí —se acerca más.

—Está bien... —quiero decir algo más, pero me besa.

Estoy demasiado sorprendida y ni siquiera sé cómo me siento al respecto.

Cuando se separa de mí, me mira.

—Eso es lo que me ha faltado todo este tiempo. Un beso. Y quiero decirte lo mucho que estoy disfrutando de mi tiempo contigo. Estaba nervioso la primera noche y... no importa. Pero tenía que hacerlo ahora.

Asiento, rozo mis labios. Tonterías. Una absoluta gilipollez.

Hannes me sonríe cariñosamente. ¿Qué le digo ahora? ¿Quiere que le invite a entrar? Seguro que no. ¡Caramba! Soy tan mala. Esto es lo que quería, ¿no?

—Sí —digo y respiro hondo.

—Por el beso ha merecido la pena venir aquí —me susurra al oído y vuelve a besarme. Esta vez más corto—. Por cierto, he decidido quedarme más tiempo. Tengo unos días libres. Quería pasarlos en Londres pero ahora prefiero quedarme aquí. Por ti. ¿Te veré mañana?

—Sí, por supuesto —respondo apresuradamente, pues no tengo valor para rechazarle ahora mismo. ¿Es eso lo que quiero?

—Pues que duermas bien, mujer maravillosa.

—Tú también —le digo y cierro la puerta tras él. Me quedo ahí un momento, sin saber qué hacer con mis sentimientos, sobre todo cuando Jacob sale del baño. A juzgar por su cara, no se ha perdido nada de lo que acaba de pasar.

—Ha sido inesperado —digo, y él asiente.

—Se podría decir que sí.

Nos miramos.

—Bueno, entonces me voy. Hannes te espera mañana.

La forma en que lo dice me produce una punzada.

—Lo siento —murmuro—. No sabía que iba a venir y que íbamos a...

Jacob levanta las manos en señal de defensa.

—No pasa nada. No pasa nada, no te preocupes.

Pasa por mi lado.

—¿Jacob? —me quedo con la boca abierta. No sé qué decir.

Levanta la mano y al momento sale por la puerta.

Vaya, ¿qué ha sido eso? Miro hacia la puerta cerrada y soy incapaz de ordenar todo lo que tengo dentro. Ahí está Tina, que parece conseguir lo que quiere. Pero Walle no consigue recomponerse.

Capítulo 19

¡Ese Maldito Pony!

¿Puedes volverte loca por pensar demasiado?

Si es así, voy por buen camino. Estoy tumbada en la cama y casi me vuelvo loca. Tengo que hablar con Jacob. No, probablemente estoy exagerando. ¿Pero de verdad está todo bien entre nosotros? Al menos dijo que lo estábamos, pero la expresión de su cara no decía lo mismo. Está todo tan revuelto. ¿Qué ha pasado? Nos besamos. Pero él dijo que todo estaba bien. ¿Pero está todo realmente bien? ¿*Todo* bien? Cuando los hombres dicen que todo está bien, entonces todo está bien, ¿no? No se siente así. ¿Qué es lo que siento? No lo sé.

Suena mi despertador e interrumpe mis confusos pensamientos. Tengo que ir a trabajar. Lo cual quizá sea bueno, porque *todo* está bien, ¿no? Quizá esta tarde vea las cosas con más claridad. Al menos eso espero.

La verdad es que el trabajo me distrae. Tengo mucho que hacer y trato de concentrarme en ello. Pero cuando estoy de camino a casa, horas más tarde, otros pensamientos empiezan de repente a arremolinarse en mi cabeza. Como si hubieran estado esperando su oportunidad mientras yo estaba ocupada con otras cosas durante el día.

No ayuda, tengo que hablar con Jacob. Hoy. Definitivamente antes de reunirme con Hannes. Pero *no* hoy. Le he dicho que ya tengo una cita con Caro y estoy deseando que llegue. Necesito hablar con ella. Sobre cómo sigo pensando en la forma en que Jacob me miró cuando salió de mi piso anoche. ¿Hay algo entre nosotros? ¿O el beso fue sólo un accidente? De ninguna manera voy a dejar que eso arruine todo. Quiero a Jacob en mi vida, al menos como amigo.

Una vez que volvamos a la normalidad entre nosotros, estoy segura de que el resto también se normalizará. Entonces volveremos a tener tardes de sofá en las que compartirá su sabiduría conmigo y me ayudará, con Hannes o, si las cosas van mal con Hannes, con otros hombres. La idea de tener a Jacob siempre cerca me acelera el corazón.

¿Y si el beso tuviera un significado más para él?

Sí, ¿entonces qué?

No quiero perder tiempo, así que llamo a Jacob inmediatamente. Mi corazón late como loco. Es una locura. Por desgracia no abre la puerta y mi euforia se desvanece. Escucho brevemente en la puerta, pero no oigo a ningún obrero más. Quizás sea mejor así. Será mejor que lo consulte con la almohada una noche más y piense qué voy a hacer. ¿Qué me aconsejaría Jacob? Es curioso que esté pensando en eso ahora. Pero desgraciadamente no puedo preguntárselo. Tendré que resolverlo yo misma.

Aún queda tiempo para mi cita con Caro y estoy tumbada en el sofá como una zombi viendo la tele. Escucho para ver si Jacob vuelve, pero en algún momento me quedo dormida...

Pum, pum, pum. Una música a todo volumen me saca del sueño.

¿Qué demonios?

Mi corazón se detiene y se siente como una piedra. Y el resto de mí también se petrifica, mientras *Pony* de Ginuwine vibra en mi piso.

Esta terrible canción. La odio y odio lo que provoca en mí.

Vuelven a sonar los conocidos pisotones y gemidos. Me tumbo inmóvil en el sofá y lo escucho todo. No puede ser verdad. Jacob está ahí, está ahí de verdad y... No, no quiero ni imaginármelo. ¡Qué imbécil! Me besa, me mira así. Todavía me pregunto si hay algo entre nosotros. Realmente soy así de estúpida.

Me entra rabia, rabia contra mí misma por preocuparme tanto por él.

Realmente soy tan idiota. ¡Una estúpida!

Casi hace que me guste. Casi, muy casi. Pero tal vez fue su estrategia para que le dejara vivir aquí. Todavía hay algo de su comida en la nevera. No quiero comer más de su comida. Voy a tirarlo todo. Voy a tirarlo *todo* y, sobre todo, el sentimiento que tenía.

¡Fuera de aquí! Tengo que salir de aquí. Me meto en el dormitorio y me cambio de ropa. El bajo sigue retumbando sin cesar. ¿Habrá un bis?

Cuando por fin para la música, hago una pausa. El corazón me late con fuerza.

No importa, no tiene por qué importarme.

Como en trance, me pongo la chaqueta y los zapatos. Cuando por fin me pongo el bolso y abro la puerta, me doy cuenta de que todo lo que he estado pensando no tiene sentido. Sobre Jacob y yo. Tonterías.

Cuando salgo por la puerta, intento no mirar. Después de todo, no hay nada que ver. Excepto lo que está pasando en mi mente: yo destrozando la nueva puerta de Jacob con un hacha. ¿No es esto una emergencia aún mayor que una tubería rota?

Antes de que pueda terminar ese pensamiento, la puerta de Jacob se abre. Aparece una joven delgada de pelo castaño, Jacob detrás de ella, sonriéndole sudorosamente.

¡Vómito!

—¡Ha sido genial, JBB! —susurra—. Nos vemos la próxima vez. Y entonces lo haremos mejor.

Al pronunciar las últimas palabras, un sonido extraño sale de mis labios, una risa o una carcajada, no lo sé. En cualquier caso, no suena especialmente elegante.

—Siempre encantado de volver a hacerlo —responde Jacob.

Doble vómito.

Hago otro ruido menos elegante y los dos se vuelven hacia mí.

—¡Eh, Bizcochito! ¿Está todo bien? —Jacob sacude los brazos y me mira desafiante.

¿Lo dice en serio? ¿Ha sido a propósito?

—Una más —digo y ambos me miran interrogantes.

—¿Qué le pasa? —pregunta la mujer.

Sí, ¿qué pasa? No sé, ¿una rabieta silenciosa tal vez? De todos modos, no digo nada.

—¿De verdad está todo bien? —Jacob frunce el ceño y me escruta atentamente.

—Sí, claro, *todo* está bien. ¿Qué te pasa a tí?

—Parece que te ha picado un piojo.

—Un piojo no, Jacob, un poni. Un poni ruidoso y una bala, bastante estúpida.

Vuelve a fruncir el ceño, igual que la mujer. Sí, claro que no entiende nada.

—¿Un poni? ¿Una bala? —la mujer mira a un lado y a otro entre nosotros, irritada.

Niego enérgicamente con la cabeza.

—Sí, o mejor dicho, no un poni para Walle. Pero sea como sea. Me da igual. Aunque es un poco inapropiado, ¿no?

—¿Inapropiado?

—Ayer me miraste como, no sé, como si hubiera algo en mí. Oh, olvídalo. Y luego, ipiénsalo!

Jacob se ríe.

Al menos su compañera de juegos por fin se aparta.

—¿Quieres decir por la canción? —pregunta cuando ella está fuera del alcance del oído—. ¿Y cuál es tu problema?

Parece más serio con las últimas palabras. ¿Se está haciendo el tonto a propósito?

—El problema es...

Sí, ¿cuál es el problema?

—¿Estás celosa?

¿De verdad pregunta eso ahora?

—Debes estar soñando con ello. Sólo siento pena por las pobres mujeres.

—¿Te dan pena las pobres mujeres?

—Sí, porque pensaba que eras diferente. Pero bueno, ¡gran timo!

—¿Qué timo entonces? ¿Te refieres a esa en la que te haces pasar por otra persona? Porque sinceramente, yo no hago ese truco, lo haces *tú*. ¡Mentirosa!

¿De verdad acaba de decir eso?

—¿Entonces por qué me ayudaste?

—Porque tenía buenas intenciones. Ya estabas atrapada en tu mentira. No sabía que tú...

—¿Que yo era qué? ¿Que soy un bizcocho? ¿Que soy una vaga? —resoplo cuando no me contesta nada, sólo me mira enfadado—. Diviértete —le digo—. ¡Y déjame en paz!

Demasiado para quererlo en mi vida de alguna manera.

Capítulo 20

Hay Dos Agujeros

Mi corazón sigue acelerado cuando llego al bar. Ese idiota, ¿qué se cree que está haciendo? ¿Cómo puede llamarme mentirosa?

Caro ya me está esperando en una mesa en la esquina más alejada del bar.

—Eh, ¿estás bien? —me pregunta inmediatamente—. Pareces muy alterada.

Me dejo caer en la silla de enfrente.

—*Estoy* disgustada, muy disgustada —le hago señas al camarero porque necesito algo de beber rápidamente. Pido una cerveza y un tequila sunrise.

—De verdad que lo necesito ahora —le explico a Caro, que ya tiene un vaso de vino blanco delante.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—A Berthold se le ha ido. Está, ya sabes. Hoy se ha vuelto a retomar.

—No, no sé nada. ¿Qué le pasa?

—Escucha música demasiado alta, si sabes a lo que me refiero.

Ella asiente.

—Vale, lo entiendo. ¿Y cuál es el problema?

—El problema es que él, no sé.

Viene el camarero y me deja las bebidas.

—Diviértete —dice, y yo pongo los ojos en blanco.

—Oye, ahora en serio, claro que está saliendo y divirtiéndose siendo, bueno ya sabes, físico. Pero, ¿a ti qué te importa?

Doy un sorbo a mi cerveza, luego al cóctel y siento el calor en el estómago. Sí, el alcohol no es la respuesta, o al menos no debería serlo, pero necesito satisfacer esta desagradable sensación en el estómago de alguna manera.

—No me importa —digo—. Simplemente no tiene que hacerlo tan obvio.

—Siempre lo ha hecho —me sonríe desafiante.

¿Qué espera oír de mí?

—Dime, ¿Tina no bebe vino? —se burla, y yo la miro mal. ¿Es que no entiende la gravedad de la situación?

—Sí, y ahora bebe cerveza —refunfuño.

—Bueno, la verdad es que no entiendo por qué estás tan enfadada con Jacob. Te ayudó con Hannes, todo salió bien, Hannes incluso se adelantó gracias a ti. ¿Por qué te vuelves tan loca ahora? Quiero decir, vienes aquí y estás completamente fuera de ti, ¿por qué?

—No estoy volviéndome loca —contradigo y bebo otro sorbo.

Caro me escruta.

—Obviamente lo estás —me mira a los ojos y se tapa la boca con la mano.
—¡No! Te gusta, ¿verdad? ¿Jacob?

—No, no me gusta. No se trata de él.

Ella se ríe.

—¿De qué se trata? ¿De que escuche música demasiado alta?

—No lo sé. Gruño.

Caro es mi mejor amiga. Suelo contárselo todo. Una perspectiva diferente nunca viene mal. A lo mejor ella ve algo que yo no veo.

Le cuento lo del beso con Jacob, que lo escondí en el baño cuando Hannes entró de improviso. Cada palabra que digo suena más y más loca. Cuando termino, suspira y bebe el último sorbo de vino.

—Te has metido en algo —se rasca la cabeza, probablemente zumbando como la mía ahora.

—Sí, me doy cuenta. Esto es una gran putada. Lo he hecho todo mal. ¿Cómo pude liarme con ese culo y además pensar que significaba algo para él? Lo complicó todo.

—Sinceramente, no creo que haya nada complicado.

—¿Qué?

—No, para mí es obvio. No está realmente chispeando con Hannes, ¿verdad?

—Sí, no, no lo sé. De alguna manera sí. Pero, ¿qué pasa si todo sale mal? ¿Si Hannes se da cuenta de que no soy como Tina en absoluto, sino Walle y todo eso? Debo ser honesta. A lo mejor a él también le gusta Walle, como a Jacob.

Agito la copa de cóctel.

—Sólo Jacob tiene la culpa de que esté tan confundida. Ha estado jugando conmigo. Si hubiera algo, no estaría con otra —me sacudo.

—Bueno, te estabas enrollando con Hannes mientras Jacob tenía que escuchar en la otra habitación. Seguro que se siente cargado —se ríe—, porque como que lo rechazaste, ¿sabes?

—Sí, sigue sin ayudar.

Caro ahora me mira con simpatía.

—Tienes razón. Eso no significa que tenga que volver a actuar como un poni. Eso está muy mal —suspira y frunce los labios, como hace siempre que está pensando—. Muéstrale a Hannes cómo eres realmente. Sé tú misma. Y o funciona o no. Entonces sigue buscando al hombre de tus sueños. Alguien a quien le gusten tus rarezas. Pero no tiene sentido así.

—Sí, tal vez —suspiro con ganas—. Es curioso, yo no tuve que fingir con Jacob, de todas las personas. Tampoco ayudó —me invade una oleada de celos. La contrarresto con una cerveza y la bebo con el cóctel.

No me corresponde sentir celos. Caro tiene razón, tengo que calmarme, estoy perdiendo la cabeza.

—Lo siento, estoy un poco confundida. No pasa nada. ¿Y Pepe?

A Caro se le ilumina la cara.

—Muy bien, ahora estamos juntos, oficialmente. Tenemos que hacer algo juntos alguna vez para que lo conozcas. ¿Qué te parece?

—Claro, sin duda. Me alegro mucho por ti.

—Gracias.

—Bueno, ¿quién lo hubiera imaginado?

Caro se ríe.

—Sí, completamente inesperado, pero estoy muy contenta. Me siento cómoda con él. Eso es muy importante.

—Lo es —estoy de acuerdo y me doy cuenta de cómo me duele el corazón. Me sentía a gusto con Jacob. Una ilusión. Soy muy intensa.

Me he terminado la cerveza y no queda mucho en el vaso de cóctel, así que pido más.

Caro me mira.

—Ya sabes lo que pasa aquí. Estás enamorada de Jacob. Y punto.

—Sí, ¿y qué gano yo con darme cuenta de esto si los sentimientos son unilaterales?

—Ni idea.

—¿Qué hago ahora? Hannes es genial, maravilloso, ya sabes. Y Jacob es Jacob. Él es sólo un jugador y no está interesado en mí.

—¿Cómo sabes eso? ¿Por esa estúpida canción? No están juntos. Todavía no.

—Si él quisiera algo, se comportaría de manera diferente. Incluso si hubiera esperado que hubiera algo más entre nosotros, hoy ha muerto. Con Ginuwine.

—¿Y si hablas con él?

—Ciertamente no. Nunca. Sólo la idea de lo que estaba tramando —me estremezco.

—Pero tampoco está bien seguir especulando. Quizá haya una explicación inofensiva.

—El propio Jacob admitió lo que pasaba en la canción. Y yo vi a la mujer. No había nada que malinterpretar. Pero tal vez sea mejor así. Un último empujón en la dirección de Hannes. Sólo tengo que mostrarle cómo soy realmente.

—Si tú lo dices.

—Sí, eso es lo que quiero decir. No voy a dejar a un abogado de primera y al hombre de mis sueños sólo porque me picaron las bragas cuando el ligón Jacob fue amable conmigo durante cinco minutos antes de hacer feliz a la siguiente.

—Entonces sabes lo que quieres: Hannes.

Asiento con la cabeza.

—Sí, quiero a Hannes. Así es y así va a seguir siendo. ¡Salud!

Me alegro de haber cogido el taxi. Caro se despide de mí con un abrazo y yo me compongo para que no se dé cuenta de que estoy tan borracha como lo estoy. ¿Cómo es posible? Sólo me he tomado tres cervezas y dos cócteles.

¡Justo! Muy gracioso. Y tampoco comí mucho. Todavía hay algo de la

comida de Jacob en la heladera de casa. Voy a tirar eso a la basura de inmediato. No necesito más de él.

Milagrosamente, consigo abrir la puerta principal. La cierro de golpe y subo las escaleras tambaleándome.

Espero poder abrir la cerradura de la puerta del piso con la misma rapidez.

¡Mierda! Hay dos agujeros. ¿En cuál debería entrar la llave?

Tengo sed, necesito agua, mi cama, el retrete... tío, soy Walle otra vez. Todo es culpa de Walle. ¿Hannes me encontraría caliente en este estado?

—¿Te ayudo?

Me doy la vuelta y hago una pirueta extra. Al menos no me caigo. Jacob está en la puerta. No, hay dos Jacobs. ¿Cuál es el del poni?

—No, ya me las arreglaré —le digo—. No quiero nada de ti, nada en absoluto.

Dile que se vaya. No quiero hablar con él.

—¿Estás borracha? —se acerca a mí—. ¿Walle?

—No soy Walle, soy Tina. Y sí, puede que me haya tomado dos o tres cervezas y no haya comido lo suficiente. Eso se hace notar. Pero yo no lo llamaría borracha.

—No, claro que no —se ríe suavemente—. Oh tía, vamos, te ayudaré.

De repente tiene mi llave en la mano. Menos de cinco segundos después, mi puerta está abierta.

—Gracias, ya puedes irte —le digo y le miro. No es fácil sostenerle la mirada.

—Estás muy enfadada conmigo.

¿Es una pregunta?

Levanto las cejas fingiendo sorpresa, al menos eso espero. De alguna manera, mi cara ya no me obedece.

—¿Enfadado? No, ¿por qué iba a estarlo?

—Sí, sinceramente yo también me lo pregunto. Pero de todos modos, probablemente sea inútil discutir contigo ahora mismo. Ven aquí.

Me coge en brazos, no, me levanta.

—Ahhh, ¿qué estás haciendo?

—Te llevo al piso y a la cama.

Entra, atraviesa mi piso directo a mi dormitorio.

—Bájame, en serio. Puedo hacerlo sola.

Al momento siguiente estoy tumbada en mi cama. Qué bonito. Qué acogedora. El colchón debajo de mí es suave.

—Ya está, te he acostado. Te traeré un poco de agua y luego deberías irte a dormir.

—Dormiré cuando quiera —grito mientras sale de la habitación.

¿Qué se cree que está haciendo?

Pero no soy capaz de levantarme, me pesa el cuerpo.

—Toma un poco de agua —me tiende un vaso—. ¿Dónde está tu móvil?

—¿Eh? —señalo mi bolso, que está tirado en el suelo.

Saca mi móvil y se acerca a mí.

—Si te sientes mal, llámame —me dice.

Pling.

Debe de haber llegado un mensaje, y Jacob lo lee sin reparos.

—Dame mi móvil —le exijo—. ¿De quién es? ¿Es de Hannes?

—No deberías mandar mensajes a nadie en tu estado.

—¿Y a ti qué te importa? —murmuro, y él deja el móvil en la mesilla de noche. Luego se sienta a mi lado en la cama y me coge de la mano.

Quiero protestar, pero no lo hago.

—Duérmete ya, Bizcochito, y ya veremos mañana, ¿vale? Creo que deberíamos hablar.

—¿Hablar? ¿Sobre qué?

—De todo —se limita a decir y sigue cogiéndome de la mano. Me siento tan bien que me doy cuenta de que me está entrando sueño y, sin más, me duermo.

Me despierto por la noche y tengo la sensación de estar desconectada del tiempo y del espacio. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? Me doy la vuelta en la cama, tanteo a mi lado, pero no hay nadie. ¿Ha sido todo un sueño? Estoy segura de que sí.

Capítulo 21

No Acepto Productos Fabricados en Serie

Dios mío, voy a morir. Seguro que sí.

Abro con cuidado un ojo, luego el otro. Mi cuerpo se siente bien, un poco débil tal vez, pero podría ser peor. Pero mi cabeza...

¿Por qué tuve que beber ayer también? Voy a tomarme el día libre. No hay manera de que pueda ir a trabajar así.

¡Jacob! Me ha metido en la cama. Todavía llevo la ropa de anoche. Aparentemente no pasó nada más. Pero ha estado aquí. Estoy segura.

—Todo esto es una estupidez —murmuro y cojo el móvil. Caro me ha enviado varios mensajes.

Ponte en contacto cuando estés despierta. ¿Y has llegado bien a casa?

Le respondo:

—He llegado a casa, lo siento tanto. Yo... soy una estúpida. Gracias por aguantarme.

Inmediatamente aparecen dos marcas azules y Caro me llama directamente.

—Estaba muy preocupada —dice.

Me levanto despacio. Vale, el dolor de cabeza está mejorando. Eso ya es algo. Necesito café. Por supuesto.

—Siento mucho mi forma de ser. Estaba de mal humor.

Se ríe.

—¿Leíste mis mensajes?

—Claro, si no, no te habría escrito.

—Bueno, lo decía en serio, deberías pensar en tus sentimientos por Jacob. No importa lo que él sienta por ti, deberías darte cuenta de tus sentimientos primero.

—¡Oh no! —pongo a Caro en altavoz y miro sus mensajes.

—¿Qué? —pregunta Caro.

—Me escribiste sobre Jacob. Jacob vio el mensaje...

—¿Cómo puede ser?

—Anoche me llevó a la cama. Yo estaba fuera de la puerta y no podía meter la llave en la cerradura. Me cargó y luego dijo que debíamos hablar. Tenía mi móvil cuando recibió tu mensaje.

—Si realmente leyó el mensaje, no es gran cosa. Entonces sí que puedes hablar.

—No volveré a salir, no volveré a hablar con él y...

—Sí lo harás, estoy segura de que lo harás.

Enciendo la cafetera y suena el timbre.

Me dirijo en silencio a la puerta y miro por la mirilla. Es Jacob, tiene algo en la mano.

—Jacob está en la puerta —susurro.

—¡Pues ábrele!

—No, voy a fingir que no estoy aquí.

—Walle, te escucho —grita Jacob—, abre.

¡Mierda!

Suspiro en el teléfono.

—Vale, lo solucionaré. Cuelgo y nos vemos luego, ¿vale?

—Vale, hasta luego —dice Caro.

Abro la puerta después de colgar.

—Buenos días, ¿te encuentras mejor? Te he preparado café.

Mi corazón se calienta de inmediato. Caray, soy fácil de arrullar.

—Gracias, no hace falta.

—Ayer no estabas de buen humor —dice.

—No, la verdad es que no, pero fue por el trabajo y tantas otras cosas. Entonces lo entendiste. Lo siento —de ninguna manera voy a admitir otra vez lo que realmente me molestó.

—Pensé que te molestaba la música.

Cruzo los brazos.

—No, depende de ti lo que hagas. Sólo eres un jugador. Sólo me sorprendió porque...

—¿Porque qué?

Me encojo de hombros.

—¿Qué piensas del deporte? Ahora mismo. Quiero enseñarte algo.

Me río a carcajadas.

—No, definitivamente hoy no voy a hacer nada de deporte. Me duele la cabeza. No, ni hablar. Quiero estar sola, si te parece bien. He quedado con Hannes esta noche. Quiero volver a estar en forma.

Eso no es cierto, por supuesto, pero voy a llamar a Hannes de inmediato para hacerlo realidad.

—El deporte te pone en forma. Tina lo haría, ¿no? —me sonrío irónicamente.

—No lo sé.

—Puedes participar o simplemente mirar. Como quieras. Piénsatelo, pero definitivamente deberías ir. ¿Entonces?

—¿Es un castigo?

—No, pero tal vez una iluminación.

—Es hora de mostrarle a Hannes mi verdadero yo. Tina está en un descanso. Así que voy a pasar de los deportes.

—¿No te esfuerzas más por Hannes?

—Sí, por supuesto que lo hago. ¿Qué te hace pensar eso? Conquistar a Hannes era el plan desde el principio.

—Los planes pueden cambiar. Pensé que podrías cambiar de opinión.

—¿Crees que organizo todo esto por Hannes y luego le doy la espalda? ¿Por ti? —me río—. Puede que me hayas confundido por un momento, pero Hannes es el hombre de mis sueños. Al menos podría serlo. No voy a estropearlo... por tu culpa.

—¿Ni siquiera quieres hablar de ello en paz? —Jacob parece como si realmente quisiera.

—Quería hablar contigo —le explico—. Pero ayer tuviste visita. Puedes follarte a quien quieras, por supuesto. Pero no creas *que yo* soy una de esas personas. Sólo de pensar en volver a besarte después de lo de ayer... —me estremezco.

Jacob parece un perro apaleado. ¿Qué esperaba?

—Sencillo —dice y asiente—. Me tienes calado. Por supuesto, no puedo superar eso.

Suspiro.

—¡Adiós, Jacob! Y gracias.

Le quito la taza de café de la mano y cierro la puerta.

Eso es todo por ahora. Dentro de unos días, o semanas, volveremos a la normalidad entre nosotros. Definitivamente es mejor así.

Me paso media mañana en la bañera.

Hannes ha dicho inmediatamente que sí para la noche. El cine está en la agenda. No hay mucho que pueda hacer mal. Le he propuesto ver una película de terror para poder acurrucarme a su lado. Un primer paso para mostrarle mi verdadero yo. Tendré que hacerlo poco a poco, he decidido.

No oigo nada desde la puerta de al lado. Ni ruidos, ni música. Con suerte Jacob estará haciendo deporte todo el día. No tengo muchas ganas de encontrármelo hoy.

Me dirijo a mi cita con Hannes en vaqueros ajustados y un jersey holgado con una chaqueta de plumón. A él no parece importarle este atuendo, aunque se parece más a Walle. Es una buena señal.

La película es aburrida, pero me acurruco en los brazos de Hannes y escondo la cara en su hombro cuando me da demasiado miedo. Parece que le gusta.

No sé por qué lo hago, pero pongo una foto de los dos sosteniendo una bolsa de palomitas en mi estado.

Si revienta, revienta, escribo debajo.

Probablemente a Jacob se le habría ocurrido algo más gracioso, pero yo puedo hacerlo sola. ¿Le molesta? ¿Mira siquiera mi estado?

Sí, me doy cuenta después del cine, y mi corazón late un poco más rápido.

—Ha sido una noche estupenda —dice Hannes mientras caminamos por la calle, cogidos de la mano—. Pero estás muy callada. ¿Una semana dura?

—Sí, exactamente. Mucho que hacer, mucho en qué pensar. No siempre se puede estar de buen humor.

Se detiene y me toma en sus brazos.

—Oh, no me importaría que estuvieras de buen humor. Después de todo, así es como te conocí.

¡Genial! Quiere a Tina. ¿Por qué me sorprende? Después de todo, iba a por

ella.

—¿Vamos a tu casa? —me susurra al oído.

Debería decir *que sí*. ¿Por qué no lo hago?

—De verdad, estoy hecha polvo. Tal vez mañana...

O pasado mañana, la semana que viene. Cuando esté segura.

Hannes suspira.

—Por desgracia, mañana tengo que volver a Londres. Hay dificultades. Empieza el juicio. Pero volveré a finales de enero.

—Es una pena.

—Sí, pero tu vida también es emocionante. Lo entiendes, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Qué te parece si concertamos una cita en cuanto vuelva? Planearé algo especial. También para después.

Estoy indecisa. ¿Esperar hasta finales de enero y confiar en que entonces sabré qué hacer? Eso podría ser bueno o malo. De momento, estoy demasiado insegura. Hasta entonces, tengo mucho tiempo para pensar en cómo puedo gustarle. A mí. Walle. Tal vez Jacob me ayude. Quizá en unos días volvamos a hablar normalmente. ¿A quién quiero engañar? Pasarán meses antes de que pueda volver a ser normal con Jacob.

No debería estar pensando en él ahora. Hannes es quien me invita a salir.

—Me parece estupendo —digo y dejo que Hannes me bese.

Me paso el resto de la semana escondida, yendo a trabajar y volviendo a escondidas a mi piso. Ni siquiera estoy segura de que Jacob esté allí. No veo ni oigo nada de él.

Por un lado lo siento, por otro estoy aliviada. Me entristece algo que era una simple ilusión. No había nada entre nosotros. Yo sólo era un número más en su lista, su vecina por casualidad. Jacob aprovecha cada oportunidad que se le presenta. No puedo lidiar con eso.

Hannes y yo charlamos a menudo, casi siempre inofensivamente, pero de vez en cuando la cosa se calienta. Ahora estoy deseando que llegue nuestra cita. Incluso suelo publicar fotos en mi estado que él me envía. O selfies con Caro o simplemente fotos mías a solas. La estrategia de Jacob. Le muestro que no necesito estar enfadada con él. Mi vida continúa.

—¿Estás segura de que se supone que es Hannes? —me pregunta Caro en un momento dado.

—Sí, parece perfecto. Pero esperaré a la cita. Después de todo, no es una promesa de matrimonio.

Ella no oculta su escepticismo, pero he tomado una decisión. Hannes tendrá una oportunidad.

Dos semanas más tarde, Jacob llega a casa cuando estoy a punto de salir.

—Hola —le digo, esperanzada.

Se limita a refunfuñar.

—¿Qué pasa? —le pregunto, aunque no debería entrar en detalles.

—¿No lo adivinas?

—No, ayúdame. ¿Estás enfadado conmigo?

Resopla.

—No, con qué. Estás haciendo lo que dijiste que harías. Y este idiota parece estar cayendo en la trampa.

—¿Qué tienes contra él? Hannes es genial. Es el hombre de mis sueños. Tú eres el idiota porque pones esa canción durante el sexo. Es asqueroso.

—Debes estar celosa.

—¿Celos? No acepto lo producido en masa. Me gusta lo exclusivo.

—Oh, ¿así que Hannes todavía es virgen? No, claro que no. ¿Dónde está de todos modos? ¿Es bueno?

—No es asunto tuyo, pero él no necesita arrastrarme a la cama de inmediato. Se está tomando su tiempo. Y está de vuelta en Londres. Pero me va a invitar a una cita romántica cuando vuelva.

—Apuesto a que podría invitarte a cualquier sitio con tal de meterse en la cama contigo después. Eso es lo que quieres, ¿no?

—Vamos a *Oasess*. Y lo que hagamos después no depende de ti.

Vuelve a resoplar.

—Parece que no te importa si le gustas a un hombre por tu propio bien. Mientras sea cualquier hombre.

—Lo dice el Sr. Poni. Jaja!

Jacob empuja su puerta y la cierra tras de sí.

Bueno, yo también puedo hacer eso con mi puerta.

¡Idiota!

Esta canción. ¡Increíble! Ahora la toca todos los días. ¿Este tipo no tiene vergüenza? ¿De dónde saca todas las mujeres? Casi tengo que admirar su resistencia. Una mujer no sería suficiente para él de todos modos. Cómo podría pensar que él y yo... no. Nunca.

Casi parece como si Jacob estuviera tratando de provocarme. Él puede esperar mucho tiempo para eso.

Llevo auriculares casi todo el tiempo para bloquear la música. Cuando las cosas se pongan más serias entre Hannes y yo, me los quitaré. Entonces no tendré que volver a ver a Jacob.

Hannes me escribe mensajes cada vez más íntimos, incluso me dice lo que piensa hacer después de nuestra cita.

No quiero empezar las cosas con él con una mentira. Debería mostrarle más claramente cómo soy en realidad. Estoy segura de que le gusto como Walle. De adolescente, pasaba por alto a Walle, pero ahora somos adultos. Aprenderá a apreciar mis méritos. Entonces podría haberme ahorrado todos los problemas y el alboroto.

Pero, ¿y si no lo hace?

De ninguna manera voy a perderme una noche con él. Todo lo demás vendrá después.

Capítulo 22

El Día Walle-Tina

Apenas puedo esperar, ha llegado el gran día. Le doy a Caro un informe en directo de mi reflejo en el espejo de mi teléfono móvil.

—¿Qué llevas puesto? —pregunta—. ¿El vestidito negro de Nochevieja?

—No, el rojo oscuro y las botas.

—Me parece estupendo. Mándame una foto.

—Claro.

—¿Estás muy emocionada?

—Sí, tengo muchas ganas. Va a ser bonito, una cita de verdad.

—¿Qué ganas. ¿Y Jacob?

—¿Sr. Poni? —resoplo—. Hemos terminado. Fue una breve aberración. Ahora vuelvo a pensar con claridad.

—Genial. Entonces coge a Hannes.

—Eso pretendo.

Después de colgar, me miro un rato en el espejo. Hannes realmente no puede quejarse. Me veo muy bien. Me he soltado el pelo por una vez, parece menos severo. Hannes y yo vamos a tener una gran cita. Todo saldrá bien. Estoy segura de ello.

Finalmente salgo del piso. Hannes iba a recogerme. Pero no puedo arriesgarme. ¿Qué pasa si se encuentra con Jacob? En su lugar, sugiero que nos encontremos directamente en el restaurante. El taxi tiene que estar aquí en cualquier momento.

Acabo de cerrar la puerta principal cuando se abre la de Jacob.

Miro automáticamente. Todavía no me he acostumbrado a que ya ni siquiera discutamos en el pasillo.

—Hola —me dice, y decido no ser una zorra.

—Hola —le respondo, e inmediatamente quiero darme la vuelta. Seguro que es posible saludarse en el pasillo. Al menos nos llevamos bien una vez.

—Supongo que hoy es la cita —me dice.

—Eh, sí —incluso sonrío un poco.

—Tienes buen aspecto.

—Gracias.

—¿Vas a Oasess?

—¿Lo has memorizado?

—Sí, un poco atascado —hace una mueca.

—A ver cómo sale. Para ser sincera, no me gusta mucho la cocina francesa, pero encontraré algo.

—Seguro que sí. Y si pide caracoles, gracias a *Pretty Women*, ya sabes cómo funcionan esos bichitos.

Me río.

—¿Caracoles? Imposible. Sería una pesadilla —me sacudo—. Yo no me los

comería. Asquerosos.

—Yo tampoco me lo comería —me mira.

Por un momento, me resulta familiar de nuevo.

Jacob viene hacia mí. ¿Qué estará tramando?

—Tengo que irme —le explico, como si temiera que me impidiera marcharme.

Ahora está delante de mí y asiente con la cabeza.

Me doy la vuelta y me tuerzo el pie derecho. Maldito tacón.

Tropiezo un momento, pero Jacob reacciona en un santiamén y me sujeta con firmeza. Me toca la mano. Un momento, luego aún más.

Nos ponemos uno frente al otro y nos miramos directamente a los ojos.

—Siento cómo ha ido —me dice—. Creo que te mereces a alguien que te quiera por lo que eres. Y aunque no crea que tu Hannes sea tan genial, lo principal es que seas feliz.

—Vale —le respondo.

¿Vale? ¿Qué clase de respuesta es esa?

No me gusta nada que Jacob crea que tiene que darme su bendición, por así decirlo.

Nuestras manos siguen tocándose, pero ahora se la quito.

—Adiós —le digo y lo dejo ahí de pie.

Parece que nuestro beso no significó nada. Por suerte, no hice el ridículo ni le di más importancia. Por un momento me sentí confundida. Pero eso no tiene nada que ver con Hannes. Voy a concentrarme plenamente en él ahora.

El taxi se detiene frente al bar y respiro hondo. Lo pensé durante el trayecto. Merezco a alguien que me quiera por lo que soy. Eso dijo Jacob. Y tiene razón.

Salgo del coche y voy al restaurante. No sé qué me deparará la noche.

Hannes está sentado a la mesa y se levanta cuando me ve. Me besa en la mejilla a modo de saludo.

—Estás increíble —me dice, y yo sonrío.

—Gracias, ¿te parece?

Levanta la ceja derecha.

—Claro, ¿tienes alguna duda al respecto?

¡Caray! Esa frase no la diría Tina. Sonaba como Walle otra vez.

—No, para nada.

Me empuja la silla mientras me siento.

—Ya he pedido vino —dice.

Mmm, delicioso. No.

—En realidad, hoy no me apetece vino —hago otro intento, esta vez deliberadamente. En algún momento, tengo que mostrarle más de mi verdadero yo.

—¿No te apetece? —Hannes vuelve a sentarse.

—No.

—Prefiero algo afrutado. A ver.

Sonríe, lo que tomo como una señal de que no le importa si me gusta el vino o no.

—No podía esperar a nuestra cita —dice ahora—. ¿Cómo estás?

—Bien, de verdad. ¿Y tú?

Una sonrisa se dibuja en su cara.

—Ganamos el caso. Estuvo reñido, pero encontré el precedente decisivo. Antiguo, pero aún aplicable.

—¡Enhorabuena! Brindemos por ello.

El camarero viene y trae el vino. Pido un cóctel sin alcohol a base de zumos amarillo y rojo.

—Enseguida les traigo el menú —anuncia el camarero.

—No hace falta —dice Hannes—. Tomaremos el menú tres.

El camarero sonríe y asiente.

¿Acaba de guiñarle Hannes un ojo?

¿Qué es el menú tres?

Miro a Hannes inquisitivamente.

—Deja que te sorprenda —me pide.

Espero que no haya pedido sesos de ternera o algo así.

Hannes me cuenta ahora su caso con más detalle.

De alguna manera, me alegro de poder dejarle llevar la conversación, estoy tan nerviosa. Realmente quiero hacer un esfuerzo. Mostrar más de Walle que de Tina. Si entonces todavía le gusto, podríamos arreglar las cosas.

Hannes espera a que traigan mi cóctel y levanta la copa.

—Por esta maravillosa velada —dice.

—Por eso y por tu éxito —le respondo.

Hannes se muestra visiblemente complacido por mis palabras. Parece que voy por buen camino.

—Por nosotros —añade.

Brindamos y bebemos. Luego Hannes sigue hablando hasta que llega la comida.

¡Oh, no!

—¿Son caracoles? —pregunto.

—Sí. Muy sabrosos, muy exquisitos.

Muy asquerosos.

—Oh, bueno. Para ser sincera, soy alérgica a los caracoles.

Hannes levanta las cejas.

—¿Alergia a los caracoles? ¿Existe algo así?

Asiento con la cabeza, aunque no lo sé.

—Me produce un sarpullido horrible. Puedes comerte mi ración. Yo sólo comeré el pan. No hay problema.

¿Por qué me siento tan tensa con él? De alguna manera no parece

interesarle lo que me gusta y lo que no.

Mastico mi pan mientras Hannes devora los caracoles en tiempo récord. Parece que hay mucho que contar sobre el caso porque aún no ha terminado. Hago lo que puedo para concentrarme en ello. Quiero que esta noche sea perfecta. Tiene que serlo.

Gran restaurante, gran comida, gran hombre, linda servilleta...

—¡Dios mío, Tina!

Me sobresalto y casi dejo caer la servilleta con la que estaba jugueteando, ensimismada. ¿Me he perdido algo o por qué me está gritando?

Me mira la mano, sorprendido.

—¿Qué? —pregunto, y entonces me doy cuenta de lo que quiere decirme.

Mi servilleta está ardiendo.

—¡Mierda! —grito.

¿Cómo ha podido pasar? Conozco la respuesta: si juegas con fuego, puedes quemarte o incendiar un restaurante.

Sacudo la servilleta. Tiene que apagarse de alguna manera.

No, no se apaga.

—¡Aaah, ayuda! ¿Por qué no se apaga?

¿Y ahora qué? ¿Soltarla? Entonces el mantel también arderá. Un poco de agua no estaría mal...

¡Silencio!

Cojo el agua. La manga de mi vestido quedó empapada, al igual que el mantel... pero al menos el fuego está apagado.

—De verdad que no se te puede dejar sola.

El estómago me da un vuelco mientras miro a Jacob, que de repente está a mi lado, mirándome directamente a los ojos.

—¿Qué haces aquí? —tartamudeo.

No debería estar aquí. He quedado con otra persona.

—Te conozco —dice Hannes, y mi cerebro se desconecta. Mi corazón late con fuerza. Cada vez más rápido.

Sí, creo que voy a tener un ataque de pánico. Quería una cita, quería amor verdadero. Ése era mi deseo para el nuevo año, pero no así. Realmente deberías tener cuidado con lo que deseas...

—Tú eres el chico del bar —dice ahora Hannes, y yo trago saliva.

Jacob le mira.

—Ah, ¿te acuerdas de mí? Qué honor.

—Jacob, ¿qué haces aquí? —les interrumpo a los dos.

Él se gira hacia mí.

—Sé que no es el momento adecuado, pero necesito hablar contigo. Al menos ese era el plan. Primero, te he salvado —señala mi manga empapada—. Probablemente habrías quemado todo el restaurante, Bizcochito. De verdad.

Sonríe, y de algún modo yo también tengo que sonreír.

—¿Esos son caracoles? —me pregunta.

Gruño en voz baja. Qué situación más absurda.

—Tina, ¿qué está pasando aquí? —quiere saber Hannes.
Como si yo lo supiera con certeza.

—Eh, todo está bien —le digo sin mucho entusiasmo—. Ya lo arreglaré.
Discúlpame, por favor. Enseguida vuelvo.

Me levanto, cojo a Jacob de la mano y tiro de él para sacarlo del restaurante y llevarlo a la entrada.

—¿Qué haces aquí? —vuelvo a preguntar—. ¿Ha pasado algo? ¿Está mi piso bajo el agua?

—No, sólo tu manga —se ríe en voz baja. ¿Parece incluso un poco avergonzado?—. Se trata más bien de fuego. Sobre llamas.

—Me salvaste, sí. Gracias por ello. Pero tengo una cita, como sabes muy bien.

—¿Puedes dejarme terminar?

—Jacob, ¿qué está pasando?

—Iba a decir que algo está ardiendo. No, tú no. Otra vez, no —me coge las manos, que acabo de mirar para comprobar con pánico si hay fuego nuevo en ellas—. Se trata de mí.

Me mira expectante.

Espera... llamas, se trata de él... ¿está intentando decirme lo que creo que está intentando decirme?

—¿Tengo que apagarte? —qué pregunta más estúpida, pero no se me ocurre otra cosa.

Jacob respira hondo.

—Será mejor que dejemos las metáforas. Significas algo para mí. El beso significó algo para mí.

Le miro boquiabierto. Luego vuelvo la vista al restaurante. ¿Qué espera ahora de mí? Nos peleamos porque él... en su piso... sacudo la cabeza de mala gana.

—Déjalo —dice Jacob antes de que pueda replicarle—. Ven conmigo. Te echo de menos.

El estómago se me contrae y luego explota, enviando ondas calientes por todo el cuerpo. Me echa de menos.

—¿Hablas en serio? —susurro.

—Muy en serio, increíblemente en serio. Me gustas, todo de ti, el caos, tus inseguridades, incluso me parecen monas tus bragas de lunares.

—Pero lo que más te gusta es tener a tus mujeres bien entrenadas en tu piso.

—No, yo... ven conmigo. Ahora mismo. Entonces lo entenderás todo. Te lo prometo. Debería haberlo hecho hace tiempo. Si todavía no me quieres...

—¿Tan bueno eres? —me río porque me mira, desconcertado.

—No, no quería decir... quiero que me acompañes al *FitMe*.

—¿Qué, quieres que deje a Hannes aquí para ir al gimnasio contigo?

—Sobre las mujeres. No es lo que piensas. Por favor, vamos.

—¿Crees que soy una mujer que simplemente abandona a un hombre en medio de una cita?

—No, claro que no. No debería haber esperado tanto. Pensé que se calmaría. Pero cuando te vi antes... vas en serio. Quieres seguir adelante con Hannes. Pero no antes de que lo sepas todo.

—¿Saber qué?

—¿Tina? —Hannes está de pie detrás de mí y me giro hacia él—. ¿Todo bien?

Sí, claro. ¿Por qué no? Estoy aquí entre dos hombres. Para uno de ellos quería ser Tina, al otro le gusto como soy. Suena bastante sencillo. Excepto que Hannes no puede evitarlo si no conoce mi verdadero yo.

—Tina, ¿conoces a este tipo? —pregunta Hannes.

—Pues sí. Yo... sí, es mi vecino. Jacob.

Frunce el ceño.

—¿Tu vecino? ¿Y por qué estaba en este bar? ¿Te está molestando?

—No, era porque... soy una mentirosa —me sorprenden mis propias palabras. Pero es la verdad.

—¿Una mentirosa? ¿Qué quieres decir?

—Lo que pasa es que toqué fondo en Nochevieja. No me iba muy bien. Todo iba mal. Sólo quería ser otra persona. Fuerte y segura de mí misma. Así me conociste aquella noche.

—Tina, no sé...

—Walle, déjalo, de verdad, no tienes que hacer esto... —dice Jacob y yo lo miro—. No por mi culpa.

Le fulmino con la mirada.

—¿Ah, no? ¿No por tu culpa? ¿Lo pruebo un poco más a ver qué tal?

Jacob sonríe.

Lo sabía. Esto necesita un final limpio.

Hannes me mira interrogante.

—¿Walle?

—Sí, Walle, así es como me llama la mayoría de la gente para ser sincera. Walle es más reservada que Tina. Más cariñosa. No le gusta el vino y no es tan dura y ocupada.

Hannes se ríe incrédulo.

—Ahora no sé qué decir a eso.

—¿Qué te gusta de mí? —pregunto directamente.

—Que tú... —se aclara la garganta.

Le ayudo.

—¿Ser confiada, actuar como si no me importara si me escribes o no?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando tuve la impresión de que estabas muy seguro de ti mismo conmigo, puse fotos en mi estado para provocarte. El tipo haciendo abdominales, ¿recuerdas? Ese también era Jacob.

Hannes sacude la cabeza sin ganas.

—¿Es un desafío entre él y yo? —parece molesto—. Entonces probablemente soy superfluo. He visto *The Bachelor* suficientes veces como para saber lo que significa que sea la primera persona llamada.

—No, no es así. Quiero decir... no hice clic. Y creo que deberías saber cómo soy realmente para que no te decepcione. No eres tú, soy yo —gruño—. Eso suena tan trillado pero si alguna vez esa frase es apropiada, es en esta situación. He estado jugando contigo intentando ser otra persona.

Hannes asiente.

—No hay rosa para mí. Ya veo —se da la vuelta y entra en el restaurante.

Claro, no tiene por qué dejar de comer por mi culpa.

Jacob me coge de la mano y tira de mí hacia la salida. Cojo mi abrigo del guardarropa al pasar y salimos del restaurante.

En la calle, Jacob me abraza con fuerza. Mi corazón se acelera. Presiente cómo va a continuar esta velada.

Capítulo 23

Paseo en Pony

—¿A dónde ahora? —pregunta

—Ni idea. ¿No dijiste algo del gimnasio?

—No creo que eso sea ya tan importante.

Sí, la expresión de su cara muestra claramente que otra cosa se ha vuelto más urgente.

En este momento, me da igual lo que haya estado haciendo, porque sé que ahora está conmigo.

—Entonces será mejor que nos vayamos a casa. Sonrío y él me rodea con sus brazos.

—¿Estás segura?

Me apoyo en él y suspiro.

—Muy segura. Ha sido muy romántico por tu parte.

—Bueno, todavía falta algo.

Le miro interrogante.

—La confesión de amor —se ríe suavemente y me rodea más fuerte con sus brazos.

Lo dice en serio.

—Estoy enamorado de ti —decimos al mismo tiempo—. ¿De verdad? —de nuevo, hablamos al mismo tiempo.

Me río.

—Tú primero.

—Demasiado tarde. Ahora lo hemos dicho los dos.

—¿Así que de verdad nos vamos a casa ahora mismo? —pregunto.

Jacob asiente.

—Pero tenemos que pedir algo de comer. Sólo he comido el pan que venía con los caracoles.

—Deberíamos haberlos metido en la maleta.

—No, quiero pizza.

Nada de pizza. Eso no nos importa por ahora.

En cuanto entramos en mi piso, Jacob me levanta y me lleva al dormitorio. Se nota que tiene práctica. Así al menos puedo sacar algo bueno de lo que pasa en su piso. Aún así, me alegro de que haya terminado. Apparently la canción también ha terminado. Quizá sea sólo cosa mía.

Mientras tanto, pedimos pizza y nos la comemos en mi cama. No podía empezar mejor.

—Mañana por la noche volveré a prepararte algo —promete Jacob y luego vuelve a centrar su atención en cosas más importantes, más agradables, calientes.

Podría acostumbrarme a eso y también a que me despierten por la mañana con una taza de café.

Jacob me la trae directamente a la cama y espera pacientemente a que se despierte mi ánimo. La noche ha sido realmente agotadora.

—¿Bizcochito? Me sonrío.

—¿Sí, Berthold?

Pone los ojos en blanco. Luego mira su reloj.

—Tienes una cita. Necesito aclararte algo.

—¿Quieres confesarme que no eras virgen? Yo también me he dado cuenta.

Sonríe.

—Me alegra oírlo. Yo también hice un esfuerzo extra.

Me río y pongo los ojos en blanco.

—Empaca tu kit deportivo —exige.

—Lo dices en serio. ¿Vas a arrastrarme al gimnasio después de todo ¿Después de la noche?

—Merece la pena Te lo juro.

Deporte para solteras felices, proclama un cartel.

—Um, vale —digo—. ¿Estás seguro de que estamos en el sitio correcto?

Jacob sonrío.

—Sé que aún no hemos negociado nuestro estatus sentimental, pero tendrás que verlo. Me da un beso en los labios.

Miro a través de la puerta de cristal ante la que nos hemos detenido. Allí solo hay mujeres.

—Cámbiate rápido, luego podemos empezar —dice.

Por fin caigo en cuenta.

—¿Tú eres el entrenador?

Se ríe.

—Buena combinación, Sherlock Bizcochito. Date prisa.

Me meto en el vestuario, me pongo ropa deportiva extra sexy porque la ha elegido Jacob. Luego entro en el gimnasio, que ya está a todo volumen con música Y la voz de Jacob.

Da instrucciones.

Me coloco en la última fila y miro discretamente a las demás participantes del curso. Creo reconocer a algunas mujeres. Aquí es donde Jacob ha reclutado a sus compañeras de juego. Me pregunto si se conocen. Conocía el pasado. Después de todo, eso ya pasó.

Justo al frente, incluso veo a la rubia que me deseó un feliz año nuevo. Oh hombre, ¿por qué Jacob me arrastra hasta aquí? Él puede imaginar que me molesta ver a estas mujeres. Menos aún quiero hacer deporte con ellas.

Jacob me hace señas para que me ponga en primera fila, me mira largamente y sonrío. Ahora cada una de estas mujeres puede ver que está

conmigo.

—Así que chicas, empecemos —dice Jacob.

Y cómo empezamos. Conozco algunos ejercicios de nuestra clase individual, pero no la mayoría. Los ejercicios son agotadores. Después de veinte minutos, me siento como si estuviera a punto de necesitar una tienda de oxígeno. Lo único bueno es la vista de Jacob. Desde luego, no soy la única. Es comprensible que las mujeres se vuelven locas por él. Pero ahora es todo mío. Estoy segura de que es por eso que me trajo aquí. Quiere demostrarme que estará a mi lado incluso delante de esas mujeres y que no volverá a tocar a ninguna de ellas. Entonces debería marcar eso también. Le gustaban las mujeres cuando aún no estábamos juntos. Y ahora se acabó.

En algún momento, Jacob aplaude.

—Señoritas, ya saben lo que viene a continuación. Última ronda y acción completa de nuevo. Sé que les encanta este clímax.

Detrás de mí, oigo unas risas apagadas. Jacob también se ríe y pulsa un mando a distancia. El equipo de música está reproduciendo una canción diferente. Me río sorprendida.

Realmente esto no puede estar bien. Jacob me guiña un ojo y me enseña los ejercicios que tenemos que hacer. Cuanto más dura la canción, más acelera el ritmo y las mujeres se unen a los ejercicios. Estocadas, planchas, flexiones, abdominales Reconozco los jadeos, pisotones y gemidos. Cuando por fin termina la canción, casi todas las mujeres yacen exhaustas en el suelo, igual que yo. Pero me siento tan brillante. El esfuerzo hace que las endorfinas se vuelvan locas.

Jacob salta y aplaude.

—Ok, hicieron un gran trabajo. Hemos terminado por hoy. Espero que os hayáis divertido y nos vemos la semana que viene. O en otras fechas. Me guiña un ojo con la última palabra.

Sí, lo entiendo. Gracias.

Las demás se despiden y abandonan la sala una a una.

Jacob sólo tiene ojos para mí. Me levanto y le sonrío. Sudorosos como estamos, me toma en sus brazos. Mi corazón salta de emoción. Cuando me separo de él, le doy un ligero puñetazo.

—Eso es por hacerme pensar que estabas tocando esa canción durante el sexo.

Jacob se ríe

—Así que realmente ese cuento era tan absurdo. Me preguntaba todo el tiempo si no se te ocurriría a ti.

—¿Cómo podría?

—Bueno, ¿crees que en serio voy a gritar alguna petición de música a Alexa durante el sexo?

Hago como si tuviera que pensar.

—No lo sé, estábamos demasiado ocupados para eso. Pero podría haber sido yo. Muevo las cejas.

—Así es, estaba totalmente centrado en otras cosas.

Estas palabras me dan flashbacks, la parte posterior de mi cuello hormiguea.

—¿Por qué no lo aclaraste de inmediato? —pregunto—. Sabías que tenía un problema con eso.

—Me molestó que pensaras que era tan superficial. Y no hiciste preguntas. Especialmente después de besarnos.

—Sí, creo que los dos fuimos un poco... ¿Bertholdish y Walle?

—Podría ser. Me da un beso en la nariz.

—¿Así que das clases particulares en tu casa?

—Sí. Ejercicios EMS Con electricidad y esas cosas. Hay pocos estudios que ofrezcan eso, y hasta que pueda cumplir mi sueño, usaré mi sala de estar. ¿No te sorprendiste cuando viste todo eso?

—Honestamente, pensé que te gustaba el lujo. Sé para qué sirve esto. Además, estaba ocupada taponando tu tubería rota y no tuve tiempo de husmear en tu piso.

Asiente y nos quedamos en silencio un momento.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto en voz baja.

Sonríe.

—¿Qué tal paseos en poni una y otra vez.

Sí, puedo vivir con eso.

Epílogo

—Entonces, ¿preparada? —pregunta Jacob y me lleva al salón, con las manos sobre los ojos para que no pueda ver nada.

—Sí, lista —respondo.

—Bueno, entonces tres, dos, uno. Aparta las manos y abro los ojos. Mi corazón empieza a latir con fuerza. Jacob ha puesto la mesa festivamente. Obviamente ha estado cocinado.

—Feliz día de San Valentín —dice.

—¿Qué? Hoy no es para nada el día de San Valentín. Fuimos a patinar sobre hielo, o me he perdido algo... ¿hemos viajado al futuro?

Se ríe.

—Todos los días son San Valentín contigo, Valentina. Llevamos juntos tres meses. Quiero celebrarlo.

Qué dulce de su parte.

—Wow —digo—. Pétalos de rosa junto a los platos. Me río.

—¿Te gusta?

—Mucho. Vuelvo a buscar su mirada Quiero mirar esos ojos azules todo el día.

Miro el pequeño paquete que hay sobre la mesa.

—¿Es para mí? —pregunto redundantemente.

—Bueno, ¿para quién si no?

—¿Puedo abrirlo? Me siento y lo cojo.

Después de que Jacob asienta, lo abro.

Curioso, desdoble la nota que se esconde en el interior y cuando veo lo que pone, no puedo evitar reírme.

Es la lista de Nochevieja con las cosas que odio de mí misma. Jacob ha escrito comentarios detrás

—No puedo creer que hayas guardado esta lista —digo y sonrío.

—Al principio quería meterme contigo pero como puedes ver, no queda nada con lo que chantajearte.

He leído los comentarios.

—¿Hablas en serio? —pregunto, señalando la “marca de nacimiento” detrás de la cual ha dibujado una berenjena.

—Es que es así.

Ha dibujado un plátano detrás de las palabras *intensa como una mona*.

—¿Otra insinuación sexual? —le pregunto.

—No, en absoluto. Mona, plátano, es lógico. Al plátano no le importa que el mono lo agarre. ¿Sabes qué? Es sexual —Jacob se ríe—. Pero me gustan las monitas con pijama de galletas.

Resoplo.

Jacob se inclina hacia delante y señala otro punto. *‘Orejas de vela. Los ángeles necesitan alas’* está escrito detrás de ellas. Me río y le saco la lengua.

No puedo creer que pueda ser tan romántico, adorable y hermoso. Me encanta.

Jacob levanta su cerveza.

—Brindo por muchos San Valentines más —dice y me guiña un ojo.

Brindo con mi cerveza y bebo un buen trago sin apartar los ojos de Jacob.

—No te atrevas a no hablar en serio. Señalo la lista.

—¿Porque no me besarás si miento?

—Exacto.

—Definitivamente no quiero arriesgarme a eso.

Se levanta y me besa. Un beso increíble, como todos sus besos.

Bien está lo que bien acaba, todo es besado, diría yo. ¿Quién podría haber adivinado que en la víspera de Año Nuevo pasaría todo esto? Yo no. Y Jacob, bueno, probablemente él tampoco. Pero eso es exactamente lo que hace una buena historia. El amor que te golpea inesperadamente, exactamente cuando eres como eres.

El final y sin embargo sólo el principio

Marit Bernson

Marit Bernson nació en Mecklemburgo. Después de graduarse de la escuela secundaria, estudió en Kassel y Berlín. Luego se mudó a Alta Franconia, donde todavía vive con su esposo y sus dos hijos. Escribe libros infantiles, novelas románticas y cuentos humorísticos.

Más sobre Marit Bernson en www.marit-bernson.de

Michelle Schrenk

Detrás de la autora, Michelle Schrenk, hay una mujer Acuario nacida en 1983 a la que le encanta soñar y odia cortar cebollas. Siempre se ha dedicado a inventar cuentos y comenzó a escribirlos en edad de escuela primaria. Con sus conmovedoras novelas románticas, ha cumplido su sueño de escribir. Está convencida de que hay muchos caminos hacia la felicidad y espera dar a sus lectores un poco de ella con sus libros.

Se puede encontrar más información sobre Michelle y sus libros en Internet en michelleschrenk.de, así como en Facebook e Instagram:

www.facebook.com/MichelleSchrenkAutorin

www.instagram.com/michelle_schrenk_autorin